Plegaria de la piel

Doug Rice

Crunch!

DOUG RICE : PLEGARIA DE LA PIEL

CRUNCH • MÉXICO

Doug Rice

Plegaria de la piel

Traducción de Alejandro Espinoza Galindo

Crunch!

Primera edición, Crunch! Editores, 2003

Arista 1443, Segunda Sección
21100 Mexicali, B.C.

Algunos de estos textos han aparecido de maneras distintas en: *Discourse, Fiction International, Lethologica, Jorunal of Narrativity, Undershorts Magazine, Trepan, Tough Guys, Hard Code,* y *Morbid Curiosity*. Partes de la obra han sido plagiadas, tomadas en prestamo, robadas y reinventadas a partir de *A Good Cunt Boy is Hard to Find.*

Para mis hijos:

Cory Douglas
Anna Livia
Quentin Joyce

Un agradecimiento muy especial para Jack Jamieson y para Bob Meindl por su amistad y salvaguarda. Ellos han cambiado el modo como pienso y abrieron puertas que yo jamás creí que existían.

Y para aquellos cuya sangre y piel viaja a través de mi lenguaje: Especialmente Lidia Yuknavitch y Laurie Weeks, pero también Carole, Julia, Diane, Helene, Diana, Maria, Luce, Lucia, Melissa, Courtney, Lisa, Elena, Suzi, Natalie, Lita, Joanne, Lynne, Sophie y aquella chica de Jersey cuyo nombre no puede ser escrito. Y. También para una mujer de Los Angeles.

Mi modo de hablarle al mundo no podría ser posible sin la guía de estos increíbles y apasionados maestros y amigos: Bonnie Birch, Colin McCabe, Jamie Snead, Ed Kopper, Paul Bove, Marcia Landy, Philip Smith, Jim Knapp, Suzette Henke, John C. Gardner, Bernie, Freydberg, Steven Shaviro, Jalal Toufic, Jasmine Sailing, Amanda Godley, Mark Hennelly, David Matlin, Ben Lybarger, Gary Carlson, Dan Watkins, Craig Paulenich, John A. Clair y Raymond Federman. Me han bendecido.

Let me inside you
Into your room
I've heard it's lined
With things you don't show
-Chrissie Hynde

I gave you my skin
And my original sin
-Melissa Etheridge

ALMAS INQUIETAS

A la amada memoria de Kathy Acker, cuya bondad y tierno corazón permanece en mí. Toda mi obra es y será dedicada a ella.

I seek the nerve under your skin
-Patti Smith

Prefacio a *Almas inquietas*

Doug Rice está embrujado—sólo podemos adivinar por quién o porqué. Se halla atrapado; se dirige a ningún lado. Es un histérico de la era moderna, el sueño de un psicoanalista. Escribe lo mismo, una y otra vez, corre alrededor de la misma pista circular, como si, de alguna manera, por medio de la repetición extrema, pudiera eliminar el trauma, romper su encanto, frío y maloliente. No obstante, sólo se trata de un encanto de belleza –el encanto que proviene de la devastación, de la constante lucha por levantarse de nuevo, frente a ese brusco despertar de fuego rugiente. No encontrarás una trama ni respuestas aquí, sólo la insoportable pérdida de abandono y sufrimiento. No dudes de esto: Doug Rice nos mata una y otra vez y no quiere que sobrevivamos al acto, ya que él ha sido quemado en la hoguera y aún sigue ardiendo. Es un fantasma que no puede hacer nada más que rogar con sus huesos y advertirnos con esa belleza ahogada que los fantasmas nos dan. A pesar de sus ruegos, él no te caerá bien. No te caerá bien, y sin embargo... *Plegaria de la piel* es el poder de la redención en un mundo en que la vida nos ha fallado. No tiene dentro ni fuera, solamente es sí mismo. Es el mundo cerrado y hermético de la necesidad obsesiva, un espacio donde uno no puede respirar. No obstante, *es* aliento. En su propio tipo de espacio sofocado, si lo sobrevivimos, o somos lo suficientemente pacientes como para no hacerlo a un lado, nos otorga una esperanza insufrible.

- Leslie Heywood, autora de *Pretty Good for a Girl*



Se le roba el cuerpo a la
niña. Me convierto en un
titubeo en el agua.

Letanía de nuestro cuerpo

Para b

Alicia estaba parada frente a mí, debajo de una cruz tallada de la moribunda madera de un olivo. Ella me obligaba a sufrir la desilusión de su memoria, esa pérdida de fotografías, aquel deseo por convertirse en deseo. Casi en la orilla de sus jeans, su piel, el olor de la historia. Nuestros cuerpos enterrándose en el espacio del olvido, parea olvidar lo que perdonamos. La tierra húmeda, el lodo que se forma en su jardín, cubre su rostro. Cercano a mi boca, el olor de tierra mojada. El retorno de Alicia a las convulsiones de sus músculos. Su cuerpo ansiaba este castigo, quería que yo negara su cuerpo, que me voltease de lado. Ella temía sus propias tentaciones por viajar, desorientar su cuerpo de casa.

En alguno de esos sueños que recurren noche tras noche, se encontraba a sí misma caminando cerca de un océano. Alicia deseaba que este océano matutino se entregara a ella, que entrara en ella. Si tan sólo ella pudiera sumergir los dedos en los espacios humedecidos, que esta humedad partiera en dos sus cielos. Alicia clamaba y reclamaba al interior de su carne, buscando llegar al olvido; no quería nada más que forjar una idea vaga de sus propios deseos en la tierra y el cielo, firmar su nombre en la superficie del agua. Había estado años tejiéndose un deseo personal por las palabras. Letras en su cuerpo. Su lengua se desangra en medio de sus dientes. Siete días de hambruna en la soledad. Un árbol torcido comienza a caer lentamente en la tierra sufrida, en contra de los deseos de Dios. Llegaron unos hombres, vestidos con trajes anaranjados, y comenzaron a cortar los árboles cornejos en su jardín. *Quisiera contarte historias. El sonido de la sierra, el rompimiento de mis huesos.* Yo sólo llamaba, creía que estarías en casa, que probablemente ya sabías, que te importaría. Sin pensarlo, su

necesidad. Ella se colapsó en mi puño. El olor de esta mujer, como de hojas verdes en invierno, manchaba mis nudillos. Ella ardía en mi piel, como ese fuego que no puede separarse de la llama.

¿Cómo puede un cuerpo olvidar? Tu cuerpo. Este cuerpo que se convierte en mi cuerpo al moverme.

Una creación de deseo, no de necesidad. Su aliento en mi frente. La quería tener sin necesidad.

¿Cómo es que este cuerpo no puede saber? Yo no conocía las maldiciones de la sangre atormentada, el daño que causa la necesidad, su necesidad.

Ella se aburre, se vuelve perversa, palabras enmascaradas huyen de su garganta. Una ruta de escape que duplica su silencio, en un espejo que ya no puede recordar. Ríos de humo cruzan bajo la soledad de un suspiro, este dolor que el beso del amante saca de ultratumba.

Un jaleo a sus huesos, de donde ella dice que vienen sus palabras.

Sangre que viene de todas partes.

Y luego escucharme decir su nombre. Atravieso el Río Americano con su nombre en mi boca. El sudor seco del verano. Me trajo la sangre de entre sus piernas, cargaba sangre para mí, venida de los ríos. "Esas manchas oscuras, Doug. No es lodo." Esas manchas negras, duras, en las sábanas. Quédate conmigo, durante este sangrado. Ven. La crueldad es esta llegada a la sangre, a su sangre. Entramos profundamente a nuestros huesos, para estar debajo de su cuerpo. *Abre mis piernas*. Su voz. *Con mis dedos, puedo leer tu piel como hojas de té. Niña ciega. Este niño.*

Abrió sus piernas. Abatida por el cansancio, y esta horrible sed demasiado grande para vivirla en el aquí y el ahora.

A los ojos de los ángeles desencantados, Alicia parecía haberse convertido tan sólo en una cortada sin deseos de sangrar. Las venas de su fría piel, profundamente azules. Su boca se abre, roja, inflamada. Guarda silencio, sus músculos paralizados. Mi cuerpo, este cuerpo –mi propia manera de ver mi carne a través de sus ojos- se volvía más visible, encerrado dentro del oscuro, cerezo espejo de mi abuela. Ansiaba por estar cerca de su ramita tullida. Su codo flexionado una mezcla de raíces y deseos. Su codo flexionado abría

mis costillas, luego recargando mi cuerpo en la carne contra el cuerpo de su cuerpo. Yo imaginaba que podía tocar su interior, mi mano a través de su piel, hacia el interior de su deseo por hablar. Allí encontré a mi cuerpo. Solo, sin reconocer mi lugar. Tan cerca su piel, mi boca comenzó a agitarse. Esperamos a los pecados de estas palabras, para crear un lenguaje que experimentara nuestra necesidad. Será esto amor o sólo una confusión de la lengua.

Inscripciones de pétalos de rosa en su piel.

Ella caminó a través de mi ventana –la que yo podía ver- con cierta oscuridad. Esto es lo poco que he sabido desde aquellos días de santidad perdida. Esta atracción hacia la raíz. Su piel se desintegró en el piso. Esta urgencia de llevar mi dedo al espacio entre sus costillas, de romper en sus huesos. Al principio de la llegada de mi cuerpo, yo sólo he musitado estas palabras a ti. Sólo a ti. Estas palabras halladas en la hechura de las palabras. He sostenido en mis manos flores que mueren en épocas de lluvia, solo y parado en las aguas lodosas del Río Monongahela, en el espeso fango de deseos metálicos. Mis dedos enterrados en la arena húmeda, los tobillos fríos. Nos detuvimos en el río aletargado, la mañana después de que estábamos a punto de morir por el ansia de la despedida. Una vaga memoria de la brisa del Delta. Tiritando. Tengo frío, ella dice. Pero mi lengua está vacía, casi sin vida, en mi boca. Si tan sólo pudiera calentarla. Ella, esta niña, vive dentro de mí. Esa que se aferra, incesantemente. Ser la cicatriz en su vagina, la que quema sus dedos cuando se toca, cuando se aproxima. Me rasco la piel, me rasco y me rasco la piel, hago que salga sangre de mi piel. Debajo de mi piel está la imagen convertida de esta niña. Ya lo había visto, su vagina prorrumpe en mi piel, en mis huesos. Su aroma, el aroma de Alicia, cuelga en la orilla de la memoria. Comienzo a buscar, para tocar ese aroma, este movimiento hacia el agua.

Un deseo no puede ser sacrificado.

No he olvidado la casa en la que vivíamos entonces.

Ella la conoce, la parte de mí que ya no se encuentra. Me ha obsequiado esto en momentos de extraña carnalidad. Su carne y la mía. Piel muda. No podía quitar mis dedos de sus ojos. Nos mantuvimos en el mismo ritmo por días y días. La observaba

mientras cortaba unas manzanas, con una delicadeza que no había experimentado antes. El sonido del cuchillo atravesando la manzana y golpeando en la tabla de cortar. Limpiaba las fresas, profundamente rojas, con dedos frágiles. En ese momento, yo vivía dentro del mundo de sus manos delicadas. Ella miró hacia la ventana, hacia el desierto. "No tienes que vivir así," le digo. No podíamos escuchar la tormenta allá afuera. Las nubes que cruzaban por encima de las montañas.

El cuerpo de Alicia tiembla, incontrolable. Noche tras noche, su cuerpo deshecho. Atormentada por las migrañas, el insomnio, viaja a través de mares de un oscuro color vino, para nunca volver. Las monjas del colegio la quieren apresar al suelo, crucificar su dulce cuerpo en la tierra, detener su cuerpo violento, forzar la quietud en su piel. Esta niña temblorosa con una mente propia. Pero ella rehusa sus manos. Quieren medicarla con rezos, grabar la salvación en su piel, con agujas. Vicios secretos detrás de las persianas. Quieren curarla de su deseo de hablar desde las profundidades de su matriz, desde los lugares del sangrado. Le dicen que controle sus emociones, le advierten que se esté quieta, que no hable tanto, que no sienta al mundo a su alrededor. Le dicen: "Tú haces de tus emociones una cruz.."

Alicia entierra sus dedos más adentro de su piel. Prorrumpe en su vagina. Viaja a través de su vagina, a un lugar que jamás se había conocido. Sus nudillos aprietan fuertemente el interior de su cuerpo. El interior de sus palabras. Su plegaria es más profunda. Pero ya no puede respirar, tan sólo quiere entrar a un desierto, y permitirse encontrar el lugar de las lágrimas en su cuerpo, y llorar. Ese ruido tan hermoso. Ella toma mi mano, la jala, la empuja dentro de sí. Se pierde en esta encarnación tan húmeda. Mientras más profundo me lleva, es más lo que ella conoce de los santos y los desiertos.

Ahí, en ese interior, es donde ella desentierra las lenguas deshilachadas que se han quedado fuera de los libros en sus repisas. Sentirse cerca de sus libros. Si tan sólo pudiera vivir mi vida cerca de sus libros, tener uno de sus libros en mis toscas manos, los libros que ha destruido con su escritura, raspando y arrancando las palabras que no pertenecieran, escribiendo y escribiendo tantas

palabras, que uno no podría decir cuándo comienza una palabra, cuándo termina la otra. Palabras encima de palabras, donde sus palabras se convierten en las palabras de ellos. Las palabras de ellos se convierten en las suyas. Sus libros invadidos de su propia escritura, presa fácil para las llamas. Ella ha colocado todas sus palabras, toda ella, dentro de esos libros. Ella dice, "quiero sobrevivir." Me dice que sus dedos han comenzado a borrarse, a dejar de ser. La impresión de las palabras, cicatrices en sus dedos. Nosotros somos esas capas, Doug. Innombrable, ella sostiene el aliento de Doug, silencioso, en su boca. Espera, más quieta que cuando su cuerpo se aprieta. Los músculos en sus hombros, cada aliento una poética de lo sagrado. Ella me dice, "yo siempre he reconocido estas lenguas, las he reunido al interior de mis huesos." Pero ya no puede decir nada más de esto, solamente mantener la boca cerrada.

Good and evil lie side by side while electric love permeates the sky.

Las monjas se pierden, monjas cegadas por esta contemplación. El espectáculo, el cuerpo de Alicia retorciéndose. Esa presencia las contamina. Los dedos de Alicia desaparecen, dentro muy dentro, su dolor es una cortada incurable, que permanece sin nombre, que cambia de color. Si pudiera encontrar tan sólo una palabra para este amor. Dulzura y luz, ella está parada a la orilla de un precipicio, unas piedras filosas debajo de sus pies, algo blancuzco cerca del agua.

Estas monjas temían las llamas enviadas desde arriba por el coraje de un Dios celoso. Rayos que queman los arbustos secos en el patio trasero. Fuego que purifica nuestra respiración. Antes que yo supiera cualquiera de los nombres de Alicia, ella lamió mis muslos. Su saliva, el suave rocío de su boca. Podía sentirla respirar. Quiero que mis dientes sepan a su piel. En el interior. Rendirse. Su boca, un deseo perdido en algún bosque salvaje.

Hubo días en los que ella casi me vuelve loco con su sed.

Sentado en los escalones del pasillo. Esperando. Meciéndome. Su cuerpo temblaba, siempre temblaba. Sus manos sacudidas por su propia fe, su necesidad. Hablar en el sueño de los demás. No hay un

amor que pueda expresarse entre nosotros. No existe el amor entre nosotros. El hueso convirtiéndose en hueso. El hueso que se queda dentro de la piel, huesos que no tienen palabras para decirlo. Debajo de la piel, sin silencios.

Atoradas en su garganta, están las aflicciones de la palabra convirtiéndose en carne, atrapada por los lugares ásperos que sólo habían conocido la saliva. La humedad de su aliento. Una mañana me dijo No hay mapas, no puedo arrastrarme a la superficie. El lodo la cubría, ya se había cansado de vivir en el lodo, inclusive en aquellos días en los que se encontraba con una piedra ocasional, del tipo que casi parece un guijarro, del tipo que acostumbras cargar de un lado a otro. Allá. Las piedras que se derretían en su boca, saboreando hasta la última sílaba de la piedra. Probé esa piedra en su piel. En su vagina. Calenté con mi piel aquella piedra, tocándola. Esta boca, el arrastre del lodo era demasiado para ella.

Sus labios, rojos e imperdonables. Las uñas de sus pies, de un rosado que jamás había visto, las uñas de sus dedos casi indescifrables pero vivas en los colores de la añoranza. Estábamos desnudos, y yo no sabía si habíamos sobrevivido alguna tormenta terrible o si moríamos en el cálido bautismo del deseo. La sangre de la noche anterior se secaba en las sábanas. Ninguno de los dos sabía de dónde había salido la sangre. Esta pérdida de la memoria. La luna llena, la boca irritada. Mi dedo pulgar, roto. Nuestras manos, desfiguradas pero unidas la una a la otra. Su cuerpo, cansado. Este, su cuerpo, insinuaba mi desesperación. Su cuerpo aguardaba mis dedos. Este puño. Su cuerpo es una belleza sin máscaras. Pero este cuerpo importaba poco a Alicia. Ella deseaba un acto de amor, adquirido por repetición, un amor que ansiara por el momento en el que el lenguaje se abandonara a sí mismo. Que nos forzara a convertirnos parcialmente el uno en el otro.

Todos los actos de amor son como exigencias para que el cuerpo se abra, se parta, se troce.

Alicia volteó hacia otro lado. Jamás se queda, aparta su cuerpo de este momento, de este lugar, el rompimiento de mi piel. Su piel viaja hacia el bosque perdido, se pierde en la noche, desaparece su cuerpo. Este presente convirtiéndose en presencia. Ella se dirige rumbo al

camino, sin voltear atrás, rumbo a cualquier otro lugar. Alicia ya no está, probablemente se fue inevitablemente para siempre. No hay manera de medir esta pérdida que alcanza lo infinito. Mi corazón, como el simple deseo huérfano de un vago solitario que desea ser llamado para ira a casa con ella, y vivir mi vida con esta mujer desesperada, entre la maleza de una ribera, que desea ser llamado para ir con ella. Le dije a Alicia, "es necesario ir a cuantos extremos nos sean posibles, para crear nuevas tierras, irrumpiendo en nuestras propias fronteras." La parte trasera de sus rodillas. Mi boca respirando en la piel. Quédate esta noche conmigo.

La niña del cabello color fresa no pudo hablar más, niña muda, la respiración llena de deseo. Su garganta, deseaba romper el velo de su garganta, las palabras sueltas, libres, para volar. En los años venideros quisieron cortar su lengua, evitando que ella pensara demasiado. Quisieron detener las emociones. Acompáñanos y siéntate, quietecita. Ella siguió respirando al interior de su cuerpo. Mi mano se movió en torno a su hombro. Esta casa, de pronto perdiéndose, atrapada por el deseo, el tipo de deseo que sólo conocen esos amantes atrapados en un cuento de hadas. Esperando.

Ella llega con furias.

Dadas y olvidadas.

Alicia guarda con cariño su deseo por los picos de metal. Su padre, un ferrocarrilero, había trabajado con sus manos preciosas hasta que los callos lo mataron. Ella despierta cada mañana con heridas ajenas en su piel. Despierta sin memoria. Cada día un principio, de palabra a piel, ella despierta al olvido, palabras en el fuego, palabras sin agua. Este desierto donde no hay océano, los ecos de sus ancestros tallados en su voz. Vive con el deseo de olvidar, de no volver a su cuerpo, alejarse de ser reconocida por su propio cuerpo, de hablar ante ella en su piel. Nunca dice este deseo, tan sólo mira hacia otro lado. Su boca se abre, pero tan sólo puede esperar.

Alicia se rehusó a que Dios fuera el único que pudiera hacerla sangrar. "Mira", ella murmuraba para que Dios no la escuchara, "yo también me puedo hacer sangrar mi cuerpo, mi propio sangrado." Un cuerpo, en sangre convertido. Me mostró su sangre

en la punta de sus dedos. La piel es tan sólo una capa. Yo estoy debajo de mí. Como infanta solitaria, Alicia quisiera sentarse en su recámara, en el suelo, tocando esos pequeños objetos que descubre con sus dedos. Los toca.

Ni una sola palabra, Su madre le advierte alejarse de hablar, coloca sus dedos en los labios de Alicia, la mano de su padre en su boca. Ni, una sola palabra. Había una vez. De esto, a nadie. Un momento de su infancia que ella lleva consigo. Para hacer una historia de mi cuerpo de su cuerpo. Hacer un cuerpo con esta historia. Su cuerpo convirtiéndose en mi cuerpo convirtiéndose, sus huesos mantienen los secretos de la inocencia quebrantada. Yo quería decir yo. Ahogándose en los recuerdos perdidos para este, su padre, de los días en los que olvidar era imposible.

Deja que este dolor viva en otra parte. Las marcas visibles de su deseo por huir, y encontrar un nuevo lugar para este dolor. Nudillos y muñecas.

Observo sus muñecas, pálidas. Sus huesecillos casi invisibles dentro del blanco de mi tacto. La grasa espesa y oscura, la marca de sus dedos vacantes en mi muslo. A través de mi cuerpo se mueve, no mi sangre, sino el agua de la serpiente. Sin nombre, sin sonido, ella borra mi piel, convirtiéndose en rastros de hueso enloquecido en alguna tormenta tardía de otoño. Breves caídas.

El desgaste de la piel.

Hace años, cuando todavía era niño, Alicia amarró mi cuerpo a un árbol. Ella hizo una lista de sus instrumentos. Mecates, cuchillos oxidados. Las muñecas quemadas y torcidas. Las palabras del Reino por Venir. Ella me hirió, usando unas ramas con espinas para abrirme la piel, y luego untándome las heridas con hierbas irritantes. Escribió los nombres de la tortura en la banqueta, con gis. Luego, sal en mis ojos. Detuvo mis ojos abiertos, uno por uno, y arrojó la sal venida de su boca en mis ojos. Quemaba mis pecados, enterraba mi piel. Yo podía ver su deseo, la observaba mientras ella me observaba. La sangre de locomotoras, de espejos, de cajones de armario sin abrir. La abuela Schmidt había dejado para los vivos tres camisones de nylon, que ya no estaban blancos, así como su aroma. Madera de cedro, y algo rojo. El olor del rojo. Me volvía loco y decía Si, Sí, lo

haré. Sí. La mirada de Alicia me dolía, mi necesidad por vivir en un dolor más profundo que la piel. Pero el dolor no es una palabra.

Vivir sin deseo, sin arrepentimiento. Vivir en el rojo convirtiéndose en azul. Añoranzas húmedas.

Ahora vivimos en el mismo vecindario. Bajando la cuadra, unos cuantos pasos. Unas cuantas cartas. El modo como ella camina a través de la Tierra. Su cabello oscuro en las noches de verano. Unos pasos sutiles. Nos sentamos en un balcón, el verano reptando en nuestras pieles, el dolor muriendo. La sangre de María, cercana a la superficie de mi tacto. Ya entrada la noche, caminamos por estas calles, en la oscuridad del calor de junio. Nos tocamos, unas manos invisibles. Apretamos tanto nuestros cuerpos que casi nos quebramos. Ella con su música, su boca cantando. El breve, delicado baile de sus piececillos. Los pómulos pronunciados, la pálida piel. María me transporta a ese otro mundo, un mundo de lentos, lentos ritmos.

Ella me dice, "Hay un cierto terror en parecerse a otros." Tenía miedo de ser contaminada por la familiaridad. Yo lamo los lugares donde su piel se ha abierto, unas heridas terribles han tomado su carne. Heridas que la han llevado a la orilla de un puente. Las aguas oscuras. Una vez, imaginé que mis huesos y mis músculos estaban hechos del centro de los deseos más profundos de Alicia, lugares que ni siquiera Alicia conocía. No tenía la certeza de. Los lugares que no podía conocer, al menos, no por medio del habla. Y luego el acecho de recuerdos en la añoranza del tacto. De convertirse en esto. *Dime lo que ves cuando observas ahí*. De convertirme aquí, con ella. La amenazadora, nunca cansada, presencia de mi cuerpo. Intento forzar con palabras a mi cuerpo, hacia este presente, detenerme en un porche en Ohio ante ella, y respirar su vagina en mi sangre. Caminamos hacia el bosque, besando las lágrimas. El sonido de nuestras ropas arrancadas. Sus caderas. Alicia nada, aun en los bosques de Ohio. En Oregon, en Seattle. Alicia no necesita un océano para nadar. Alicia no necesita el agua para moverse en su cuerpo.

Durante las tormentas de invierno, Alicia me cuenta historias de cómo las palabras no son lo mismo que cortar. Escribir, tu voz, no es

vivir. Las palabras, Alicia dijo, nunca son suficientes. *No puedo encontrar mi cuerpo*. *Ahí*. Su garganta maldecía, raspada por guijarros y variedades de experiencias religiosas. Cuando niña, ella castigó sus sílabas, casi hasta el fin del mundo. Torturaba sus dientes con cada palabra. Su madre solía decirle, "te vas a tallar los dientes un día de éstos, con la manera como tratas de hablar." Alicia no pudo creer que sus dientes fueran tan frágiles, que pudieran romperse tan sólo con una palabra. Comenzó a odiar las palabras, despreciando cada palabra que llegó a decir. Ha usado y ha sido usada demasiadas veces por las palabras. Se siente el peso en su cuerpo, como si cualquiera que usara las palabras pudiera hacer lo que quisiera, pudiera ser lo que quisiera. Pudiera cruzar la calle sin tropezar. Ella había adquirido fluidez en una infinidad de palabras vagas, solía decir palabras que me dejaban hambriento, como una bestia salvaje yendo a tumbos hacia el lenguaje.

"¿Y qué si, en vez de terminar despedazadas, pudieran dejarse las palabras olvidadas, como una especie de desperdicio que ya no pueda recordarse?"

Ella dijo, olvida mis palabras. Y me ruega. Quiere que nos remontemos al pasado antes que ella abriera mis palabras, antes que ella se diera. Ahí no hay un pasado. Aquí. No puede un pasado, anterior a las palabras, a la hechura de las palabras. Ella se invocó hacia el pasado. Nada de futuro. La claridad de Grecia, cuerpos sin palabras, convirtiéndose en lengua. Nos mantuvimos en silencio y en ruinas.

Alicia olía como una mujer que conocí hace unos años. Una mujer en el desierto. Octubre, pero ella no sabía nada del recuerdo. Tan sólo un vago dolor. No podía sostener el recuerdo en su mano, del modo como podía sostener la mano de su amante. Pero el recuerdo comenzó ahí, en los pliegues de su piel. En su aroma. En la pérdida de sentido, aquellos nombres imposibles que le damos al pasado. Un tenue suspiro, ella casi y no lo reconoce como respiro, como parte de su cuerpo.

Este amor, el suyo, el que carcome mis huesos.

Espinas de una rosa en su almohada. Sus sábanas marcadas por la piel, los músculos. Volteo su muñeca sobre mi mano, y veo los

restos de su sangre. Ella me dice "hay una cierta tristeza en tu voz, una tristeza que ni los ángeles podrían curar", las marcas de un cuchillo torpe atravesando su piel. En mi voz, los dientes mellados de una navaja gastada. Le traigo un jacinto. Ella sonríe, me llama su chica jacinto. Los dedos entumidos de Alicia entrelazados en cabellos húmedos. Mis ojos fallan, las lenguas tartamudean, un resfriado se aproxima. Comienzo a abrir las canciones mutiladas de su padre, este padre, perdido en algún bosque. Ella se convierte en un campo abierto, en la neblina matutina. Jamás había estado tan sólo para las palabras, como si las palabras debieran viajar a través del tiempo, año tras año hasta que lleguen a ella. Algunas noches, mientras nos recostamos en la cama, charlando, me siento tan antiguo como aquel salvaje que cargaba consigo. Dentro de sí. *Me estoy quemando*. Nunca me habló de aquel lugar, su deseo. Su padre. Por vez primera, sólo podía llorar, sus manos cercanas a mi boca, el aroma del sol en su hombro. Yo deseaba ahogarla en silencio, a esta Niña de piel, deseaba entregarme a las olas. Le digo, "mi aroma te encontrará, y hará que te duelan esos pies que tienes dentro de esos zapatillos." Los cuentos de hadas y de duendes se derrumbarán.

Las lágrimas son el lugar de las aguas, el lugar donde las palabras desean. Las lenguas mojadas.

Las palabras en su boca ponían de manifiesto su añoranza por trozar mi piel. Romperla. Palabras convirtiéndose en agua. Palabras que se mantienen convertidas en agua. Esto se lo entrego a ella, desde el interior del dicho que se dijo antes de decirlo yo. *La historia que quiero contar.* Las lágrimas no eran más que rastros de su deseo por hablar, sus labios, convirtiéndose en su voluntad, una voz de dolores quebrantados, un silencio tan profundo, tan interminable, que sólo puede convertirse en agua. Amante marino, yo nunca temo ahogarme mientras estoy cerca de su cuerpo en el agua. Espasmos de agonía. Su voz se vuelve áspera, terrorífica, voluptuosa, la garganta cortando el aire cuando se viene. Ella quisiera morir, aquí, en medio de convulsiones y temblores. La Hermana Renee lo decía, el dolor llega antes que las lágrimas. Alicia me enseña las sutiles diferencias entre las piedras y las lágrimas, me enseña a quemar la tristeza en mis ojos. Me enseñó cómo usar los guijarros para hacer que el ardor

desaparezca. Ella se observa en el espejo, mira en el espejo, una mujer cuyas lágrimas se sostenían entre las dudas y el ensueño.

En el inicio. Todos estos mitos que han muerto, asesinados por manos inciertas de su propio destino. Dios no sabía nada de los inicios, tan sólo una hambruna apocalíptica. No hay inscripciones para el dolor. *Los orígenes de estos amados deseos. Si pudiera aprender el rezo, la oración de la quietud, ella podría exiliarme de cualquier asunto corporal. Alicia arquea su cuerpo en el aire, su frente y sus pies en el suelo.* Yo deseaba que ella me hiciera moverme más allá de las estructuras del llanto. Hacia el mundo de sentirse liberado, de no saber nada con certeza. Ninguna palabra segura. Ella deja que su aliento salga lentamente de su boca. Un repentino tronido de mis músculos, sus huesos quebraban los huesos, sola y en silencio todos estos años.

Desde la infancia, he buscado a mi cuerpo para buscarte a ti, perdido en mis huesos, siguiendo las hojas que vuelan por calles desérticas. Sintiéndote en la conversión del habla. Persigo este deseo endiablado, de poder exiliarme de mi cuerpo. A través de tu boca, con tu lengua, para formar palabras. Una casa sin ventanas.

Observo unas puertas rojas, pintadas de negro.

Alicia penetra mi piel con sus colores. Nunca encontramos nuestros mutuos deseos: sólo teníamos el color. El interior de su roja boca, que se torna rosado cuando se excita demasiado. Ella me rogó que dejara púrpura el interior de su boca, que dejara una herida. Ella suelta mis muñecas. Encima de mí, ella murmura, cada vez más fuerte. Su voz quebrada. Deseos estáticos. Su aliento, y luego golpearla hasta que ya no pudiera soportar decir la palabra. Dos o tres horas después, ella se encontraba sola, dentro de su propio cuerpo.

Astillas en el suelo.

Una vez ella me dijo, “el éxtasis es tan inacabado, tan perecedero como una flor.”

Nos habíamos encontrado el uno al otro debajo de un árbol de Magnolia en Sacramento. Una arboleda en el centro de la ciudad. Nuestros cuerpos, atrapados en una repentina lluvia de verano. Habíamos sido invisibles, por años, cuerpos desprendidos por el

tiempo. De repente, sin advertencia alguna, sin manera de saberlo, Alicia jaló mi mano de mi costilla. A la imagen de. La sangre cayó, humedeciendo la tierra. Comencé a oler su aliento, decaído por el peso de los deseos perdidos. Alguien la había herido, años antes de que mi piel llegase a ella. Alguien la había abandonado, pero no puede recordar nada de esto, ni siquiera un breve rasgo. No puede recordar sus manos, sólo un pequeño gabinete enseguida de su cama, hecho por las manos delicadas de un hombre que luego desaparece en medio de la noche. *No lo conocía, no podría existir*. Ella respira: el sabor de su piel ancestral le recuerda a la futilidad de la renunciación.

Yo deseaba colocar mi cuerpo cerca del cuerpo de María. Sus pies gastados hasta la médula de tanto vagar por arenas desérticas. El viento: miramos al cielo. Rojo, tan rojo. En el cielo, su cuerpo, donde una vez llegué a ver solamente la oscuridad. Piel invisible, una razón para ser hermoso. Nos detuvimos ahí, en el pleno calor de la media tarde. El sol se veía tan viejo. Nos besamos con el peso de nuestros cuerpos, aproximándonos a nosotros mismos. Himnos de un recuerdo luminoso: aprendimos a amar de nuevo. Aquí, un silencio oscuro, azul, que compartíamos entre nuestros cuerpos. Ella dice la palabra mimosa, "hay mimosas en mi jardín, Doug." Un sitio donde el gozo se vuelve tan agudo que lastima.

Había una vez, en los días antes de que los principios llevaran a las narrativas, mi críptica Alicia me encadenó con toda su fuerza en una silla de la cocina, obligándome a pensar en los ancestros que murieron en la cruz. *Llevando su cicatriz hacia mi cuerpo. Por mi piel, yo perdono estos tus pecados. Ansiaba que su sangre corriera por las uñas de mis dedos. Rasqué su vagina.* Ella colocó un trozo de pan rancio en mi boca. Cercano al momento de la crucifixión. Nos sentamos, en silencio, durante tres horas, rezaba por la llegada de cielos ennegrecidos, la lluvia en la boca del sediento cuerpo y la sangre de Cristo. Tragándola entera, mientras ella respiraba. Esta niña pequeña rompió mis ropas, las tijeras cercanas a mi piel. Mi Alicia, yo, sosteniendo estas tijeras, abiertas, pegadas a mi piel sin decirme una sola palabra. Yo esperé: la sensación de mis huesos, reconociendo cada uno de ellos. Nada de respiración en este, mi

cuerpo. Se llevó mis ropas, atravesando el espejo, y justo ahí, frente a mis ojos, esta niña, con las uñas de sus dedos, comenzó a rasgar deseos endemoniados en la conversión de mi piel. Nuestros cuerpos se movían por las arenas de un desierto distante, los dedos de los pies apenas tocaban la tierra. Sus labios persistentes trozaban lo poco que quedaba de mi alma.

Yo: volviéndome invisible y desconocido. El único misterio que prevalece es la palabra que jamás se dijo.

Me han dicho que ella es mi adicción. Una especie de droga. *Sella tu corazón a su olvido, Doug: una voz incorpórea en el teléfono. 4,000 millas. Yo estoy aquí. Lo sabes, puedo estar contigo durante esta pérdida. No tengo que estar en Sacramento, Doug. Aquí. Tu voz, mi voz. Nuestros cuerpos. Escucha nuestras voces. Años antes habíamos dicho adiós. Pasaron más años. Días y noches de vidrios quebrados y pisos duros. Estaba parado en un gris estacionamiento, en Buffalo. Un frío tremendo, un frío más allá del frío. Ella se había ido. En un estacionamiento, afuera de un hotel. Líneas amarillas, escarcha. Ella se había vuelto a casa. Milla tras milla de concreto.* Y yo lucho por obtener otra dosis, una dosis más y me curaría. En la universidad, cómo nos moríamos por una dosis más. Plastas de sangre, unas heridas que aun dolían. Nada de sueño. El horripilante sonido de un fósforo encendido debajo de una cuchara. El calor, la vena repleta de chiva. El manotazo en el brazo: no sentía nada. Aquellos gozos simples, anteriores a la palabra. Un golpe en las venas, los deseos de niños perdidos, jovenzuelos en pleno vuelo, colgados de cabeza, por el ruido. Las muchachas en el sofá, observándonos en el suelo, mientras nuestros ojos iluminaban el cielo. Kim se trepa en mi cuerpo, sus dientes muerden mi barbilla. "Podría comerme tu lengua, Doug", ella me dice, "si eso es lo que quieres. Sólo tienes que decirlo." Apenas y me reconozco, quisiera sentirme más seguro por la mañana, estar ahí en la mañana, cuando lo desee. Suzi coloca una "purple beauty" en la punta de su lengua. Abro mi boca enfrente de ella: este deseo derretido convertido en cuerpo.

Por la noche, me da miedo. Este secreto que cargo conmigo. Que cargamos: pensando en poder montar su cuerpo hasta llegada la mañana, su mano cruzando mi vientre.

Hacemos surgir sueños de los músculos de los caballos.

Palabras frágiles que se rompen sobre las hojas muertas.

La boca de Alicia se abre. Rasgamos nuestros recuerdos, en busca de algún incidente de nuestro pasado. Alguna caminata, algún momento cuando creíamos conocernos, algún dolor que atraviesa nuestro deseo, algún tiempo en el que nos agarrábamos el uno al otro y no temíamos a lo que el mundo pensara. Cualquier cosa por mantener unidos a éstos, nuestros cuerpos. *Soy yo su pérdida, ella es mi mapa.* Un santuario para el desesperado. Sentado en el suelo, con ella, se limpia la comisura de sus labios. Le encantaba leer acerca de las flores, enrollando y saboreando los nombres en su lengua: spiraea, cynara hellenium, primula, chrysantemum carinatum, schizantus, zinnia, narcissus triandrus. Flores extrañas que cuelgan a la orilla de la ventana, con unas libélulas intercambiando su chispa moribunda. Un momento de luz antes del amanecer. El gozo que lleva al dolor. Mas aun sigo añorando el sentir las costuras del tiempo en su piel, que ella me dirija rumbo a casa. Mientras ella envejece, mientras reposa en los porches, cerca de sus manos, cuando la luz se desvanece. Lentamente, convierto tal deseo en recuerdo. Pero, ¿cómo puede el deseo convertirse en recuerdo? El futuro se vuelve el pasado antes de convertirse en presente. Todo recuerdo es tan sólo deseo. El pasado aguarda para ser olvidado.

Los insensibles golpes de su voz.

Alicia era como palabras incompletas: todo esto que sentía por ella en estos huesos, debajo de la piel.

En algún callejón. Ratas, cocaína, la nariz congestionada. Su habla, voces enterradas en el lodo. Cultivaba mis pasiones. Durmiendo borracho en una playa muerta: Una ciudad perdida, habitada por un lamento. Nuestras bocas se ahogaban, mas aun merodeamos por el deseo de hablar. Nuestras gargantas, profundas, atadas a los edificios abandonados que ya habían muerto. En mi cuerpo, yo habito estos edificios, y rezo. Tropezamos hacia el interior de una puerta abierta.

Yo soy tu desgracia.

Habíamos dejado ser parte de los vivos, aprendimos a estar vivos sólo cuando vivíamos a flor de piel, alimentándonos de nuestros propios cuerpos. Alicia no podía pensar en un milagro atractivo, así que dormimos hasta tarde, hasta que el calor del sol nos molestó.

Quisiera un enunciado para mi cuerpo. Quisiera mi cuerpo en un enunciado, ser colocado fuertemente en este enunciado, y aprenderme el enunciado de mi cuerpo. Encontrar un enunciado que en su formación se convierta en resurrección.

Sus dedos entre los dientes, en medio de sus piernas, jalándose el cabello. Se detiene ante el lenguaje, no por las palabras sino por el abandono que evocan. Quería que su cuerpo fuera tomado por el lenguaje de los franceses. *Il de doux secrets et des fetes du Coeur*. La manera en que su lengua y su saliva. El lugar físico de aquello perdido. Por decirlo, las palabras salen de las profundidades de sus sueños. Un recuerdo que murmura. *Debo ser fiel. Fuentes sagradas*. Ella me busca por entre las palabras y las cosas: me encuentra; se voltea. Una comunión mutilada.

Cercano al final de su pronunciamiento de la palabra en su cuerpo, ella se convierte en espectadora de su propio nacimiento, el cuerpo desgarrado por el pronunciamiento. Unas palabras que vienen, el sudor en sus cejas, los huesos tronando, las caderas separándose. Como una fotografía cuyas imágenes surgen continuamente, una pintura en estado de perpetuo, enloquecido movimiento. Con el tiempo, aparecen unas débiles imágenes fantasmales en estas pinturas, en el cuerpo de Alicia, una evidencia del enloquecimiento de sus sentidos, de los brochazos del pintor. Los orígenes de la intención, procesos de pensamiento quebrantados, alternativas equivocadas. Su belleza reside en este lugar de nadie. Y todos los chiquillos sin poder ver este lugar de nadie: incapaces de viajar, o asustados por su movimiento. Formando palabras con su cuerpo. Ella envió su lengua a buscar en su paladar, las heridas que dejaron las palabras que ella dijo en algún tiempo lejano, antes de la materia. Y luego decirlo en materia, respirando a través de su pasado. Muchas veces, sin embargo, Alicia violaba su propia boca con sus palabras.

Un recuerdo olvidado que Alicia estimaba: la hija de alguien, el dolor irreconciliable. Alicia había perdido su fe en los finales de enunciados. Abruptamente, se detuvo: a mitad del vuelo.

Yo la amaría con toda mi voluntad, usando palabras que hasta la fecha se han mantenido desconocidas.

Alicia no podía ignorar su cuerpo cuando hablaba, insistía en mantener su cuerpo en el presente. Se rehusaba a hablar simplemente con su boca y su garganta y sus pulmones y sus cuerdas vocales. Su cuerpo, aun en el aquí y en el ahora, retrocedía en busca de los lenguajes antiguos. Era como si ella de alguna manera violara la carne de su carne para poder desenterrar aquellos lenguajes destruidos. Luchaba contra su piel para hacer venir a los lenguajes del pasado que cargaba consigo. En su cuerpo, ella se mantiene dentro de su cuerpo, inclusive en aquellos momentos en los que hablaba, esos momentos cuando el resto de nosotros desaparecemos. Ella quería llevar el trauma de sus palabras a la superficie, los músculos anudados, los gestos, los espasmos, las manifestaciones eróticas de su deseo por el lenguaje. Un lenguaje distinto al que simplemente flota en el espacio. Su boca le dolía. Durante muchas noches, ella se iba a la cama con la garganta irritada, después de haber intentado escribir. De hablar.

Quisiera vivir en un valle remoto, donde la laringe sea un órgano sexual. Un lugar donde pudiéramos coger hablando al interior de nuestras gargantas.

Su voz en mí, laceraciones que se superponen, aquí. Yo quería que ella me diera un enunciado, para tragarlo. Su crema espesa deslizándose por mi garganta, derramándose en mi barbilla. Manchando mi piel al hablar, alimentándome al interior de su manera de hablar. Yo le rogaba que me quebrara con sus enunciados, cada cortada significando una palabra perdida. Hicimos promesas con nuestra saliva. Una noche por fin cedió, obsequiándome un enunciado suyo. De su boca. El calor del verano entre sus labios. Cuando Alicia hablaba, su lengua no tenía barrera alguna. Juntos, llevamos una vida en donde ella me enseñaba estas palabras desde el interior, palabras nuevas, ajenas a mi boca. Pero estas palabras siempre eran muy extrañas, en mi boca, actuaban como una

enfermedad, y yo me convertía en un extranjero ante ellas. Mis palabras se volvían una inflexión, creando un misterio de mi propia enunciación. No podía mantenerlas en mi cuerpo, se rehusaban a estar quietas, cada palabra llena de sus trozos rotos. Quebradas, ni una sola de ellas era suave. Sus palabras hacían que mi cuerpo estuviera incómodo, ella tenía que forzármelas en mí: falsas y extrañas, sus palabras infectaron a este cuerpo. A mí. Antes de irse: antes de que comenzara a vagar, ella me torturó con su silencio, su profundo desgano por hablar. Su cuerpo se convirtió en un objeto, un lugar donde ella podía sobrevivir a las heridas en su piel.

Amárrame a la cama, amárrame. Quiero que Dios quiera. Quiero que Dios vea. No quiero dormir, no quiero comer.

Le inyecté unas interesantes anfetaminas y luego esperé, me quedé viendo su ausencia. Un ciego Narciso, Dios cruzando de paso, algo jamás visto. Cerré mis ojos y Alicia gritó.

Una voz no tiene manera de reconocer sus inicios. Una voz tan sólo puede interrumpir, nunca comenzar.

Me encontraba perdido en el interior del deseo de Alicia, con el temor de sobrevolar demasiado cerca de su boca. En su infancia, ella había descubierto todas las técnicas para mi conversión a una mujer delicada. Sus muslos conocían todo lo que se debía saber sobre los modos de la naturaleza. Su piel electrocutada quemaba mi vientre, Alicia arrestaba mi lengua, tomándola entre sus dedos callosos y ardientes. Estábamos en primavera, y yo podía oler los árboles de cornejo en el aire, la sólida tierra de abril. Cruel. *Tú nomás pruébatelo, me dijo*. Y yo, y mis ojos, vacilaron. Unos dientes falsos, unas caries, decaídas por nuestros rastros maternales. Bajamos caminando al Río Americano, echándonos agua en el cuerpo, colgando de los árboles: los dedos congelados. Ella puso mis manos en sus bolsas. La lengua de Alicia, mi lengua, yo soy lengua. Me disperso. Me convierto en una lucha de carne y hueso, interrumpiendo el lenguaje profano de lo que parecía ser sólo un vistazo que di a mis espaldas. Te caché volteando, me dijo.

Debes encontrar el lugar del sacrificio.

El sexo desvirgado de Alicia aullaba ante el espejo.

Su aliento cruzando el espejo, como si nunca hubiera estado ahí. *Debo iniciarte con ficción. Esa es tu herencia.* Ridiculizaba a los chicos solitarios que miraban y miraban pero no se atrevían a hablar. Las bocas cerradas, los labios sellados. Deseos en el cierre del pantalón, y luego la primera vez que jalé el cierre de sus jeans, sus jeans ajustados, como una segunda piel. Era como si la estuviese abriendo. Esta vagina. Su vagina. Yo.

Por la sencillez de la piel, Alicia se convirtió en un problema dentro de mi garganta: gruesa, ajena.

Yo necesitaba que su boca reconociera mi piel, atragantándose de palabras. Nuestros deseos drenaban de agua los ríos, unos silencios que pasaban por el interior, en medio de nuestro rompimiento. Ella viajaba, comenzaba a alejar su cuerpo de mi aliento. El sol caía. Deslicé su cuerpo al interior de la tierra. Mi niña de lodo, la piel manchada. Ella se limpia los labios. Desaparece.

Por la mañana, ella me contaba historias de cómo su cuerpo caía bajo el cuerpo del cuerpo. Una especie de añoranza por conocer a su padre. Una máquina blanda. Cada mañana, los recuerdos que no podía controlar rompían su cráneo. Rezaba como si Dios no estuviese dentro de ella transformándola en mí. Dios jugueteando con mi costilla rota. No era este el Padre de sus sueños, las pesadillas dejadas en libertad. Una especie de movimiento para traspasar. Sus manos iban más allá de los lugares marcados por los pétalos. Era Dios, un padre muerto, enojado en el pilar de la cama y el piso de madera. Y luego el ruido: si los vecinos oyeran. Yo aguanté mi respiración. Me mordí el labio. Bajo la mano callosa de algún santo envejecido, apretando fuertemente en mi boca. Sonriendo frente a esas luces tan brillantes, como si fuera una grandiosa estrella de cine, y como si yo fuera el chico más afortunado de la colonia. Unas breves gotas de sangre caían de mi barbilla. Lágrimas. Estos muslos. Este santo, rompiéndome, forzándome a abrirme, en el nombre del Padre perdido. Pero era Dios. Eso, este cuerpo encima de mí, este peso de deseo, este era Dios. O también haciéndose el Dios, encima de mi carne incómoda. Y yo cerrando los ojos, en busca del desierto. En su juventud, Alicia amenazó con llevar mi voz al desierto. Ella me prometió que iríamos a Grecia. Una vez ahí, podría encontrarme

con el sabor del mar en su boca. Podríamos dormir junto con las aguas, escuchar el sonido de las aguas con nuestros cuerpos.

Esto.

Pero yo ya no podía pensar.

Es su cuerpo el que está en mi cuerpo. Este es mi cuerpo, convirtiéndose en su cuerpo. Cuando veo su cuerpo, me encuentro con los lugares que había rechazado en mi cuerpo. La conversión: escrita en las lenguas antiguas, las lenguas que han sido enterradas en la arena. *Junto nació nuestro amor. El misterio de una sonrisa triste. Yo era tu misterio y tú eras el mío. Cada palabra un cambio de sílabas. Nunca la misma palabra en nuestras bocas.*

Saca los dedos de tu boca.

Ahora, Alicia, en el nombre del sonido escuchado en los alrededores del río, comenzó a enseñarme como fornicar un cráneo. Me enseño su garganta. Su vagina, el olor de los ancestros que vienen a dormir en el bosque. Me enseñó el olor del metal. Mientras yo me distraía con su aroma, ella grababa mi voz, pegándola en la superficie del espejo. El rosado y azul tinte oscurecido del sueño. Un lenguaje adormilado, como el de los pájaros y las flores.

Observé cómo mi cuerpo se convertía en lenguaje.

Pero, ¿Por qué está ella aquí?

Ella se observó conmigo, nuestros reflejos llevados al sitio enloquecido de los caminos muertos. Nudillos: existen más voces dentro de los nudillos de Alicia que dentro de su boca. En el espejo, casi estuve a punto de sorprenderme viendo. Nuestros cuerpos comenzaron a formar el modo en que tocamos las emociones inciertas. Yo dudaba que su cuerpo estuviera en realidad en el espejo. Ella no sangraba en el espejo. Su cuerpo sangraba en el suelo. Algo comenzó a ocurrirle a su piel en el espejo: había perdido parte de su historia dentro de su cuerpo. Arrodillándome: me arrodillé justo ahí, en las puntas de sus pies. Su cinto, cada movimiento en mis huesos otro recuerdo; unos líquidos comenzaron a borbotear su enunciación hacia mi deseo de querer ponerme de rodillas. Los dientes semi escondidos de Alicia en mis carnes: sofocaban mis palabras. Su sangre anaranjada de mí, acarreada por deseos parciales. Tiendas rotas. Rosa contra el blanco de sus muslos. *Tú sabes acerca de las*

tiendas. La sangre de esas tiendas, Doug, hay que llevar esa sangre hacia ti. Hay que llevar mi sangrado contigo.

La reconozco.

Comenzó a inscribir esos recuerdos familiares, arrancados de estas riberas pantanosas, atravesando los desérticos álbumes fotográficos de ojos blancos. *Ten cuidado, Doug, o meteré mis dedos en tus ojos.* Besé las lágrimas de sus ojos, cuando sólo éramos niños. La miré, saboreando cada lágrima mientras ella extraía su cuerpo tembloroso de la tierra. Parecía estar comiendo mis propios recuerdos. Esto es lodo, me dijo, el lodo de nuestros cuerpos derramándose en los ríos. Me enseñó con palabras cómo quedarme parado en la lluvia, en las frías tormentas primaverales del medio oeste. La lluvia cortándonos la piel. Me enseñó cómo hacer lodo. La piel no es lodo, me dijo. Me dijo que la piel es piel. Que jamás podríamos hablar de la piel.

Sólo esto.

Y es así como puso su piel cerca a la mía, y ambos respiramos. Con sus uñas, ella me desenterró de nuevo, llevándome a esta otra superficie. Encima del agua, al interior de un calor seco. El precioso regalo de su cuerpo entregándose al amor. Ella me dijo, cubriéndose por un débil suspiro, que mis venas fueron hechas para cortarse. Que Dios sabía que yo llegaría a desangrarme. Al nacer, Dios me dio la virtud de sangrar. Con ella. En el desierto, ella dijo, estarán la arena y nuestra sangre. El cielo. Así, yo entraba al reino de una diminuta sed, con ella. Con esta felicidad de no saber a dónde voy, y después de sangrar, regresar al océano.

Mi palabra contra la palabra del Señor y Dios dijo. Dios comenzó a decir, Dios. Como si la enunciación pudiera desaparecer el deseo, como si, al repetirme al interior de la noche, al interior de los bosques, pudiera hacerla venir. Dios lo dijo, lo dijo en mí, y yo de rodillas, enviado por Dios. Querido Dios, perdona, ya que he pecado. Lo han dicho otros. Acusaciones y aflicciones. Ruegos, una especie miserable y andrajosa colgando de un palo. Comencé a confesar una locura Divina, pero ¿quién me escucharía?

Tú me hiciste esto.

La miro de frente.

Lleno de deseos por vivir la vida del desierto. Escribiendo, muslo a muslo. Pero Alicia no sabía nada de desiertos, nunca-en-su-vida. Este cuerpo estaba hecho para estar cerca de mi cuerpo. Yo. Tú. Tu cuerpo en mi cuerpo. Todos estos años, este cuerpo -a veces pensaba que Alicia quería que yo la matara- al interior de mis deseos. Para Dios, yo soy esta hermana. Y yo sé que no soy ella, la piel arrojada en el suelo. No estoy aquí. Las palabras cruzando por espacios abiertos. Las líneas de mis deseos fracturadas por los rumores de su desesperación, su necesidad de moverse. De viajar.

En la mañana, Alicia ya no estaba, era una presencia perdida. Una fotografía inapropiada, un realismo inexacto. Miraba por los espejos, buscaba en los rincones de los cuartos. Buscaba en el polvo, lamiendo las sábanas de la cama, en busca del sabor de su piel desvanecida. Está prohibido dejar rastro. Quemamos las cartas, las notas. Borramos las cintas. Necesitar a alguien es la caricia muda de la mano que se ofrece a los espacios vacíos. Siento hormigas comiéndose mi piel, esta piel que Dios jamás absolvió, esta piel que Alicia creyó conocer, esta piel que Alicia dejó volando, esta urgencia de recordar una sensación de angustia corporal. Me mantengo quieto, antes de la llegada del habla, en medio de la inquietud de estas noches sin sueño. El cadáver de su recuerdo se pudre dentro de esos lenguajes que jamás podrán llegar.

Their love signifies that neither can see the being of the other but only a wound and a need to be ruined. No greater desire exists than a wounded person's need for a nother wound.

-George Bataille

Caminé al interior de mi propio libro, en busca de la incertidumbre. Este es el libro que escribiste. Y tú eres la mujer. Yo soy.



Fetichismo y curiosidad. Esta conversión de la nostalgia del género de la modernidad rompiéndose. El dolor ha convertido al umbral en piedra. Alicia estaba cada vez más cansada. ¿De qué sirve un libro sin fotografías o conversaciones?

Abriendo el interior de Kathy Acker

(Para Heaven Gainsbrugh. Esta inspiración, más allá de las palabras al interior de un tatuaje)

Me escribió desde Tahití, encontró su camino hacia mí, a través de la tinta y la piel. La presencia de sus dedos, una niña garabateando con un vestido blanco. Ella desea manchas de mora y vive dentro de la necesidad de regresar al océano.

[Estas palabras, episódicas y culpables, a veces falsas e inciertas o improbables, como una fotografía tomada abruptamente, son como los restos triturados de un deseo perdido, recolectado y luego desechado por por Doug Rice (una imitación de su voz). Una niña encontró estas palabras en su piel y comenzó a traducirlas. Escribiendo, viniéndose. Su lengua. Se salió de la regadera, pero tropezó. Su cuerpo atontado por el deseo, la tina de baño demasiado profunda para agarrarse con las uñas de los pies. Nuestras risas mojadas de tanto recuerdo. Yo me convierto en una frontera viviente, transformado por el contacto con su cuerpo. Su mano en mi hombro desnudo me lleva a este lugar. Aquí.]

Mi amistad con Kathy fue la mayoría de las veces más que una serie de noches largas en el teléfono. Millas y millas de caminos y cables. Escribiéndonos a nosotros dentro y fuera de nuestros cuerpos. Kathy y yo nos perdimos del espacio y del tiempo. "Ven a San Francisco, Doug", su voz se alejaba. "Imparte tus clases en el instituto de artes conmigo. Aquí podrás ser libre. Podrás comenzar a pensar de nuevo." Ella me dijo que deseaba poner sus manos alrededor de mi garganta, para sentir la presión de mi habla. Aún siento su presencia en mi garganta, mi clavícula. Hasta el día de hoy, cargo con esta presión. Cargo con ella, aquí, cerca de mi cuello, este anillo en mi dedo, la cuerda que ella hizo.

Al término de su vida, Kathy no deseaba más que cortar su cuerpo en pedazos, pequeños pedazos que pudieran detener la muerte, la muerte que violaba su cuerpo. Una antigua e insistente herida de

sentirse incompleta, que amenazaba con reemplazar la violencia del sacrificio en su cuerpo, con el ritual de la purificación. La búsqueda, la pérdida. 'Si extraigo mi seno, esto se irá, saldrá volando." Pero en Tijuana la muerte es más flexible. Durante toda su vida, Kathy escribió constantemente sobre la muerte, pero no se moría. Ahora, en medio de la muerte, Orfeo desciende. Las hierbas fallan.

Pierdo aquello en lo que me estoy convirtiendo, diviso los territorios de la añoranza que resbalan en el agua. La quijada de Kathy por las mañanas. Los músculos de sus pantorrillas. *Guarda tus lágrimas para la lluvia, murmura, su cuerpo distanciándose, lejos de mi caricia.* Vivíamos cada día en esa especie de olvido que sólo puede generar identidad, que sólo puede prorrumpir y convertirse en canción, una débil cancioncilla que se mueve con la brisa, atravesando las moreras. Las manchas azules en nuestras camisas que quieren llorar pero no encuentran las lágrimas, sólo el rompimiento de un cuerpo silencioso. *Escribe de adentro hacia afuera. No titubees hasta que la flor desangre. La ansiedad de la orquídea. El aroma del eucalipto cerca de su muslo. Jazmín detrás de la oreja*. En un tiempo lejano y olvidado, Kathy toca mis labios. Las ampollas de su olor, una música en letras que abre mis piernas a su respirar. Su respiro hechiza mi piel. Abro mi voz, unas palabras libres y abandonadas desean estar en algún lugar.

Te harán impuro, nuestras historias personales escritas en trapos sucios, apenas legibles, que existen sin lenguaje. Mantén vivas tus heridas para el fantasma de mi inocencia. Llegar a tu caricia en la noche sin palabras.

Cerca de la medianoche, Kathy y yo caminamos en la ciudad. Recogemos lo que otros han tirado. Llenamos nuestros bolsillos con momentos desechados de las vidas de gente sin cuidado que tira sus recuerdos en el concreto. Clips, ligas, papel usado. Cabellos polvorientos. Un tomate en perfectas condiciones. Pensamos en tocar puertas para encontrar al dueño de ese tomate perfecto, pero luego Kathy lo muerde. Su diente de oro en lo rojo. En nuestros sueños a veces nos vamos, sin saberlo: parados afuera de Barney's, viendo el aparador como niños con todos sus deseos y sus risas. Su chamara de

piel como si fuera una piel adicional cubriéndola, calentándola, salvándola. Me jala de la manga, "mira el verde de esa blusa, Doug."

Hay tanto que no vemos.

Kathy se exilió de sí misma.

Terminé atrapado en las fronteras del cuerpo de Kathy convirtiéndose, tornándose contra el arrastre del agua. Despojada hasta la base de mi deseo. *Casándose con la violencia de este tormento, extrayendo el cuerpo. ¿Es este tu cuerpo? Silenciosamente golpeado, cruel y despiadadamente por una mano que cruza por mi cara. No hay un solo cuerpo con quien hablar. No hables con tu cuerpo en aquel interior. Pienso que soy una mujer. Ella tiene la oportunidad de ser una mujer, mientras yo me encuentro separado del mundo, esperando. Donde yo estoy, al interior de ese lugar anterior a la lengua. Lo que yo creo: Sin palabras. Mi familia: Mi madre, siempre diciendo, "no le digas a nadie. No. A nadie, nada. Nunca." No sabía que era lo que no debía decir. Me mantuve callado.*

¿No podemos sólo soñar?

Kathy me enseñó a soñar. El mapa de los sueños. *Kathy dice, hay que entrar a las aguas de los sueños. Niños perdidos que inventan el dolor. El libro rojo de Kathy. La mancha triangular de hierba oscura. Su vagina*: deseando amor. Mi corazón me traiciona, este deseo tan profundo que llega al lugar de las palabras, para que ella se apropie de mis huesos, sus dedos rompiendo la cuerda. Mi deseo de enfermarme como una plegaria para convertir a mi cuerpo en un foráneo, este retorno al concreto húmedo de sótanos imperdonables: mi propio caminar por las calles en Sacramento me convierte en presa de esta fiebre de recuerdos. Ven a casa, pequeña, a mis manos. Su sonrisa. Kathy escribe *No le tengo miedo a mi madre, padre*. Pero ella no puede detener el flujo de sangre que corre por su cuerpo, prorrumpiendo por su garganta, quemando sus mejillas. El la condujo por este camino. El corazón de ella convirtiéndose en traidor. Pero.

Kathy me dice, "Yo estaré por siempre escribiendo mis pensamientos desordenadamente, sin respetar tu necesidad." Ella temía caer, temía abrir los ojos y encontrarse de nuevo con su padre, su madre empujándola a otro cuarto oscuro, encerrándola en

dormitorios para niñas desobedientes que aprenden a mantenerse calladas. Internados que disciplinan la belleza de la piel suave para convertirla en un roto recuerdo. *Quiero que mi padre conozca a mi padre*. (Kathy se resistía a la gramática y no sabía lo que quería decir.) Su madre olvidando y olvidando hasta que el acto de olvidar se convirtió en su único recuerdo. En muchas ocasiones, había olvidado el nombre de Kathy. Su madre, con sus cuchillos y sus píldoras. "Por favor toma la píldora que te hace chistosa, madre, la que te permite besarme y darme las buenas noches." Acostada y enroscada en sí misma, sin saber cómo los arranques de cólera y los arranques de humor se escribirían en su piel, para convertirlos en los pecados de su pasado. Amenazas sin rumbo. "A veces me sueño en medio de un *sex show*. Ahí me veo, sola, siempre diciéndome quién soy." Unos padres ven mi cuerpo, se acercan a mi piel desnuda. Es como viajar. Por en medio.

En este mundo sin fin. Yo pensaba que Kathy viviría. De este día en adelante, Kathy vivirá para siempre. Sin comienzos: solamente un mundo con Kathy. Es por eso que jamás pensé en tomarme una foto con ella. No deseaba esa presencia, esas marcas leves de papel frágil. Ella estará aquí, presente. Años después, Matías me dice que él tampoco tiene fotos de Kathy. Sólo unas marcas.

Desde el primer momento que conocí a Kathy, fui sujeto a la contaminación de los deseos de su lengua, esta urgencia por vivir atravesando ritmos cambiantes. Su mirada contemplativa encerrada dentro de unas palabras que jamás podrían pronunciarse, este habla perdido en corredores oscuros. Su boca torcida convirtiéndose en mí, extraviándose en los espacios que la separaban de convertirse en el pronunciamiento de una tormenta seca y estéril. Nunca digas esa palabra a flor de piel. "Quiero encontrar un lugar de entrada, quiero entender la brutalidad de enamorarme de un hombre que haya conocido en un huerto y que sólo pueda comprender como una especie de cuerpo vago y abstracto, en ese estado de ser donde sólo el sexo importa." En Alemania Kathy conduce su motocicleta a través de una arboleda. Manzanas que caen. Casi se barre a orillas nevadas del camino: lo encuentra ahí, parado. Un bosque oscuro. Quieto, el olor de un río. *Siento que esto no seas tú, Doug*, esto de

vivir sin significado, más allá de la comodidad de las palabras, siguiendo este deseo. A. La imagen de una roca roja sin agua quemando por debajo de su piel. Hueso. *Una canción inquietante convirtiéndose en ruido.* Música salvaje de la boca. Unos corazones ásperos quedan atrapados al interior de su garganta.

Debajo de la aguja, al interior del dolor del cáncer, Kathy Acker inventó a alguien que la ayudase a fabricar su propio cuerpo.

***

Me obligué a hacer lo que yo quise

***

"Ahora estoy en mi cuerpo", dijo ella. Una grabación, el eco de su voz, voz que quedó en mi máquina contestadora. 2 de octubre de 1997. Las últimas palabras: pero no pueden haber últimas palabras. Ritos finales para los vivientes. Padre, bendíceme en tu saliva. Perdóname estas noches oscuras y enloquecidas. Este pecado. Un almacén cerca de The Kitchen. Apenas y puedo recordar las agujas, las luces, los cuerpos. Y su sudor: ausente. Kathy persistía, cercana, en la confusión de sus palabras. Palabras sin pronunciar que quedaban atrapadas en su garganta. Años después, sus palabras cayeron de su boca, sobre la banqueta del Mission District. Ella luchaba como si estuviera encerrada en una trampa. Necesita regresar a Inglaterra. "Medicina, Doug."

Ya no quiero ser un monstruo más tiempo, ser una solitaria al filo de la nada, viviendo en cocheras. Quisiera poder vivir sin tener que tragarme nada más. Su boca quería ser desobediente.

Le tomó muchísimo tiempo a Kathy colgar el teléfono. No me dejes así. Ahora, sin su voz, me pregunto si ha escapado. Ella decía poder ver unas puertas. Por toda la avenida Revolución, nos tambaleábamos dentro y fuera de la conciencia.

***

***

Me convertí en un desconocido. Mira hacia el desierto. Ella se desvanece del presente, hacia el color. Su piel cubierta de escalofríos. Su cuerpo, sólo al mirarlo, se llena de la emoción de la desesperación. Escalofríos en su brazo, sus deseos se tornan rojos y camina por un sendero solitario. Kathy llega a cierta distancia, se acerca a su propia dificultad, deja las calles tiradas con restos de sueños indiferentes, arrancando trozos aquí y allá. La orilla de su boca. *Quédate conmigo, Doug, quédate aquí conmigo*. He perdido esto. En el cruce de caminos, devolviéndose a los orígenes por medio de las lenguas, reviviendo el espacio hecho para desaparecer al momento de sangrar.

Kathy me entregó la piel.

Me dirijo al río, soy llamado al río, cargo con mi cuerpo rumbo al río porque ahí está el inicio sin palabras. Huyo de Etna, camino hacia el Río Allegheny. Las aguas tranquilas que me decepcionan, que esconden sus deseos. Heaven me cuenta historias sobre el agua y los delfines. Estas palabras, en el tiempo y en el espacio, le permiten convertirse en agua. Agita su cuerpo, el ritmo producido por la manera como ella ve el mundo, cómo se escucha el mundo con este retorno al suspiro.

En un sueño, pude encontrar un modo de amar, para sobrevivir el quebranto de este cuerpo sentido por la pérdida. Fue así como nos mantuvimos de pie, descalzos y pegados a la orilla. Cerca de la orilla de un río, sobre el lodo. Nadie nos veía, y si alguien nos veía, no nos importaba. Sólo nuestros cuerpos en este espacio, las aguas moviéndose alrededor de nuestros cuerpos: despertarse al interior de la piel, su cuerpo alerta ante esta conversión, llevándonos a un presente, donde se vive con el agua limpiando nuestra piel. Quisiera llegar a tu cuerpo con mi cuerpo. Acercarme a tu piel, para así dañar, someter. Tomo tus huesos y tu cierras la boca, pero de algún modo tu tienes los ojos abiertos y observas algo azul. Una vez, ella me dijo

que yo podía hacerla sangrar sólo con tocarla, que con cada caricia ella sangraba.

La falsificación de olvidarlo todo.

Kathy me enseñó la enfermedad de la escritura. Los espacios ajenos que nos abren a la disciplina. El dolor incontrolable de los dedos del otro penetrando la línea del deseo. "Santa Brigittia de Suecia", me dijo Kathy, una vez que estábamos en un sótano en las afueras de Buffalo, "declaró que cualquier Papa que permitiera el matrimonio de los sacerdotes deberían de arrancarle los ojos, su lengua, sus labios, nariz, manos, pies, y que drenaran la sangre de su cuerpo, y que arrojaran su frío y vacío cadáver a las bestias para que lo devorasen."

Todo esto, claro, en un sentido espiritual.

Nuestros labios. Se acercaron a nuestras lenguas. En busca del camino a nuestros deseos.

-Siempre desvías todo lo que digo

-¿Cuando un niño no es un niño?

Usamos lenguas indirectas que hemos traído del desierto. Sufrimos momentos incómodos en esta enfermedad. Ella se arranca una de sus costras. Las uñas cuarteadas, rotas, comienza a rascarse en estas capas de piel, hasta que comienza a sangrar. Yo puedo hacer lo mismo con mi cuerpo.

"¿Te gustan las paredes, Doug?"

"Necesito estar adentro, Kathy. Es una necesidad por estar dentro de la materia, al interior del modo como se forman los fluidos en tu cuerpo."

Antes que Kathy se pusiera el primer tatuaje en su piel, ella dijo: "He sido afligida por unos síntomas sumamente perturbadores, causados por el acto de escribir." Por ver aquello que se encuentra frente a nosotros, por levantar el velo y hablar. Yo hablo pero no hablo. Me voy en busca del vacío que oscurece mis venas.

Yo sé cómo hacer que un lector venga.

Me siga.

Puedo aliviar al lector de sus deseos, puedo hacer que una lectora, que un lector se salga de sí mismo. *Pero el placer principal no es para el lector, Kathy dice, es para mí*. Helene me dice "siento como

si quisiera protegerme de leerte. dejo una capa en este espacio que quiere abrirse, hambriento. Es por eso que te leo, desde aquí. Me da miedo tu interior, Doug. Sé que debo alejarme de esto." Por el rabillo de mi ojo, voy en busca de desiertos. "Me suprimo la necesidad de leerte."

Kathy me toma de la mano, llevándome a tierras inhóspitas para vivir entre las almas perdidas. Caminábamos por las calles frías y solitarias de Providence. En busca del océano, para iniciar el movimiento. *Esta noche estoy sangrando.* Mi cuerpo no puede rehusarse a su modo de hablar. Las palabras que dice esperan en el suelo. Ella quiere servir, como sus palabras lo hacen. Quiere sobrevivir. Kathy dice "conozco este deseo de ser apropiada por alguien, de ser colocada en un sitio." *Existe un antagonismo entre mi cuerpo y mi lenguaje. Estoy separada.* Alguien ha entrado impíamente a su cuerpo, Kathy comenzó a preocuparse por este tajo, la doblez, mil y una maneras de decirlo. La luna nueva rebana el cielo oscuro. *Puedo ver el doblez.* La herida abierta, inundada de rituales. Ella viene y se va, condenada a no decir más que la misma palabra, una y otra vez. El rompimiento de la repetición, aquello jamás visto. Desconocido. En un mismo movimiento, yo, perdiéndome sin poder seguir. Unas niñas inciertas con las manos frágiles me conducen a este otro lugar donde los cuerpos han sido rechazados, expulsados. Estábamos afuera, unos huérfanos interrumpidos por súbitos recuerdos. La impresión de reconocerse mientras los pies descalzos.

Si pierdes tu sueño, tu piel decae. Prometo enterrar tus dedos en la arena, construir castillos muy cercanos a la marea. Siente mi piel, me pide. Ansía tener mis dedos cerca de su piel, la ruina de los años que han pasado por su piel. Estoy seca. Su mano pequeña en su frente, envejecida por el sol. Mi piel no es muy buena. Me acerco a su suave cuerpo, me pierdo en la noche. Prométeme que no vas a dejar de escribir. Escribe este cuerpo. Sus palabras provienen de lugares que se quiebran, lugares que la sorprenden y que muchas veces se atoran en su garganta. Se quedan ahí, restos de aquellas cosas que no se dicen. *No me puedo quedar*. El movimiento de su mano sobre la página. Nuestra piel. Escribir no es piel. *No puedo.*

Ella se dirige al sur. San Diego, luego Tijuana. Ella se va, distante. *Ahí, finalmente, mi cuerpo se curará, se escribirá a sí mismo. No habrá necesidad de que yo hable. Quiero que mi cuerpo se adueñe de la escritura.* "Lo haré", el cuerpo promete. Pero ella promete con las mismas palabras, mismas que repite a mí. Hay demasiado silencio entre cada palabra, no el divino silencio de la respiración, pero aquel silencio vacío. La confianza perdida. Luego ella dice, escribir es dejarse llevar, dirigirse a un sitio; la escritura contiene un fuera y un dentro al interior de sí mismo. Fuera de sí mismo.

Sus manos tiemblan.

"No te preocupes por mí", dice, "no me ames." *No creas en mis palabras. ¿Por qué tomas estas palabras, esto que digo tan a pecho? ¿Qué estabas pensando?* Ella temía que tal entrega la condenaría al silencio. *Estoy demasiado dentro. Pero tú eres el único a quien puedo hablar, el único que sabe de esto. Estaría desecha sin ti.* Por siempre nunca volver a casa. Sin resguardo por las noches, sólo el silencioso rechazo de un cuerpo perdido. Pero, ¿qué es lo que sucede con las palabras que sólo son letras? Palabras sin esperanza. El punto donde la creencia se pierde, a orillas de la ribera. Y luego disculparse por esta ausencia.

***

Con bellas emociones uno crea literatura mala

***

En aquellas madrugadas suicidas antes de los días de asueto, entre la medianoche y las dos a.m., Kathy solía llamarme. Necesitaba una palabra de mi cuerpo, para su cuerpo. Para escucharla. *Cuéntame una historia, necesito dormir.* Su dulce voz, su sed delicada. Una voz obsesiva que prorrumpe la noche. Un puño, un pene, un pico. La piel de Kathy convirtiéndose en un niño solitario tan sólo por una palabra. Un deseo estricto que nunca muere. Nadie conoce este silencio, los silencios a los que hemos entrado con la muerte de Kathy.

Cansada, se aproxima lentamente. Estas noches parecían más largas que aquellas en las que pasábamos observando cuerpos que se tornaban irreconocibles. Kathy desea, aún desea, que yo musitara los recuerdos de otras pieles, del modo como una fotografía permanece marcada por el movimiento. Una vez, intenté de olvidar, no el recuerdo, sino el deseo, trozos mallugados de viejos significados que perdieron contacto con el lenguaje. Estábamos parados en un callejón cerca de Alphabet City, después de una lectura, parados en la oscuridad, donde no podíamos vernos el uno al otro. En aquel entonces, yo aún no podía olerme a mí mismo, un cuerpo incapaz de controlar su propia vida. Mis ojos débiles tras una noche de humo y deseos dolosos.

Quiero llevarte al interior, donde te tornas oscuro.

Sin querer ver, acerqué mi mano a la zona donde su cuerpo no era mío. Su cuerpo, luego esta vergüenza ingenua de un dolor dentro de mí. Kathy dijo que quería despertar en mi piel. Dijo, "necesitamos dejar de besarnos, porque el lenguaje ya no puede existir." Sus dientes en mi codo, la sonrisa desconocida de una niña encerrada en su propia infancia.

Esto se vuelve demasiado para mí. Aún a pesar de toda esta distancia, las millas en medio, ya no estoy segura dónde termino, dónde esto comienza. Cuando estoy cerca de ti, mi cuerpo se encuentra atrapado en las ganas de perder el control, jalado al interior del agua que me sofoca. Tócame, tu puño en mi: quiero caer. Pero lo único que tenemos son las palabras, éstas que encuentras aquí. Este recuerdo, la hechura de recuerdos. ¿Podemos acaso formar recuerdos con las palabras, Doug? Esta enunciación del deseo. Kathy casi no pudo terminar con su enunciado.

Habíamos dejado a nuestras almas exhaustas, en el centro de nuestra conversión. Desaparecimos, deseábamos en nosotros aquello que era imposible, lo que jamás podría entregarse. Alejados el uno del otro, mundos de diferencias entre nosotros, en sitios dislocados, en lugares opuestos del país, habría que viajar del este al oeste. Ven. A mí. Uno con el otro. Arena, montañas, árboles. Deseo.

Sólo el insoportable placer de levantar su falda podía compararse al desierto de esta pérdida.

Así como llegó a serlo en el principio, antes de hablar, pero no podíamos encontrar nuestro lugar, así que nos perdimos en nuestros viajes, a través de los muertos rumbos del oeste.

Creía que no tiene padre. Los tiempos verbales resisten a la muerte.

¿Puede acaso haber un sujeto sin escuchar?

Enraizado en el más absoluto desastre.

Una necesidad.

De estrellarse en el piso de madera y terminar lleno de cortadas. Todas las estrellas del cielo que ya no podríamos ver. Nos volvimos como niñas desesperadas atrapadas en el fuego. En la hoguera. Esta lumbre que quema mis pronunciamientos: habrá que esconderse del fuego que no se prende, alguna voz muda que canta al tiempo que es consumida. Su corazón se rompe. Sentíamos la necesidad de correr hacia las aguas. Yo nunca estoy solo en estas aguas.

Una noche, comencé a vivir al interior del fuego. Durante horas, tomaba píldora tras píldora. Rojas, naranjas, blancas o simplemente azules. Las luces brillantes, la gran ciudad. Perdí la cuenta. Cuando niño, siempre perdía la cuenta. Hasta la fecha, siempre termino perdiendo la cuenta. Incapaz de contar. Llevé las píldoras a su punto de partida. Sentí mi cuerpo iniciar el viaje. A los cielos. Tomé píldoras hasta que ya no podía pensar más. Ya no podía ni terminar un enunciado. Las sinapsis comenzaron, podía sentirlas quebrarse. Mis piernas entumecidas pero anhelantes, con ganas de moverse. Encontré otra píldora en el piso. Nunca la había visto. Observé mi mano, vi cómo se movía en el piso. El que yo la trague sin agua va en contra de la palabra. En contra del cuerpo. Me pierdo en este momento, se siente como ayer, como el fin de los tiempos, verte en el cielo. Si tan sólo te viera ahí, Kathy. Para que me conduzcas a ese momento que ambos perdimos.

En la parte más oscura de mi cuarto veo las alas del deseo. Más llamas, un psicoanálisis del fuego. Comienzo a ahogarme por el polvo. El miedo en mi mano, respiro la línea en el espejo, siento mi cuerpo hirviendo. Su aliento se quedó marcado en mi espejo. En los muebles. Imagino que estoy trazando líneas blancas por una carretera, sigo los sueños desplazados al principio de la película

Blood Simple: sé dónde está el teléfeono. Si pudiera decir esto en voz alta, salvaría mi cuerpo de esta muerte tan extraña. La quietud en el acto de morir. *Kathy dice el suicidio es un verbo, no un nombre. Cuando se convierte en verbo, entonces peligramos.* Si tan sólo poder hablar en voz alta, contarle a Don sobre esta añoranza por la muerte. Contarle a Leslie, a Laurie, marcando números en el teléfono. Mis dedos, sin embargo, son demasiado gruesos.

Sé dónde hay agua. Llega una voz embrujada, hacia mí, atravesando unos corredores. Mi cuerpo necesita el agua. Pero antes que pudiera llevar a mi cuerpo hacia allá, mi nariz comienza a sangrar. Líneas cortadas, líneas, blancas, perfectas que pudieran haber impresionado a Dios, por su simetría. Cuando las lilas al final del porche brotaban, o cuando algo con flores entra en mi sangre. El sonido de estar solo entre cuatro paredes. Estas venas, entregadas a mí por un ángel perdido. Quisiera ir a la ciudad del amor. Llévame a este. Sin nombres. Levanto la uña de mi pie, dejando un espacio entre la uña y la piel. Coloco la aguja en ese espacio, con el cuidado de un niño. Corto la piel y dejo correrlo todo. La impresión casual del reconocimiento. Puedo verte. Se rompe un vaso en mi ojo. Este lugar, ausente de canciones. Dios no dividió el día en luz y oscuridad. El día divide a la noche.

Veo unos dedos morados y los dedos de sus pies. Veo los dedos de sus pies. De todas las cosas que en esta tierra podría yo ver. Implacables, unos pies pequeños, aplastados. Unos botones de pewter pegados en una pizarra de corcho. Rezo para que Dios se lleve todo esto, que me saque de este momento: el presente. Casi es la Navidad y su cuerpo es azul pero sus labios son rojos y tiemblan por el frío. Ella tropieza sobre la gruesa raíz de un árbol, o sobre algún trozo de pavimento salido. *Ella dice, por ti*. Pero sólo hay presencia, y la sinapsis no se rompe, no cae al suelo. No se desvanece. Tengo estos huesos y sé cómo hacerlos hablar. De la nada, comenzamos a viajar, todo mundo ama este cuerpo, por el camino tormentoso. Incluso entonces, podía saborearte. Ahora, habrá que irse, viajar y cegarse. Quiero ver una flor o un árbol. Pero no puedo perder los dedos de sus pies. Necesito ver un árbol de magnolia. Algo cae del cielo. Si pudiera prender la televisión, podría

escapar. Ven, vive conmigo, para que seas mi amor. Por un momento, me devuelvo a aquellos días muertos de la universidad. Recuerdo a Elena, diciéndole esto a Elena, como si fuera yo un poeta muerto. Y luego ella, desabrochándose los jeans; ella, tirando los jeans en la tierra, de todas formas. Ella, creyendo en la poesía como si fuera algo real y yo, como en medio de una nube, tratando de salir.

Todo lo que es azul, eventualmente se vuelve rojo.

Pedazos rotos de los sueños de ayer. Visiones enloquecidas de los setenta se devuelven a mi con una prisa salvaje. Tengo diecisiete años de nuevo, estoy formando mi primer línea. *Speedballing*. Unas botellas de cerveza tibia con las etiquetas arrancadas. Las cervezas, más calientes que el día, una humedad sudorosa. Unas chicas, mohosas, están echadas con nosotros en las calles de concreto, viendo rumbo a la oscuridad de la noche en la ciudad. Ellas quieren decolorarme el cabello, quieren mostrar sus mejores trucos de lengua: levantando sus lenguas. "Aquí colocas la aguja, muchachito." Estamos al fondo de un callejón de la avenida quinta, en Pittsburgh. Una noche de codos y rodillas flacas, jugando baloncesto con los chicos. Jeep and the Doctor sacan un poco de Sweet Baby Jane. Una tela de terciopelo, unas agujas. Hay que divertirse un poco antes de morir. Me doy una mordida en la muñeca, Julianne a mis pies, una chica enferma de amor, con su boca y sus dientes. Quisiera estar con ella otra vez. El azúcar en la boca de Julianne. Eramos jóvenes, muy alejados del amor, sólo unos cuerpos en pleno vuelo, sin palabras. Me dijo que sabía de un desierto, un lugar de pieles interminables donde el sol se siente como sexo en nuestros cuerpos, donde un grano de arena en la punta de tu lengua es como un punto morado en un cuadrito de papel. Hay que desordenar el mundo. Julianne aprieta sus labios en los míos, y así escalamos los árboles de la ciudad.

Vente a vivir conmigo, en el agua, me dice. Atravesando el cerco, Doug, existe vida en el agua. Sin embargo, ten cuidado con las piedras. Están resbalosas. Los pies descalzos y la necesidad de hablar, su voz distante a través de las aguas turbulentas. Me he vuelto menos reconocible a mí mismo que al océano. Una playa desértica en medio del desierto. Arizona. Entro forzadamente al agua, líquida, pero flexible. Mi cuerpo titubea antes de entrar, ligero, duro. Un

verdadero terror, como cuando en el amor la resistencia es una forma de ruego.

Cortando. *Please Sister Morphine turn this nightmare into a dream.*

Estaba tratando con un falso Yo.

La quemadura en mi cuerpo me llevó al lugar donde no hay pensamiento, el lenguaje desecho. *She's come undone*. Yo, desecho. Este silencio, transformado por el fuego. Ella nunca estuvo ahí, realmente nunca estuvo ahí. Aquí. De todas formas, veo sólo los dedos de sus pies, siento mi cuerpo moverse. Pateo las cobijas al suelo, las saco de la cama. Mis pies. Este cuerpo, yéndose al agua. Son las tres a.m. Todos los payasos se han encerrado en sus recámaras. Mujeres en polvo de oro tronándose los nudillos. Sacramento, finales de Junio. Siento el emplaste de las paredes muy cerca de mi piel. Con una añoranza desesperada, intento rehusar mi propio cuerpo, obligándolo a no sentir más su recuerdo. No se va a detener.

Kathy me dice que no debo regalar palabras a nadie, nunca, Doug. Este obsequio, Yo te llamo a ti. Las palabras que Kathy y yo le hemos dado a otros, esta entrega de palabra a palabra. Nuestro cuerpo, abriéndose. Hasta la fecha, los representantes de la universidad de Duke siguen llamándome. Con ruegos. Quieren papeles de Kathy, como si ella me hubiera enviado papel. "Palabras", les digo. "Ella me entregó palabras." Nunca he dejado de insistir en eso.

Puedo sentir cada uno de los recuerdos, cada una de esas píldoras consumiendo mi carne. El pánico enloquecido que cruza por mis venas. Unos colores sin nombre, veo las marcas que dejaron el óxido de las agujas. Vuelven a cobrar vida; si tan sólo pudiera estar enraizado en la tierra, escarbar la tierra con mis dedos, encontrar la manera de vivir en la tierra.

Intento recordar la diferencia entre al agua y la tierra. Cuando era niño, mi madre me enseñó a hacer pastelillos de lodo. "Si aprender esto", me dijo, "puedes convertirte en un dios." El encuentro entre el agua y la tierra. Lidia y yo parados en la playa frente a la marea. Esperamos que el océano toque la arena. Ese momento, ese espacio,

antes de mojarse. Pero algo más, algo relacionado con ser arrastrado, algo sobre hacer que los pies no caigan en la trampa. Heaven me contó una vez que vio a un niño brincando en un río. El niño le dijo a Heaven, "el río no debería tener fondo." Imaginen moverse por las aguas incesantemente, hasta que deje de haber principio: la plácida decepción del río que te jala por debajo de sus propios deseos. Quisiera volver a sentir algo. Me encuentro abriendo una puerta. Mi corazón atrapado y besado por un demonio. Una especie de añoranza profunda por regresar. Me convierto en amante sin seguir los rituales del deseo, un animal salvaje me jala hacia la imposibilidad de sobrevivir esta noche y llegar a la mañana siguiente. Ella sabe que he sobrevivido este peligro.

Quiero que su mano me atraviese con furia.

Sin preguntar.

Kathy volteaba página tras página encerrada en su necesidad por llevar a su cuerpo a empujones y jalones por los libros, de la manera como los marineros atraviesan las aguas sin mapa. Unos pulgares gruesos, unos callos ásperos. Huesos rotos y músculos arrancados. Los peligros de leer sin cerrar las pestañas, sin voltear atrás. *Yo temía que se volteara, que se perdiera, se separara de todo esto. Aquí.* Hemos muerto el uno para el otro. Los cuerpos cautivos, deteriorados. En esta vida, no nos hemos convertido más que en un encuentro casual entre la carne y la página. "Cuando tú lees mis libros" me dijo, "me vuelvo sucia." Sus manos mojadas.

***

23 de enero, 1996

No puedo soportarlo... la depresión la depresión... me refugio en un libro nuevo, quiero libros alegres porque es terrible el mundo 'real'... en fin, cuídate, cariño.

K

Querida Kathy:
Hay personas que nunca se sienten deprimidas y que no tienen idea de lo que se pierden. Los vestigios de la infancia. La vida necesita un piquete. Llámame.
Con amor
doug

***

Escribo en ti, Kathy
Este cuerpo se separa

Mis palabras cortan las suyas en el camino. Espacios: la violencia del sentido de nuestra prisa. Ella dijo que temía convertirse en la termita de su propio cuerpo, que sus huesos terminen siendo polvo en su boca. *Necesito de este amor.* Las palabras se pegaron a su piel, cubriéndolas en sus recuerdos, suspendidos en su propio terror. Somos ferozmente religiosos en nuestra añoranza por regresar al momento en que abrimos los ojos y llegamos. Al habla. Abandono del mundo y caída a la respiración.

El paisaje de la depresión es revelador.

Escucho palabras desde una ventana, al otro lado de la calle. Las casas demasiado pegadas como para vivir cómodamente. Ellos observan en mi ventana. No hay privacidad en Sacramento, la locura de un pueblo chico que no puede convertirse en ciudad. Es por eso que escuchamos los deseos de otros, y sus canciones: viviendo sin opciones.

Come on be alive again
Don't lie down and die.

Escucho esto en el cielo, su amor te destrozará porque ella lo regala. Sin pensarlo, unas palabras descuidadas que se arrojan casualmente a los cuerpos. La inocencia de la juventud, según ella. Metáforas muertas, palabras que debieron permanecer encerradas. La piel tan delgada, demasiado al ras como para ser algo más que un sueño de ayer. Un cuchillo fascinante en el cajón. Ella está parada afuera de la puerta, besando y besando y tratando de que un simple gesto se volviera algo de suma importancia, que pudiera cobrar vida,

pero que por siempre será una triste metáfora. Un significante en el aire.

Kathy me dijo que ya no podía leer más libros, que su pasado ya no estaba ahí, no podía encontrarlo ahí. *Simplemente no estaba ahí.*

> La tomé en mis manos como Burt Lancaster tomó a Deborah Kerr en *De aquí a la eternidad,* mientras la ola los devoraba. La tomé en mis brazos en la playa de Málaga mientras el mar nos susurraba algo. Yo deseaba arrancar la página del título, deseaba sentirla hecha bola en mis manos, escondiendo esta violación, para nunca saber lo que él le hizo a ella.
>
> Cada vez que llegaba a la página, podía ver su mano deteniendo el libro.
>
> Luego sentir la leve caricia de sus dedos mientras sacaba la pluma.
>
> Luego sentir el corazón palpitando en la tinta que corrió de su cuerpo a la página.

Una mujer joven persiste, deseosa, viajando por corredores con puertas invisibles. Pero ella no podía esperar. Corrió por un pasillo angosto. Las puertas cerradas. Un hombre la persigue. Pero nunca vemos a este hombre. Sólo podemos saber que este hombre desea destruirla. *I wait in this place where the sun never shines.* Unas cortinas blancas, revoloteando, la lluvia de primavera y aquella brisa que viene de la costa. El caos perturbador de una película de Argento.

Quiero los espacios para poder hablar, Doug. Quiero enseñarte.

Ahí.

Grabo su rostro en el pavimento.

Unos ángeles lloran.

"Mira, Doug, en medio de estos espacios."

Vi unos hombres vestidos con batas color escarlata. Rojo y rojo y más rojo. Tanto rojo, tan profundo en sus pieles, que sus cuerpos parecían invisibles. Unos hombres destruyendo a niñas pequeñas vestidas de blanco. Niñas que no podíamos rescatar. Aquí es donde duermo. Aguardo.

He escrito esto en mi cuerpo para que tú lo recuerdes.

Poco a poco, quiero que mi cuerpo desaparezca, que ruegue la verdad, la insoportable presión de Kathy es como una carga para mí: hay que codiciar su cuerpo con marcas de tinta. Años después,

escucho unas voces, la liberación del silencio. La determinación por sobrevivir.

Kathy usaba sus dedos a orillas de lo que recuerda. Un recuerdo que no tenía nada que ver con su piel. Solamente con palabras. Había sido obligada a creer en su fe por el pasado, del pasado, tan fluido como cualquier palabra que resbalase a través de unos labios húmedos: a ser rescatada. El dolor en constante aproximación, permitía a Kathy recordar su propia piel. *Hazlo por mí. Quiero que me veas. Veme. Quiero que mi exterior sea como mi interior. Algo rojo, al interior de su boca, una herida se abre.* Sangra por cinco días. Me corto la piel para tratar de sangrar también. Ella sangra sin voluntad: yo no puedo obligarme a sangrar. Rezo a Dios por la sangre que nunca muere. Su sangre, la sangre de Kathy, es la tierra. Mis dedos se mueven en su interior, esta corriente que corre al momento de su conversión. Y dice, yo cambio con cada gota de sangre derramada.

¿No te importa la sangre? Mi sangre, ahí.

Su sangrado aparece de la nada, bajando desde las montañas. *Hoy llega mi sangre, Doug, a secretar desde mi sangrado, de mi sangrado llegar a mi sangre. Ya no puedo llegar a hablar, contar secretos debajo de las sábanas, compartir palabras, confiar sólo en la noche. Escuchamos estas alucinaciones de locura: nunca fuimos el tipo de chicas que se llevaran a casa. Tócame aquí.* Jala mi mano hacia ella, hacia allí. Descansamos, con su sangre, en este cuarto blanco. Con hambre.

Hablar de este secreto es no decir nada.

Yo sé cómo rezar. Comienzo a llegar. Una palabra cae. Ella me pide quedarme quieto, esperando hasta que sienta mis dedos enrojecidos. Hasta que mis ojos estén completamente rojos, sean rojos. Aquí, con ella, dejo mis dedos dentro de ella, moviéndose mis dedos por rumbos distintos. Su cuerpo, su vagina adherida a mi muñeca doblada. Quiero mi mano mucho más dentro de ella, pero ella es o demasiado pequeña o demasiado apretada. Quizás sea el ángulo. *Tengo miedo. Esto puede doler. Tengo miedo de lastimarte. Te romperé la muñeca.* Suéltame. Dos dedos, dos nudillos enterrados y torcidos dentro de ella. Se mantiene quieta, yo dejo mis dedos en

silencio, en el interior del interior de su vagina. Ahora, un tercer dedo, con dos nudillos de profundidad. Un cuarto dedo. Ella se rehusa a moverse, pero sus ojos están frenéticos. Puedo ver el flujo de la sangre en sus ojos: no puede haber palabras en medio de tanta sangre. Mis dedos tornándose rojos, su sangre en mi brazo. Por dos días. Por dos noches, sin poder caer en la fatiga. Su sangre se queda en mis dedos. Yo rezo por convertirme en su sangre. Ella no podía ya localizar su sangre de entre los nombres, ver sangre sin decir nada. Esta mañana no soy nada más que mi nacimiento. Pero no puedo cubrirme de piel otra vez.

Una noche, mientras dormía, mi padre me dijo que cuando despertara de los sueños, mis historias favoritas se volverían realidad.

Heaven me dice, "quiero tener un tatuaje de un tatuaje de Kathy en mí. Para que la arqueología de su cuerpo entre a mi piel. ¿Alguna vez la tinta de los tatuajes de Kathy llegó a su sangre, a su corriente sanguínea? ¿Al flujo, al impulso de su vida? Quiero marcas, Doug. Las marcas físicas, esos restos de tu deseo. Si es tu voluntad colocar tu músculo en mi músculo. Para no dejarme respirar." Ella comienza a picotear la mugre en su mano. Piel. La sombra de sus deseos. Cuando escribe en su estómago, pasa una raya por su ser para comenzar la conversión.

Yo le dije, "yo quería viajar contigo, viajar ciego."

Por pura casualidad, veo sus ojos mientras continúa viajando de aquí a allá. Nunca para ir hacia allá, sino para llegar hasta aquí. Heaven siempre está en movimiento. Tiene una necesidad de agua tal, que la orilla a estos tipos de ritmos. Caminamos por una calle transitada en Sacramento, por la tarde. Su cuerpo baila a cada paso. Yo me la paso merodeando. Estamos abandonando este lugar para convertirnos en la música del azar. Arboles por todos lados. El agua cae sobre la hierba. El olor de la tierra húmeda en nuestros cuerpos.

"Debo encontrar al artista de tatuajes de Kathy, al que le dedicó Imperio de lo Insensible. El sabrá."

Hay que escupir los espejos que controlan.

"Quisiera renombrar los mitos. Enunciarlos de nuevas maneras, Doug." Heaven camina. Me cuenta sus historias sobre el agua, en

Placerville, de las colinas a las afueras de Sacramento. "Hay que sobrevivirlo." Me había perdido en mis pensamientos y no sabía a lo que se refería. Lo que podría dar a entender su voz. Su boca. La complicada fluidez de su boca. Este nacimiento de palabras convirtiéndose. Cercanas a la piel. Hay que decirlo. O quizá simplemente no había escuchado ni una de sus palabras, cuando un camión de carga cruzaba aprisa. "Yo deseo esa confianza", Heaven dijo, "la de entregar mi cuerpo a la escritura, mi identidad a las visiones del artista." Una vez, Kathy me contó de la increíble confianza de permitir a un artista escribir en su piel. Su cuerpo convirtiéndose en Yo. Ella me atrajo a esta idea que había olvidado.

La escritura me asediaba, me tomaba por sorpresa. No podía rehusarlo: esta negativa a mi cuerpo para formar palabras.

Si tan sólo pudiéramos descubrir los límites, las canciones que podríamos cantar. *En su boca, encontraba obsequios, palabras pequeñas que sólo se liberaban lentamente por las mañanas antes de la llegada del sol. Pero estas palabras se llenan de pánico. Huyen.* Por siempre enfrentando el presente, moviéndose dentro y a través de ese lenguaje del aquí. Deseábamos, en nuestros lugares más profundos, llevar al lenguaje más allá del enunciado, pero también deseábamos quedarnos. Aquí. Comienzo enunciados y enunciados que no puedo terminar. Convirtiéndome. Imagino que ella espera los finales de estos enunciados. Que está parada en medio de una playa, esperando. Quisiera escribirte con moras molidas. Quisiera convertirte de nuevo en una niña.

Ella desapareció de aquí y se dirigió hacia el olvido. Ya no se me permitía recordar. Doug, tú sólo puedes entender este amor cuando eres traicionado por él.

Heaven guarda las palabras en su interior. Las palabras de su propia personificación. Vestía sus palabras dentro de su piel, en la hechura del habla. Siempre tenía que obligar sus palabras a salir, experimentar cómo atravesaban su cuerpo. Heaven deseaba poner al frente las palabras que quedaron olvidadas en su cuerpo. Por su cuerpo. Quería escribir por dentro, permaneciendo en un interior que quiere salir. Los músculos cansados y lastimados por las montañas y los océanos.

“Sí, alguien escribió en mí”, Kathy dijo. “Lo cual es increíble.”

“¿Alguna vez tocaste a Kathy sangrando?”. Heaven observa un río. Quiere encontrar un espejo. Sangre roja y viva. No puedo comenzar a hablar desde este sitio desconocido. “¿Alguna vez Kathy escribió en su sangre?” Son estas las reflexiones que sobreviven. Aún puedo oler sus cabellos arrancados. “El sol me hizo esto.” En mi piel. Las uñas de los dedos que se han quebrado. “Sangrar no puede ser curativo.” Mis nudillos infectados, este deseo tan íntimo que prorrumpe en mis nervios. Ella me da una camiseta manchada con la sangre de su menstruación. En el principio. “Aquí el principio sólo puede ser presente,” Heaven dice, “para que las palabras no puedan escribir el principio. Un principio no tiene manera de hablar.” Roja y temblorosa. Deseos que llegan hasta los huesos. Soy una chica afortunada. Ella envía palabras que cruzan el continente.

Ella enseñó a que sus heridas se humedecieran.

Hay que confiar en este viaje exterior al enunciado, convertirme en el bárbaro de mi propio cuerpo: no jugando con las palabras, todas esas palabras que cuelgan de un hilo que se rompe, sino encontrando los lenguajes que se entierran en la piel.

Mi piel.

Este profundo e implacable placer de escribir en y alrededor de tu texto. El azúcar vive ahí. La gracia encuentra la belleza y mis piernas se debilitan. El movimiento de tus manos en esta piel.

Quiero a mi cuerpo definido por el dolor y la tinta. Ella dice, “sé que estás escribiendo en mí como si fuera sangre. No sé porqué: esta llama debajo de mi piel.”

Heaven dice, “habrá que sentirse devorada por esta escritura. En vez de comer, deseo ser comida, quiero cargar con Kathy.” Heaven se arrodilla. *Me alejo de mí a mi retorno*. Toca la piedra mojada. “Mi historia en esta vida”, dice, sin mirarme, “la materia de esto es lo que ha sido grafiado en mi cuerpo. El cuerpo. Mi cuerpo. Quiero que el tatuaje del tatuaje de Kathy del tatuaje de Kathy siga hablando, que narre el incidente responsable de esta insripción.” Yo le ruego que presione su pulgar en mis bíceps. O que sus dientes, sus dientes en mi piel. La búsqueda de los tiempos que están pasando. El dolor condenado a el fracaso del recuerdo. Contemplamos detenidamente

nuestros restos. Los recuerdos descansan mejor en los temores que más enterramos. Recuerdos debajo de la piel. Nada más delicado que el leve empuje que Heaven me daba hacia el olvido. Sentados en el balcón con los pies en el aire. Tiempo perdido y una Corona empapada. Una media hora tarde para llegar a una lectura. Momentos antes de que acabe la música, el cielo del desierto se torna frío.

Mantenemos en este presente el recuerdo de lo que un orgasmo olvida. Las falsificaciones del respirar. Su boca se abre, nuestras bocas se cierran. Kathy dice, "en el orgasmo, no quiero ser la víctima del olvido. Quiero que esto llegue a la remembranza. Quiero mantener una separación entre el presente y el pasado. La isla de esto: de estar aquí."

La palma de la mano de Heaven espera. Su boca, salada como el mar. "¿Estamos olvidando aquí, Doug?" Por un momento, eso se vuelve invisible demasiado rápido, veo mi propia contemplación atrapada. Un Caravaggismo. Una luz proyectada con rudeza, una luz fija en su quijada, una desaparición de contornos. Nos sumergimos en la noche de tinta. Me esfuerzo por separar mis ojos de lo que vi. Soñamos como infieles. Soñamos en un libro encerrado en una película, y viajamos convirtiéndonos en nómadas, tan sólo por estos momentos. Un tiempo de olvido y tormenta se aproxima con furia.

"Eso es a lo que me refiero por primitivo", Kathy me dice, "pareces no saber con claridad dónde está el mundo." *Quiero que rompas esa rama del árbol. Necesito que me pegues.* Kathy llora, su voz tiembla, "¿tiene acaso algún bien este dolor? ¿Tiene acaso el recuerdo doloroso algún bien?"

"Kathy, tengo miedo que mi lengua enloquezca, que termine delirando." Mi boca sangrando en la oscuridad, luchando contra las riendas. Muerdo fuertemente el metal de sus deseos por venir a mí. Palabras inconclusas en su vientre, regadas por todos lados. Ella me sintió. Te conozco. El dolor me penetra a cuentagotas.

Con Heaven.

Cruzo la calle. Seguimos. Caminamos a orillas de la acera, los dedos de nuestros pies cercanos a los sitios donde las cosas han sido reprimidas. Mi lengua se ha roto. Observé la belleza visible de Heaven olvidando. Todo lo que no puedes dejar atrás. Heaven dice,

"el acto de olvidar siempre está ahí, antes que olvidemos. No aparece de la nada." Nuestras muñecas se rozan. "El acto de olvidar está presente en cada palabra."

No has olvidado lo suficiente.

En el suspiro de este momento de caminata, nuestros pies sucios nos llevan de aquí a allá. Heaven me cuenta una historia acerca de un dialecto del lenguaje chino, que siempre coloca a las mujeres por fuera del habla. *Quiero mi habla. Tu piel, poner mi cara en el centro de tu pecho y oler tu aroma a través de mi cuerpo, oler el sudor de tu día. Ella había estado corriendo. Corrió hacia mi puerta. Llevo mi boca a su piel, para respirar. "No lo hagas", me dice. Mi boca en su sudor. No puede haber entendimiento sin sudor, los fluidos que ansían por salir del cuerpo, y escaparse. El agua de este cuerpo.* Hay que vivir a las afueras del lenguaje. Por siempre en el pasivo. Heaven dice, "Ahora te convertirás tan sólo en un objeto de tu habla, Doug." Dice esta y otras tantas palabras que se rompen. *Si tan sólo pudiera hablar contigo por última vez. Está lloviendo. Un poco raro para una noche de verano en Sacramento. Y es así como ella se mantiene alejada.* Con una necesidad por saber, este su deseo mi deseo sin palabras. Una añoranza de no saber hacia dónde dirigirse, caminando por la calle J. "¿Cómo crees que tu cuerpo se sentirá, Doug?" Heaven pregunta, "¿cómo se comportaría tu cuerpo si te negara la voz activa?"

La amaba tanto que sólo podría convertirse en furia.

De este día en adelante. Me encerró dentro de estas paredes de devoción tormentosa. Trato de susurrar desde dentro hacia afuera, un temor obsesivo se apodera de mi cuerpo, haciendo imposible la esperanza. De que algún día ella sienta el dolor que yo siento. Sus dedos presionan mi garganta, debajo de mi piel. Quiero. Espero. Al principio, creía que eran sus estudios literarios los que hablaban. La teórica. Luego ella rompió mi pulgar, mientras sonreía. Recuerda. Lo prometiste. Una voz atravesando las ventanas.

"Es chistoso", Kathy me escribe, "ustedes los hombres pueden tener vaginas pero lo que no pueden experimentar es la verdadera chingadera de ser mujer, el sexismo, etc. ...Así que dime, Doug, cuéntame sobre que te sientes aplastado. Explícame porqué te excita.

...tengo tanta curiosidad... ¿acaso te encaminas a las delicias del masoquismo?”

En el espejo, Kathy llega a los comienzos del habla. Antes que yo sepa quién soy. Ella se convertía, frente a mí. “Aprenderás este enunciado de tu cuerpo, Doug.” Al principio, me negaba a tocarla. Su palabra. Cuando cogemos nos convertimos el uno en el otro. Una especie de nombramiento, un patrón en el modo de hablar. “Me recuerdas a una dulce niña que vi recogiendo flores una vez.” Kathy me dijo entonces que mi madre había robado el cuerpo de un niño de uno de los del vecindario. Que yo no era un niño, y que si sabía lo que era bueno, que yo debía cantar como colegiala, cada vez que los hombres pasaran por el cerco frente a mi casa, cuando salieran de las fábricas. Si llego a cantar como es debido, podría hablar con Dios. Al impacientarme por hablar con Dios, dejé que me latiguearan y que me cogieran. Niñas: jugaban juegos acerca de mi cuerpo, atando y desatando mi cuerpo a los árboles.

¿Puede haber más conocimiento que esto que recordamos? Este lugar que no puedo comprender, este lugar que abandonas. Es todo lo que soy. Tu olvido ha sido capturado por el recuerdo.

Una mujer de mi pasado, de aquellos palacios muertos y congelados de mi cuerpo, me enseña una fotografía de una avenida en París. Las casas de madera, unas calles empedradas, angostas. Las campanas de una iglesia. Observo cómo ella se desvanece en la brisa tibia, observo sus dedos que intentan regresar al momento de esta fotografía. Sus ojos se cierran con más delicadeza que la que he visto en mi vida. Quita su vista de la fotografía y la dirige hacia mí; quedo maravillado cuando mis ojos ven a esta chica. No veo a esta chica cuando la estoy viendo, es como ver sin ver, como inventar las narrativas de los deseos. Como ver de nuevo el pasado y un momento en Los Angeles. Cuando ella ve, no puede hablar. Una imitación inapropiada. Descuidada. *Mi lengua torpe se revuelve con el dolor que surge al decir su nombre. Desgastado, me tragué lo que ella ha confesado. Nunca he sido tan libre, dice. Su voz,, tan fuerte. Pierdo sus palabras; se salen de mi cuerpo. La pierdo a ella, una y otra vez, entre los deseos de tenerla conmigo por las noches.* Este silencio que te llega a flor de piel. Mi piel. Ella se lleva sus palabras de aquí.

Esto no.

Heaven pregunta: "¿No tienes miedo de convertirte en Doug Rice?"

"Como un historiador", le respondo, "Puedo imitarme a mí mismo, pero como artista, debo resucitarme."

Continúo, "quisiera escribir un libro que produzca olvido de manera formal, uno que tenga los mismos tortuosos movimientos de cámara de *Hiroshima, Mon Amour*. Un libro que destruya la posibilidad de recordar. Quisiera construir imágenes, otorgarles a los lectores el lenguaje, y simultáneamente haciéndoles sentir que lo han olvidado. Un libro que te muestre algo y luego te lo quite. Quiero que los lectores se den cuenta de lo difícil, sino que imposible, que es no olvidar. Flaubert fue ridículo, queriendo escribir un libro acerca de nada. Sería muy simple escribir tal libro. Yo quisiera escribir amnesias. Un libro que induzca a la amnesia. Una escalera de Jacobo con letras."

Fantasmas que acechan, plegarias a santos que no escuchan. Me he convertido en una chica tan enferma que temo que debí haber muerto. Temo que ya estoy muerto en esta despedida. Ella se dirige a su auto. Saluda adiós.

***

Querido Doug,
"después que me fui a 'dormir', dejó un mensaje diciendo que debería visitarlo a su 'casa'. Entiende. . .nada de esto es 'real' de todos modos. Me encanta lo que la palabra 'real' significa en este mundo."
Con amor,
Kathy.

Querida Kathy,
Tu último correo electrónico tenía tantas comillas que me dio miedo, y no me di cuenta. Yo También he manchado mi escritura de comillas en el pasado, sintiéndolas esquizofóbicas tan sólo por el lugar que ocupan en la página: como los restos sangrientos de las guerras en contra del recuerdo. Mi piel como un constante marcar y borrar, donde cada impresión deja un

rastro de sí mismo al momento de su desaparición: una bolsa de té en el fregadero, un olote olvidado. La libreta mística. ¿Qué es real y qué es Memorex? Lo que es real en la palabra, ¿es diferente de lo que es real en el mundo? Los esquizofrénicos sin esperanzas y la gente depresiva siempre terminan por fuera de las citas entre comillas. No es nada más que un camuflaje aceptable, un movimiento solitario y depravado en los peculiares confines de cuartos blancos. El miedo por infectarse, la promesa de lo que ella dice. Extraño el ardor, Kathy. Extraño vivir con hambre.
Con amor,
Doug.

***

Los textos de Kathy Acker son en sí mismos algo completamente ajeno, algo en lo cual un hombre no debe iniciarse. *Su escritura envagina mi hablar convirtiéndose en ansiedad indescifrable.* Es esta misma ansiedad -los disturbios kinéticos en formas de logos sintácticos- lo que no hace muy práctica (no imposible) la enseñanza de Acker, como tampoco escribir sobre ella en el modo oficial, santificado e industrial de los Grandes Inquisidores tradicionales. *Convertirse en vagina* en contra de esta carne entregada por Dios (hueso que desea convertirse en sangre), yo soy los restos regados en el sitio corrompido, tartamudeos y debris. Plagio la posibilidad de volverme indeleble. Mírame: tú, con tus pies de página y tu muy vaga comprensión, tu supuesto rigor teórico, piensas (temes/deseas) que esta Acker situada en el "Yo" silencioso no es más que un fetiche castrado. Tú, con tus deseos altamente mercadeables de autógrafos momentáneos, imaginas que este *confrontando a Acker* derramadero de tinta no es una mezcla de sangre y hueso. *Mi lengua engañosa* acumulando la enfermedad confusa de viejos escritos. Estoy *desfasando* la vagina *extraña.* Espasmos lengualingüísticos, deseos amusculados. Yo (este "Yo" no es el de mi voz original, sino el Yo pirateado de un cadáver, la transmisión radiofónica de una ciudad muerta, grabada y abandonada en un hotel embrujado en el desierto de Arizona) ojeo mi propio cuerpo. Yo *creando este* Yo *continuo, colocando a mis ojos conspiratorios en verdadero peligro.*

Extraño la perversidad cerebral. Adoro el lenguaje -es mi más grande perversión. Los hombres no quieren ver a sus mujeres leyendo. Si lo piensas un poco, ha habido un esfuerzo consciente por educar a las mujeres solamente durante los últimos doscientos años. Doscientos años contra una vasta eternidad. El conocimiento es poder. Leer es como el sexo. Es mejor dejárselo a los chavos. Te sientas, las rodillas juntas. Que te vean pero que no te oigan. Silencio. Atiende a los niños hasta que. Hasta que la noche caiga y entonces sí puedes coger como hadas. Por la mañana, mantén las rodillas pegadas y nunca, nunca intentes escribirlo. Podría terminar leyéndolo ella.

***

Un virus nunca se aburre.

***

Tras la muerte de Kathy, antes de mi propia muerte, en el pasado - en el hace mucho tiempo y en el en un lejano lugar, me dicen - la ley me acusó de degradar la textualidad, con virus renegados y con el sabotaje de los inocentes, los protegidos, mientras me encontraba en un estado de psicosis retentiva. Yo no tengo ni un solo recuerdo de haber establecido una plaga tan deliberada, de confundir y conducir a los demonios al mundo, en contra de la palabra del copyright. ¿Acaso tú crees? ¿Crees acaso en la palabra, aquella que no puede devolverse? Otros, al mismo tiempo, saben que a veces juego con tijeras, y que corro como un loco, abandonadamente, por los pasillos de bibliotecas, saben también que he cortado mis venas y dejado que la sangre cayera en un montón de libros regados. Mi sangre corriéndose por las palabras de Kathy, aquellas que dejó abandonadas en la página. Las que ella declaró que no eran su piel, no venían de su piel. Venían de la nada. Recogidas del mar por algunos piratas. Palabras que fueron seducidas y extraídas de los labios de caníbales, por vírgenes que caminaban por el tablón. Pero yo sabía más que eso. Como si nuestros cuerpos no fueran en sí la maquinaria de tales lenguas. Detengo en mí el momento de peligro que surge antes de penetrarla. Ella titubea, su cuerpo se hace para

atrás. Luego me corta, sin más ni más. *Mira lo que he hecho a tu piel.* En el espejo las marcas de sus dientes en mi carne, toco cuidadosamente estas marcas rojas, con la punta de mis dedos.

En el momento que Kathy muere. Comienzo a rascar, a garabatear letras. En busca de escaleras. Rob me dice, "Es esta tu esencia/tu don, Doug, la de transmitir ese inicio, esa previa búsqueda inicial de la percepción, antes de aligerarse por las convenciones del lenguaje ordinario. El truco es más difícil de lo que parece." Yo no escojo. Necesito las cortaduras en los labios. El esclavo en mí que quiere una vida en cadenas. Rob dice, "eso involucra el despellejamiento de la piel viscosa, la piel de los tiempos/las voces/la conjugación."

Kathy dice, si repito el mismo texto, ¿será el mismo texto?

Quiero cambiar la intencionalidad. Que este Yo, mi cuerpo, se convierta en pronunciamiento, escribiendo y escribiendo sobre el texto original para reimaginar este cuerpo, hasta que un nuevo texto aparezca, reaparezca como otro distinto a sus orígenes. En vez de como un origen o como un emplazamiento. Una palabra repetida se convierte en una palabra nueva.

Necesito ser invadido.

"Debes ser virulento, Doug", me dijo Kathy, "tengo un hematoma en la piel, en el lugar donde me besaste anoche." Ella me cortó la piel con una de sus perforaciones. Y yo sangré, pero el sangrado se detuvo.

Es así como termino convulsionándome. Decido caer en un estado catatónico. Incapaz de saber nada. Sin contactos humanos. Sin poder entender al lenguaje.

Me llaman LOCO. Pero no soy inhumano. Todavía tengo un pene. Es sólo que no creo que haya ninguna posibilidad de comunicarme con alguien en este mundo.

Quiero desviar a Kathy hacia otro sexo, como cogerse a los géneros. Mi pene cercano a sus orillas. Preservando y resucitando, convirtiéndome no en el aquí. Un testamento a Orfeo: resucitar por medio de suspiros inciertos. Un llamado al otro lado del desastre.

[El enunciado nómada sólo puede ser un distractor por siempre. Al principio, es falsificación. Cortadas virulentas. Una boca vacía. Un recuerdo desobediente -*borrándose y escribiéndose a sí mismo*- sólo permite ser leído para desaparecer después. Si Acker, de hecho y testimonialmente escribe políticamente, ¿por qué muchos críticos sólo escriben *acerca* de su política? ¿Quién está en casa cuando ella no está en casa? ¿Qué no es el lenguaje de Acker un tipo de lenguaje de conversiones? Como si el lenguaje de Acker fuera del tipo que se sostiene. Una boca abierta es dolor. La disciplina y el castigo nunca son el camino a la fama y la moda.]

***

Yo siento, siento, siento que no tengo lenguaje, cualquier emoción para mí es una prisión.

***

Cada vez que Kathy me enviaba sus manuscritos, siempre incluía instrucciones para poder leerlos:

1. Humedece tus dedos para cambiar las páginas.
2. Que tu cuerpo sea vulnerable a tu alma.
3. No leas sin respirar.
4. Ten cuidado con tu piel.
5. Utiliza un cuchillo en vez de un dedo.
6. Esos lapsus linguae descuidados hacen que me venga.
7. De haber sabido, nunca debí haber escrito.

Ella me habla, un mes antes de morir. Casi al final de todo, me dice, "Doug, no puedo escribir nada, sin propiciar una gran violencia hacia mí." Sus nudillos siempre me parecieron como el alma de un gato, perdido y solo en un callejón. Harapos y huesos. El Quijote en sangre propia.

---"Estoy jugando a que me vengo."---

Kathy Acker escribía con un dildo metido en la vagina. Esta no es una metáfora. (Siempre recuerden esto: dildo es dildo, dildo nunca será metáfora.) ¿Necesitas un pie de página? Cuerpo de la evidencia. (Sólo los seguidores de Descartes y aquellos críticos ingenuos de los

logos del posmodernismo tardío pueden confiar en la idea de los dildos como metáforas. Asimismo, claro, los dildos confunden a los Lacanianos, excepto a aquellos que pegan sus labios como vaginas en los espejos. No mencionaré nada sobre Baudrillard aquí.)

***

"Doug, yo espero, espero, espero que te hagas bueno, y no sólo metido en el rollo fetichístico... (*sic*) (o sea, obtuso) (Todo mundo está siempre entrometiendo sus deseos sexuales en mi pobre cuerpecillo deseante *uuuy sí*) (correo electrónico de Kathy, 19 de feb., 1996)

***

"No puedo decidir si deberíamos mantener esto completamente anónimo, así como está ahorita... pero el sexo se pone cada vez más candente... muy extraña toda la cosa... no puedo decidir qué hacer y no es un buen momento para mí, en respuesta al asunto ese de la 'imagen', la imagen que el mundo tiene de mí como escritora siempre está a flor de piel, debido a todas las reseñas, etc. Como que a veces me gusta el anonimato, pero otras veces."
Kathy.

***

[Los viejos académicos sonriendo y viendo a través de las mirillas. Otros jóvenes "poses" (académicos mucho más detestables que los "verdaderos" académicos) que adoptan con regocijo la "¡idea!" de ese dildo (algunos incluso "¡practicándolo!" [aquí imitando al dildo parlante de Acker] como una forma de comunión auténtica con el lenguaje del cuerpo, aún cuando cuestionan la posibilidad de un origen) con un dejo teórico tan tonto y seco, que uno apenas y puede imaginar cómo son capaces de lavar su ropa.]

***

Intentar hablar justo en el momento cuando hablar se vuelve más difícil

***

En principio, yo no sé nada sobre penetración, sobre *escribir escritura del cuerpo. Sujetar al cuerpo* a la escritura. *Obligar al cuerpo* para que hable. En este momento, castigando a mi cuerpo, rompiéndolo, plagio aquellos que rechaza a los lenguajes. La boca lastimada. Unos embates púrpuras.

La lectura es un acto sexual. La mayoría de la gente lee en la cama, sostienen y acarician el libro, tocando cada página, observando cada palabra. Ingieren las palabras, entran al cuerpo. La palabra se vuelve carne.

Quiero que la demás gente me observe.
Quiero que me vean leer.
Quiero que vean cómo convierto una palabra en carne.
Quiero que vean cómo mis dedos se deslizan por las páginas.
Quiero que vean cómo reaccionan las palabras ante mi cuerpo.
Quiero que vean cómo reacciona mi cuerpo ante las palabras.
Quiero coger en público.
Quiero que vean este acto sexual.
Quiero que me vean leer.

Necesito hablar con Kathy, por última vez. Es invierno en Ohio y me estoy quedando ciego. *Ella quebró algo en mi interior cuando se fue. Dicen que este es el lugar del cuerpo donde el lenguaje reside antes de convertirse en habla. Ella cargaba con muchas de estas palabras, mi lenguaje convirtiéndose en deseo, alejado de ella, en un bolso pequeño. Estos recuerdos primordiales que no se pueden decir.* A la mitad del verano en Sacramento, una temporada de incendios tempranos, esta imposible quemadura en mi piel. Mi tristeza se aproximaba con un llanto atrapado en un hambre de coraje. Al caer la noche terminé intoxicado por un horror. La pérdida de la inocencia sexual. El rompimiento de las olas, una sombra de mi deseo por tocarla, ahí. Un aroma, este aroma. Antes de caer la noche y antes de que llegue el sueño, termino llorando porque ya no puedo encontrar otra manera de hablar.

Me pregunto qué recordaran sus huesos de mí, si ella está sintiendo esto. Si alguna vez. Podría sentirlo. Esto. Esto, el esto que le obsequié. Que le entregué.

(Las secciones de esta historia que se encuentran encerrados en bloques pertenecen al libro *Málaga*, de Lucinda Ebersole)

El cuerpo es un huésped maldito

Tomo el cuerpo y la sangre de Cristo y lo llevo a mi boca. Invito a Dios a entrar en mi, a curarme. Llamo a Dios para que descienda de los cielos. A que entre profundamente en mi. Llamo sus labios quebradizos a los míos, me abro, desprotegido, para usar Sus músculos. Mis muslos abiertos y maravillados por esta imagen jamás vista. Unas manos gruesas, manos de sacerdotes casi muertos, con sus dedos regordetes, me detienen en el suelo. El tremor de Sus huesos ciegos despierta a mi lengua, en esta mi boca. Aquello que sobrevive pero que jamás es mencionado. Indecible. Kathy dice que nunca me había visto más tierno que cuando el sacerdote coloca al invitado en la punta de mi lengua. De vuelta en el banco de la iglesia, cierro mis ojos, casi cayendo en el piso de mármol. Sueño que estoy con la chica más dulce de toda la iglesia, y que Jesús quiere que siga Sus huellas desvanecidas rumbo al desierto. Si tan sólo Jesús pudiera decirlo. Sus palabras, estas heridas, para estar fuera del mundo, con Cristo. Con sus pulgares artríticos. Solo, cerca de sus manos deformes. Un Jesús que sufre, sus coyunturas ardiendo. Si tan sólo pudiera entregarle a Él mis sueños. Aquí está mi voluntad. La sangre púrpura y fría debajo de las uñas de los dedos. Si tan sólo pudiera saciar Su sed solitaria. El hambre rojiza que tengo por Sus labios quebradizos. La arena amada de Sus deseos. Hasta que un día, El llegó ante mí. Erguido, sus pies en el porche de madera. El lleva mi cuerpo al llanto. Un cuerpo sin palabras. Lloré hacia el interior salvaje de palmas penetradas. Las aguas frescas de ríos perdidos, tentando la suavidad de Su vientre con mis labios. Buscaba ser castigado por razones desconocidas. El amor de Dios. Las plantas de mis pies descalzos estaban frías, pisando la madera podrida, mientras mostraba a El los sitios donde Dios me había castigado por mis pecados, Sus dientes encajados en mis nudillos. Yo

ansiaba Su bendición, aguardaba en la simple piel de la palabra inocente, Su abandono silencioso.



La pasión elemental del deseo es contagiosa. Ya que uno también come de las partes de sí mismo (saliva, enzimas, los ácidos que desomponen la comida) mientras comemos otras cosas. Con esta boca. Yo.

Una educación sentimental

Cuento los huesos de Teresa en mis recuerdos. Llamo de nuevo a la noche en que ella despertó mi garganta con su cintura, ese hueso duro, tan cercano a sus deseos de convertirme en su chica. La mera idea de ser yo su casta mujer. Desnuda y tosca. Me convierto en su bautismo inolvidable. Ella encontró la carne de mi cuerpo cercana a su piel, me tienta con sus dedos inconscientes. Aquellos que obligaron a Dios a decir mentiras. Ahí, la piel de Teresa debajo del árbol sanguiñuelo. La beso con toda la ternura que una niñita podría engendrar. Por la noche, ella y yo recitamos plegarias frente al agrio paisaje, los cielos vacíos. Plegarias por tormentas en la oscuridad. Muy de noche, nuestras risas rompen corazones. Nuestros miedos. Debemos despedirnos. *Respira en mi*, *Teresa.* Mi lengua está siente dolor por su ausencia.

Necesitamos llevar nuestros cuerpos al silencio.

Nos ofrecemos nuestras caricias mutuas, pero sólo en las aperturas invisibles del bosque de Dios. Abrimos nuestras heridas, los cuerpos abiertos, un charco de sangre. Los cabellos mojados, sin relámpagos. Teresa tiene hambre por la lluvia, necesita la lluvia, de lo contrario, permanece muy ensimismada, muy cercana a las canciones de la muerte. Me dice, "nunca llueve por aquí. Nunca."

Su familia, se encuentra en un muy lejano pasado, en los suburbios, sentados alrededor de la mesa metálica; están completamente rígidos, casi sin rostro alguno. Están golpeteando la mesa con los dedos; unas migajas de pan caen al suelo. *I will follow*: si tan sólo encontrara la manera de seguir. Pasan años y años, y nadie dice una sola palabra, nadie se mueve. De pronto, en 1971, su padre empujó la silla de la mesa y se levantó, por última vez, perdiéndose en tierras sin agua. Rumbo a lo desconocido, caminó por un sendero que lo llevaba al desierto. Sumergió los pies en mares oscuros, color

vino. Un sueño que desaparece antes del amanecer, o quizá llevado a la ribera por los años perdidos.

Teresa aún persigue esos pequeños deseos de ángeles. Es una chica de hueso, encantada. Ella prepara su sangre para mí, usa unas flores desmoronadas que saca de su jardín. Coloca mi dedo ahí. Yo no tuve nada que ver en esto. Llegan a mis sueños unas ramas mojadas, dejando llagas en la parte trasera de mis muslos. Los árboles que tuvimos, en otros cuerpos, que trepábamos cuando niños. Cuidadosamente, paso mi lengua por la palma de su mano, hablo con la humedad de su lengua en mi lengua. Dios se convierte en la sal de su vagina precisa. La herida de Su hijo. Una niña preciosa, a la que nunca dejaron cruzar las calles. Esta niña pequeñita, la que no desea más que un empujón. La necesidad de tejer su cuerpo hasta convertirlo en canción. *Quédate conmigo*, por favor. Pero esas palabras se pierden. *Me dirigiré a tu casa, yo sólo estoy vagando para llegar a esta casa. Esto. Tú.* Trozos de piel debajo de las sábanas percudidas. Ella se esconde de las patrullas fronterizas. Las monjas se asoman por la ventana. Observan cómo Teresa se dirige rumbo al tráfico.

"Haz lo que necesites hacer, sin que yo lo espere." Su voz se viene.

Rezo. La sal arde en mi lengua. Teresa me ordena cerrar los ojos, y recostarme en completo silencio. El silencio de la nieve matutina en las montañas. Quieto. No. Debe haber algún modo. De salir de aquí. El deseo de moverse. El vacío que encuentro al servirle al interior de esta añoranza. Sobreviviendo mi anhelo por entrar. Su voz. Ella me coloca, con sus palabras, en el aquí. En este lugar, mi cuerpo. Recuerdos y recuerdos convirtiéndose en presente. Cuando era una muchacha, mi cuerpo hacía que los sacerdotes murieran. Despertaba las almas inquietas de los ancestros. Teresa, en aquellos días, se rehusaba a desatar mis muñecas. Yo esperé, hasta que la cera caliente caía, de las velas de Teresa a mis párpados. Sellados ante el mundo. Ante la palabra. Convirtiéndose en cenizas. Teresa se muerde fuertemente, muerde los sucios y enredados músculos de su boca.

Su mano apretaba, entre mi piel y mis jeans. Un puño cerrado. Los dedos enrollados.

Este es el nombramiento.

Hay que ser valiente, hay que romper vidrios. Brincamos de un tren a otro. Ponemos monedas en los rieles y esperamos el rugido del tren. Cerramos nuestros ojos. Sobrevivimos.

Yo quería cortarme las manos. Para dejar de sentir esta necesidad de tocar sus hombros. Su aroma, el puro candor del sol en verano.

Le digo, yo siempre quise ser una buena niña. Para ella. Quise ser esta niña para ella, para ver si así vendría a casa. Otra vez.

¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Me vuelvo todo plegaria. Todo entrega. Ella escupe en mis labios entreabiertos.

Sin palabras, deseo su codo. Nos rodeamos por la posibilidad del dolor inocente. Mi costilla, sus dedos quebrándose. Esta necesidad por tener un dolor casi irreconocible. Invisible. Pero nos hemos olvidados que sabemos movernos. Atrapados en esta quietud, enviada a nosotros por algún dios extraño, sin nombre, tan sólo como un golpeteo a las venas, llego a estar tan cerca de tentar a Teresa que mi piel casi se convierte en la suya. Entre su piel y la mía, un sueño ardiente nos poseyó. Su mano. Los nudillos, el elástico apretado de mi falda, y esta piel. Ella cierra sus ojos. Una chica de puño: demasiado dentro de mí como para no darse cuenta y no sufrir, pero no lo suficiente como para convertirse en mi alma.

Ella dijo, "si a los 37 no te has llenado del amor que puedes cargar en tu corazón, en tu alma, en nombre de la belleza, posteriormente ya no valdría la pena. ¿Entiendes esto?"

Beso sus lágrimas, las que han caído a la Tierra. Coloco delicadamente mi mano cerca de su vagina, con la simple idea de querer arder como lo hicieron los mártires y los santos. El olor de la madera ardía en mi piel. Estas llamas que deseo. Estábamos sufriendo, nos habíamos enfermado, por tantos malos recuerdos de cuchillos, los cuales no podíamos olvidar. Cada camino que ella atraviesa en su pequeño auto rojo, aún conserva con ella, cercano a sus cicatrices, el cuchillo que encontramos en un zanjo. Unas agujas dobladas en la hierba.

Unos perros rabiosos dan vueltas alrededor de nuestros cuerpos. Estamos poseídos por su hambre. Las bocas blancas. Ha de haber como trescientos perros rodeándonos. Nos excitamos por sus lenguas, pero no decimos nada. Sentimos su calor, comemos paquetitos y paquetitos de azúcar. Prendo un fósforo, comienzo a quemar la cuchara, hirviendo el calor de dioses ausentes. Ella inhala el momento invisible por un tubo de vidrio. Una sacudida al sistema, Teresa conduce a los dioses por su garganta, hacia sus pulmones. Se queda quieta. Sube por la escalera de Jacobo, jugando con sus ojos, como queriendo gritar, desesperada por humedecer sus dedos. Teresa tentativamente acerca la aguja a uno de sus ojos: excisiones, rituales. Una chica sedienta por un buen golpe.

¿Por qué haces eso allá afuera, donde todo mundo te puede ver?

Trato de decirle que la amo, pero sólo se encuentra la piel y la fe corrompida. Comenzamos a recitarnos episodios de *Batman y Robin*, porque era importante hacerlo. Nos importaba más que el amor que nos teníamos.

Teresa se muerde la lengua, sus dientes en su lengua. Promesas que se cortaron. Ella sigue mordiéndose, por días y días. Hasta que se viene. Su sangre se mezcla con el titubeo anterior a este momento. El momento dentro del momento de la apertura de sus labios. Teresa y yo tomamos fotos con una cámara Instamatic que apuntaba directamente al sol. Escucho a Teresa llorar. Sus rodillas, frías, blancas. Siete convulsiones producidas por la humedad de su vagina. Necesito oler su vagina. Tenerla en mi boca, en mis nudillos, este puño que introduzco en ella. Aquí, conmigo. No tenía nada qué decir, se rehusaba a mirar hacia otro lado. Sufrimos el ardor de las lenguas. Temblamos. Ella se viene a mi sueño y me pide que utilice amenazas. Viajamos por caminos muertos. Cruzamos los umbrales. Yo huelo los restos de su respiración en las puntas de mis dedos solitarios, la puedo oler debajo de mis uñas, mezclándose con la tierra seca, las raíces de las flores que brotan alrededor de sus lágrimas. De su llanto.

Ella intentaba mudarse conmigo, más allá del dolor, para vagar al interior de los desiertos, dejando todos los ríos atrás. Olvida el lodo de la piel, el agua. La lluvia. Ella me dejó correr mi dedo por la punta

de la uña de su dedo. Como una necesidad de sufrir laceraciones interminables. Ella abre en una cortada en mí, hecha por sus anhelos.

En el otoño del año 2000, escribo a Teresa desde Sacramento.

12 de Octubre

Querida Teresa,

Esta mujer se encuentra dentro de mí. Aquella que me dijiste que debía temer. Te siento, las lenguas de tierra y sangre. Tiemblo cuando la escribo. Una puta en el pasillo, tirada en el suelo. Arena en sus bolsas, boletos de lotería rotos, un billete de cinco dólares. Una adicta a la heroína incompetente. La aguja tan chata que ya se veía redonda. Y luego, ella. Tú no estás aquí. Yo, en el espejo, como si el espejo pudiera ver. ¿Cómo puede mi cuerpo estar tan vacío? Como para partir. Sé que sabes esto, Teresa. Lo he sentido. Esta necesidad de partir.

Es ficción. Inventamos la ficción, mi amor. Sueños continuos, vívidos, que nos rescatan del ruido. Para devolver la santidad a nuestros cuerpos, obligando la santidad de Dios a que retorne a nuestra carne. Necesito que hagas que Dios entre en mí, y deja nuestros huesos fuera de esto. Déjalos por allá. Fuera de nosotros. La clítoris fría, la lengua colgando. Espasmos de palabras. Su palabra un orgasmo partiendo mi boca en dos. Ella escribió las palabras que yo quería decir, hablaba con estas palabras que yo una vez escribí, cuando era sólo una dulce muchachita. Este cuarto, por las mañanas, está repleto de espejos. Mi boca llena de ti. Sabrás lo que quiero decir, cuando digas cada palabra en voz alta, en el espacio. Ella quería que yo aprendiera a viajar lejos del tiempo y del espacio.

Quiero contarte otras cosas también, cosas que los dioses me dicen que no puedo escribirte, y que tienen más que ver contigo.

con amor,
doug.

16 de Octubre

Querido Doug,

No sabía si te estaba lastimando, o si te estaba amando.
teresa.

20 de Octubre

Querida Teresa,

Vente.

Sin firma.

20 de Octubre

Querido Doug,

Acabo de ver dos fotografías de torturas. Debí dejar de escribir. Para pensar en ti. Me siento en mi cama, todavía hace calor aquí. Un calor incómodo. A mi cuarto le llega mucho de ese sol del atardecer. Quería escribir tu nombre, quería aprender a escribir tu nombre sin moverme, escribirlo sentada y sin moverme. Quiero escribirte con mi propia letra: esta página: esta mano: este deseo. Aquí en esta cama, con todas tus palabras. He dormido con tus palabras, Doug. Pero tú ya sabes eso. Ya lo sabías. Mi vida. Las imágenes estáticas pueden traicionarte, mi amor. Sólo el miedo puede medir *lo que se encuentra ahí* por completo. Comienzo a extrañarte. Ojalá estuvieras aquí. Necesito que estés aquí. ¿Puedes acaso alejarte de mí, de esto, y reprimir ese llanto salvaje y ese placer marchito?

Con amor

Teresa

Su sangre debajo de mis uñas. Todavía está roja.

Yo sufro sus palabras. Su mano me corta la carne. Visto con ropas que ella se ha puesto. Duermo bajo el peso de su alma sucia. Mi piel saborea lo que queda de su piel. Su aroma desangra mis huesos. Una vez, en 1997, creo, ella se rehusó a que yo me la cogiera. Dos años pasan, y ella comienza a enviarme postales. Detrás de estas postales, las más tontas postales turísticas en todos los Estados Unidos, ella me escribe con una letra casi ilegible: "Cógeme." Día tras día me las envía: la imagen de una playa, *el agua está rica. Ojalá estuvieras aquí. Cógeme.* Una diaria, por un año. Pasan semanas y me envía exactamente la misma postal. Y ahora, parado enseguida de ella, en un estacionamiento vacío, en California, ella me exige que no mueva ni un músculo. Es Octubre, estamos en las afueras de Los Angeles, en un estacionamiento olvidado por la mano de Dios. Una luz amarilla arde en el cielo. Ella me amarra con la quietud sentimental

de sus palabras. Cierro mis ojos. "Mírame." Junto amí, puedo oír su respiración. Este cuerpo. Mis huesos. Yo le ruego que me diga la verdad, su cuerpo tiembla. Los temblores de una chica pequeñita, cuya vagina anhela con el parásito de Dios. Estoy cerca de su suave piel, la sangre en sus muñecas. Sus joyas la cortan, unas joyas antiguas, como de algún país perdido sin lengua nativa, que nunca ha sido pronunciado.

Quiero su sangre en mi lengua.

21 de Octubre

Querido Doug,

Estoy escribiendo un ensayo sobre ti.

Con amor,

Teresa

Rasguño su cara con unas piedras.

28 de Octubre

Querida Teresa,

No sentí absolutamente nada.

Doug

28 de Octubre

Querido Doug,

Estoy destrozada por la ansiedad de tu silencio. Repto hacia ti, sangrando, así como me amas. Como una chica testaruda, presionas tus dedos en mis costillas. Me atraviesas. Estás dentro de mí. Tres. Cuatro. Necesito tu puño, mis dedos empapados, encimándose en tus palabras. Me deseas, tus nudillos están a la orilla de mí, de mi cuerpo que está abriéndose. Dulce niña, yo te ruego que empujes. Llevo recuerdo tras recuerdo de ti a mi piel. Tu modestia me da miedo. Espero, luego rompo en risas. Eres mi cogida renegada. Sin embargo escribes con palabras diferentes. E cuerpo desechado, contra la interpretación. Mi cuerpo quisiera salir de aquí. Siempre ando cargando sogas a todos lados.

Con amor, Teresa

29 de Octubre

Querida Teresa,

Lleva tus labios a los míos, para que mi boca, mi alma entre en ti. Con cada palabra, aún puedo saborear tu saliva en mi boca.

Con amor,

Doug

A Teresa le gustaba el peso de los lugares altos. El peligro de no tener comida. Su dedicación al deseo. Encontraba maneras de torturar su cuerpo con añoranzas, alejaba su cuerpo del mío. De esta cama. Una vez me dijo que en lugar de su necesidad de comer, Dios le había entregado un chispazo de luz, tan pequeño que se alimentaba con palabras que nunca había conocido. El fuego y el mar. Un jardín de los deseos que Dios olvidó.

29 de Octubre

Querido Doug,

Hoy viajé, caminé por las calles de San Diego, rumbo al supermercado, y compré aceite de bebito y sal. Nadie sospecha nada.

T

1 de Noviembre

Querida Teresa,

Quiero volver a convertirme en tu virgen, en una chica desvirgada que camine por un puente pensando que es mujer. Quiero entrar y salir de mi propia sombra. Te digo, estoy completamente listo para servirte. Con capas y capas de vidrios quebrados debajo de mis rodillas. En mis zapatos hay treinta y tres piedras, filosas. Los Días de la Pasión. Duermo en cuartos de hotel abandonados, a orillas de unas carreteras que nunca se han cruzado. Espero como si su voz pudiera acarrear esto.

Tuyo,

Doug

5 de Noviembre

Querido Doug,

No se te permite hacer algo más de una vez por primera vez. Simplemente no es posible hacer dos veces lo mismo por primera vez. ¿Te acuerdas del piso de la cocina? Aprende a pensar con dolor, mi amor. No puedes rescatarte en el papel, como una persona ahogándose se agarra de una roca en el taimado Río Sacramento.

Con amor

Teresa

Pensaba que si retrocedía de la piel, podría soñarme de nuevo en el agua. Mi piel empujó hasta alejarse de su deseo, de esa mirada en sus ojos. Cada mañana, ella nada en el océano. Esos ojos, sus ojos, los que quieren tentarme, los que quieren alejar mi cuerpo de tu piel. Para esperar. Es por eso que comienzo a esperar.

El 3 de Abril de 1812 (probablemente tenga el año incorrecto) ella tocó mi boca por primera vez. Una noche, ella me dejó tocarle su cabello. Yo soy el que ella permitió entrar a su dolor. Los pisos y las paredes de concreto. Su ágil lengua extrayendo a su cuerpo de su estado de sitio. Las palabras que necesitamos, -me dijo mientras mordía todas y cada una de las ideas que tenía sobre mí mismo- estas palabras se han extinguido, severamente dañadas por lenguas tontas e inapropiadas. Antes que Kathy muriera, se interrumpió a sí misma. Dijo una vez, en medio de una conversación, que gente como nosotros nos habíamos quedado sin palabras. Que Genet las usó todas. Y que ahora nos hemos perdido en los bosques de nuestros cuerpos. Ella y yo dejamos de escribirnos. De ese día en adelante, jamás volvimos a escribir en hojas blancas. Nunca jamás una palabra hecha por nosotros. En vez de eso, arrancamos páginas de Faulkner, Irigaray, de anuncios clasificados, de Goytisolo, revistas pornográficas baratas, y nos las enviamos. Ahora, cuando Teresa y yo nos enviamos cartas, besamos las palabras, hacemos que las páginas se humedezcan hasta que todas las palabras desaparecen.

Nada más que palabras

Para Terry

Ella hablaba y hablaba
hasta que dejó de estar ahí,
nada más que palabras.

Las alacenas estaban vacías,
los cerrojos abiertos, el esposo
se fue, su nombre
ceniza en su boca.

Ella mantuvo las negras paredes
apartadas con letanías,
tejiendo palabras todo el día,
sin poder revelarlas por la noche.
Columnas de palabras sostenidas
en el porche, rellenando la cochera
donde un carro antes se encontraba.
Los areneros de los gatos cubiertos de párrafos,
non sequiturs apilados en la escalera.
Debías cuidar tus pasos.
Como participios colgando,
la pintura se enrollaba a los lados.

En cada cruce de caminos
ella añadía otro relato
a la pila.
Tomaba horas
llegar hasta el fondo.

Las palabras jalaban la carne
de sus huesos.
Con cada enunciado
había menos de ella.
Era delgada, difícil de ver,
sólo trama, nada de personaje.

Un día, ella se fue.

(por Craig Paulenich)

Marcas de identidad

para Juan Goytisolo

Ella viste botas, jeans y una sudadera. Aun en el calor del verano, ella viste con demasiada ropa, y de todos modos siente frío. Sobrevestida de carne. Viste esta ropa por días enteros, días sin fin. Nunca se los quita, ni siquiera por corazonada. Tras una infinidad de días caminando las calles, de toparse con edificios abandonados, cayendo en el concreto agrietado, ella vuelve a casa. Las rodillas de sus jeans casi desechas. Sucias, rotas. Me arroja unas miradas que me inquietan, los ojos terribles, los músculos atrofiados. Mi cuerpo espera en el silencio de un rincón.

Ella me dice, "el día que aprendas a adornarte de silencio, podrás convertirte en mi chica." Su pequeña chica ataviada de encaje. Ella acerca el esqueleto de sus manos a mi quijada. No necesitaba hablar de sus deseos, se iban directamente al movimiento de sus manos.

Me pongo sus botas, sus jeans, su sudadera, hasta que me pida lo contrario. Su cuerpo me acaricia cuando uso su ropa. Su aroma se convierte en mi piel. Me muevo dentro de su persona, la mugre de su cuerpo. Su aroma llega a mí, por a ropa sucia que se negaba a limpiar, a lavar las impurezas, esas partes de su ropa que su cuerpo había gastado la tela, que ya se sentían suaves. Esos sitios de los deseos son como cargar con una fotografía suya. Apenas y me reconozco. Sus lágrimas. Su sudor. Los días en los que escalaba las montañas. Mi propio breve recuerdo de cuando era una niña. El cuerpo invisible, poético, confesional. Mi necesidad por interpretar y recordar. A diferencia de una fotografía, las ropas no pueden mantenerse inocentes. No pueden zafarse de la piel. Lamento la pérdida de ese mi cuerpo de la infancia.

Cuando terminan los días en que ella sangra, se vuelve un poco aturdida. Desea quedarse con su sangre, nadar en el río con niños

ángeles. Desea caminar por pisos de madera con sus pies descalzos. Quiere sangrar. Continuar sangrando, sin parar. Cuenta las estrellas que parecen querer caer del cielo. Es como un anhelo, ser penetrado tan severamente, que me tropiezo cuando camino. Caigo de rodillas. Comienzo a restregar mi lengua adolescente en su sangre. Los años de una intimidad perdida dirigiéndose hacia un objeto olvidado hace mucho tiempo. Ella despierta en la noche, con la mitad de la oscuridad convirtiéndose en luz, y esconde unas señales que no pueden ser leídos debajo de las piedras.

Ella acerca los dedos a sus labios y sonríe. Una vez yo intenté besarme frente al espejo. Espeluznante y a la vez lindo. Los deseos extraños por emparejarse con el mismo. ¿Puedes encontrar la diferencia? Tan sólo un agujerito.

En medio de sueños ancestrales, mis tobillos se hincharon. Mi cuerpo se convierte en una tragedia muerta, casi olvidada. Incluso en las playas de Grecia. Unos días de brillante claridad, las leyes de los padres asesinados por hijas ilegítimas. Las plantas de mis pies talladas por la arena. Unas ampollas carnosas. Treinta y tres días pasados en callejones, entradas de casas, edificios incendiados. Una piedra corta mis huesos por cada día. Ella ha vivido su vida escribiendo todo tipo de palabras quebradas y cosidas en el interior de sus ropas. Por toda la casa. En las paredes. Al interior de los espejos. Ella comenzó a garabatear palabras al azar, con tinta roja. Palabras que no poseían importancia. Deseos ausentes, letras irreales. Ella desea vivir al interior de las palabras que dice haber robado de las películas que pasan por la noche. Espasmos eclesiásticos. Su cuerpo envuelto en las narrativas perfectas de su propia confección, en una especie de decepción de la forma narrativa.

Con los pétalos de una rosa, yo suavizo su carne.

Quiero que tú lo entiendas.

Quiero que estés de adentro hacia afuera.

Quiero conocer su cuerpo, quiero estar conciente de su cuerpo en el mío, en mí. Me quedo viendo al espacio por ti. Aquella carta que nunca mandé. Guardada en una caja roja, está convirtiéndose en basura de color azul. Una mezcla de amor y desgracia. La protección de tus ojos. *Necesitas tomarme.*

Ella abrió mi corazón. Yo comencé a contar historias. No los relatos inventados de viajes míticos, sino la tierra de este cuerpo. Aquellas historias, colocaban las ruinas por delante, las postraban sobre el trauma de mi piel. Una promesa jamás cumplida. Sangre petrificada en palabras.

Nosotros vamos a las ventas de yardas. Compramos cualquier trozo de ropa que podamos hacer que nos queden. Hablamos con la gente que vende su propia ropa. Hablamos con sus vecinos, intentamos obligarlos a confesar. Queremos saber dónde han usado esas ropas. Queremos saber si las colgaban en unos tendederos para secarse con el aire primaveral. Después, nos dirigimos a las tiendas de ropa reciclada. Nos probamos casi todo lo que haya en la tienda. Luego, dejamos la ropa. Observamos a los otros, comprando ropa que donamos al Buen Samaritano. Los seguimos por las calles. Los esperamos, vigilando hasta que nuestras ropas aparezcan en sus cuerpos. Inventamos historias. Sueños.

Nos desvestimos del momento presente, pero lo hacemos sin nostalgia. Vestidos de los años muertos de las ropas viejas y gastadas, que aun se mantienen por las costuras descuidadas hechas por esquizofrénicos delirantes, parados en la lluvia y sonriendo por la naturaleza cosquillosa del agua que cae del cielo.

Lamo sangre naranja de su muslo. Sus palabras, puedo sentir sus palabras en el borde de mi piel. Apretándose contra mi carne, sus palabras irritan mis deseos y casi llego a conocer el valle de su garganta. Pero ella retira su boca de mis labios. Comienza a ver a lo lejos, en busca de algún río, y me ofrece, en contra de la palabra de Dios, el interior apretado de sus muslos inocentes.

La poética del ensueño

No puede buscarse la humildad; sólo puede ser entregada en privado.

Laure me jaló al interior de la casa donde vivió una vez una familia. "Huele las paredes." Ella no podía olvidar las cadenas, pero sabía sonreír y sabía qué tan frías se pueden poner las noches en Pittsburgh. Nos paramos en el centro de esta casa, nuestros labios inciertos de sus propios deseos. Laure me preguntó, "¿Alguna vez has sentido un dolor que disfrutaras, un dolor que quisieras que perdurase, un dolor con el que podrías vivir? ¿Qué es lo único que has visto al interior de ese dolor?"

Los pisos de madera. el pavimento en el callejón. Astillas, la sensación de querer rascarse. *No te toques ahí. Lo vas a expandir. El mal se va a donde se vayan tus manos.*

Laure me cortó las uñas de los dedos, muy pegaditas a la piel. La sangre me obligó a dejar los dedos en mi boca hasta que el sangrado se detuviera. Ella siempre quiso quemar las puntas de mis dedos con fuego. Con llamas. Prendía cerillos y quemaba las puntas de mis dedos con las llamas. A veces usaba velas. Le llamaba a este calor la agonía del goce de Dios. Y quién mejor que ella para reconocerlo. Después de todo, ella había estado con Dios, había comido en Su mesa, había limpiado la salsa de Su barbilla. Los vecinos lavaban la ropa y escuchaban música country y western. Laure dijo, si tan sólo pudieras quedarte quieto y aprender de la quietud, pudiera quemar las puntas de mis dedos hasta desprenderlos. Las llamaba las firmas de mi carne. Las quemaría hasta desaparecerlas, y así pudiera yo cometer crímenes, cualquier tipo de crimen, sin dejar rastro alguno. Podría tocar los cuerpos de la gente y nadie lo notaría. Como un ladrón invisible, inolvidable. Ella presionó sus dedos en sus labios.

No hay una escritura para la humildad. No puede haber una escritura de humildad. La escritura es sólo la escritura. Como llegar

al Río Allegheny, bajando del puente de Smithfield Street. La humildad sólo puede ser ajena al deseo. La escritura de unas palabras en la página, ese deseo de humildad, no es más que tratar de llegar a lo imposible, unas inscripciones simples, imaginadas por pecadores refugiados antes de cometer el acto. Los niños y las niñas usan palabras. Laure y yo colocamos nuestros cuerpos ahí, en el presente, lejos de la necesidad de hablar. Los mandamientos en piedra. Un rayo pega en un arbusto que comienza a arder. Las leyes de la carne. Leyes en contra del deseo de convertirse. Dios suspira a través de los deseos de hombres y mujeres. Unos niños perdidos deambulan por la ribera. Palabras enunciadas en la Tierra, previas al acto que desconfía del cuerpo. El lenguaje que desviste la necesidad de amar. Si pudieras imaginar esto por escrito, si pudieras llevar esto al plano de las palabras, la humildad desaparecería.

Ansío el momento en que ella me abrirá la piel en presencia de Cristo. En un sótano, ella me extrae de mi mente y me conduce a mi cuerpo. Mano. Dedos. Pulgar. No tenía nada que decirme. Ni una sola palabra. Comenzó a aporrearme con los músculos de su vagina, mi cuerpo cayendo en la tierra lodosa. Me separó las rodillas con fuerza, dijo algo acerca de los pecados.

Laure y yo nos paramos, descalzos. "Necesito saberlo", dijo Laure. Había unas ramas a nuestros pies. Las piedras nos cortaban la piel. "Alguien, tráiganme un poco de agua."

Nuevamente, traté de sentir mi vagina de pura memoria. Inútil. Ven a mí, dijo ella. "Piensa en mis dedos." Unos dedos redondos, diferentes a mis dedos: flacos, frágiles. Los de ella, gruesos y callosos. Ella entró en mí. En el Yo. Su frente, conozco su frente. Metal. Ponme de rodillas. Desnudo por sus deseos. Ella coloca su pito, mi pito, se coloca ella, en el borde de los labios. Míos. Los de ella convirtiéndose, trastabillando. Espacios que se abren tan lejos como se pueda ver. Ella me rasga los ojos con su lengua torcida. Encadenada, brillante, ella se alimenta con el lodo de esta vagina convertida.

Sólo un enunciado. Para llevar el dolor a mi sangre, no en mi cuerpo sino más allá del cuerpo, hacia esta sangre. Un enunciado justo. *Mientras más te toco más deseo.* Laure ansía regresar a esos

días cuando no necesitaba abrir su boca. Sin decirlo siquiera, Laure se corta las muñecas. Sin decirlo yo, penetro sus cortadas. Un santuario para estas cortaduras.

El cuerpo dolorido se queda como un simple objeto, una cosa inanimada. La sangre persiste por afuera de nuestros deseos de hablar. Los labios de Laure están levemente abiertos. Para quebrar los huesos. Las paredes rayadas, rasgadas, con los restos de nuestra piel. Las marcas de nuestras cicatrices, cinceladas en el ladrillo rojo, en los grises bloques de concreto. Talladas en madera. Ella garabateó sus inscripciones, la fe de su cuerpo, en ventanas, en espejos sin vidrios. Golpea mi frente en la pared, hasta que ya no puedo hablar. Obliga su nombre a que penetre en lo más profundo de mi cuerpo, al punto que yo olvidé mi propia amnesia. Por un deseo de ser nombrada. Me convertí en su nombre en mi interior. Después del décimo día, tenía su nombre en mí. Llevé su nombre a este cuerpo, viví con su nombre cortando la posibilidad de que yo comprendiera el mundo.

Luego Laure mme exigió que empezara a olvidar.

Por la mañana, Laure me ató a un árbol que estaba por el Río Americano, dejándome sin poder decir nada. Me abandonó en mi carne. De todos modos, mantenía su nombre dentro de mí. Día tras día, noche tras noche. Los labios quebrados. El calor seco. Unas palabras que me muerden y se suben a mi cuerpo. Entonces, después de varios días de pérdida, ella regresó al lugar donde se encontraba mi cuerpo, y comenzó a golpear el recuerdo de su nombre para que saliera de mí. Tomó de vuelta todas sus palabras, me obligó a rechazar sus palabras. Muchas de esas palabras ya no formaban parte de mi cuerpo.

Ella colocó un huevo crudo en mis rodillas.

La risa de Medusa. Ni una sola palabra dijo. Rastros de recuerdos de hace mucho tiempo.

Me quedé quieto, sin palabras.

¿Duermes profundamente?

El profeta sólo puede hablar de sus deseos. Olvida que tiene que viajar. Las palabras arrojadas a los cielos indiferentes. Esta escritura, de la boca de los pecadores, de la boca de los santos, jamás podrá

convertirse en humildad. Santa Teresa rogó a su confesor que le permitiera hablar, que le permitiera contar la historia de sus pecados. De la benevolencia de Dios, su voluntad por perdonarla de sus muchas transgresiones. Santa Teresa me dijo la verdad, cuando camino por las calles de Sacramento. Su aroma se convierte en el perdón que ella busca.

Si ruegas a alguien que te abra el pellejo con un cinto, eso es mentir, ya que estar a la expectativa del dolor es querer evitar el sufrimiento imposible que hace al dolor posible.

Quisiera transformar tu cuerpo en un sacramento.

Comido. San Sebastián permanece en silencio, sin perdón. El reza a Jesús para que lo dañe. Una flecha que atraviese sus costillas. Una gota de sangre. No por las marcas, no por el stigmata. Quiere que Jesús lo hiera por dentro. Que corte al interior del pronunciamiento de las palabras que quieres sufrir por ellas. El rechazo de las palabras.

Mateo sangró durante trece días sin morirse.

Debido a que San Jerónimo caminó en el desierto para leer, no sabemos nada de su sexo. Un término astuto que cubre sus amadas laceraciones. Las plantas de sus pies le arden, la arena quema su piel. Las puntas de sus dedos ampollan cada página. No sabemos nada de lo que leyó, de cómo leyó.

Si nadie te ve, ¿puede haber humildad?

Dios nos trajo la luz. Dividió el día en luz y oscuridad. Veo cómo ella se convierte en mí.

Siempre han habido demasiadas palabras en la boca del Marqués de Sade. Su recámara estaba invadida por el sonido y la furia. Putas sin vaginas. Cristo se place conmigo, cuando me encuentro al interior del silencio, en espera lujuriosa de sus acciones. Sade no puede saber nada sobre Cristo. Todas esas mujeres parloteando, gimiendo. Mujeres que trastabillan con sus carnes desperdigadas.

Cierro mis oídos ante las melodías de las palabras engañosas de Laure. Empero, siempre quedo devastado por su aroma. El sitio del deseo está en el aroma de los huesos al sol. La piel. Aquellas dos noches que nos perdimos en Ohio. Luego, su vuelo. Laure sentada en una azotea, mirando hacia el este, tomando martinis, cortándose los

labios con el vidrio de la copa porque ya nunca estamos aquí. Me llama, "La diferencia. Ya lo entiendo. La diferencia entre el presente y lo presente. Yo vivo allá, pero allá no es aquí. En este movimiento." Su voz comienza a divagar. Los dos en el teléfono, nos mantenemos en silencio.

Busco un dolor tan grande que no existe tortura física que pueda ahogarlo. Un dolor que me llevo a mi interior, hacia el recuerdo, para que cuando Jesús me extraiga de mí, pueda yo soltar gemidos nunca antes escuchados, tan extremos que hagan olvidarme de mi cuerpo espiritual. Para despojarme de todo.

Segunda piel

Para el principio de 1981, la sangre se había vuelto peligrosa, lastimada por tantos años de deseo nervioso. Unas muertes perturbadoras habían sido reportadas en el distrito del lomo. En la ciudad de Nueva York, los cuerpos eran atrapados por éxtasis repentinos. Unos *Poppers* mezclados con los deseos de sangrar. Sangre y ojos vidriosos en los callejones oscuros. Todo mundo traía gripe, era el año que todos traían la gripe a cuestas, no había escapatoria. Nadie respiraba sin toser. Un chico tras otro estaba siendo asesinado. La ciudad había perdido la esperanza. Un silencio comunal. No habrá plaga si dejamos de hablar. En teoría, nadie muere realmente, mientras los políticos besaban a un bebito, luego a otro. Besados sin temor, besados sin protección. Todos estos demonios, solamente conocidos por sus nombres cristianos, las sonrisas dulces y la manera tan suave de agitar sus manos en señal de saludo. Ante el público en general. La gente que muere nunca existió. La dulce y tierna venganza de Dios, contra la carne de Su carne, la sangre de Su sangre. El barro de Su imagen.

Acababa de manejar por Binghampton, de vuelta a Pittsburgh. Ya estando en la ciudad, Janey me encontró sentado y enloquecido bajo el puente de Birmingham Street. Mi cuerpo tembló cuando ella me tocó: Ante la piel de sus huesos. Esperé y esperé. Sólo podía esperar la espera de las esquinas en las calles, la espera debajo de los faroles. El brillo de un ángel. La quemadura del crepúsculo de la noche anterior. Un destello, el parpadeo de un ojo. Janey puso sus labios en mi frente. Una chica dulce. En el nombre del padre. Mis manos temblorosas casi llegaron a detenerse. Mis pies zapateaban, una energía nerviosa. Una ansiedad de muerte. Este cuerpo desobediente. Ansiaba un poco de azúcar, una cachetada y un pellizco. Mi pulgar y mi dedo índice moviéndose por toda mi sucia piel. Llevando una de mis venas a la superficie, respirando. Jugaba con el álgebra de la

necesidad. "Es como caminar rumbo al suicidio", me dijo ella. Yo estaba demasiado aburrido como para escucharla. Cuidadosamente, hacíamos ecuaciones una y otra vez, con unas revisiones temibles que pudieron haber espantado a cualquier matemático. Hicimos cada ecuación hasta que estuviéramos completamente seguros de que estaban correctos, hasta que sobrepasamos nuestras dudas sobre la exactitud de los números. Y luego pasábamos a otra ecuación. Trabajábamos la ecuación con toda la pasión de Cristo en la cruz. Pero luego comenzamos a perdernos un poco, y los números comenzaron a multiplicarse por sí solos. Janey quería que mi cuerpo se quedara, que permaneciera quieto. El leve impacto de sus dedos. La aguja. Llevamos nuestros cuerpos al suelo. Montamos el caballo rumbo al campo; otra línea más, una precipitación perfecta en el espejo invisible, para luego ver al interior de ese arranque precipitado. Unas chicas color violeta debajo de mis dedos.

Me convertí en el testimonio de un mal.

Janey y yo nos pusimos en busca de una soga, nos dirigimos a la ribera del Monongahela. Sin embargo, fue muy clara conmigo: Nada de cogidas de sangre. Muy riesgoso, todo ese andar retorciéndose en el lodo. Unas cogidas locas sin destino. *¿Vamos acaso a algún lado?* Noche tras noche, nos pasábamos las agujas bajo la luz de una fogata. Quemamos nuestros dedos, firmábamos con nuestra carne.

"Las heridas abiertas tienen que sanarse", me dijo Janey. "Necesitamos esperar a que nuestra piel sane." Janey mantenía su puño a cierta distancia.

¿Qué querías?

Quería salir de nuevo para entrar a mi piel. A esto. Sobre la calle, el deseo de caminar por las riberas. El deseo de mojarme.

¿Podremos amar de nuevo?

Janey movía levemente sus labios. Era como si no estuviera ahí.

El tierno aroma de su vagina cruzó por mis ojos.

La sonrisa fulminante de Janey en el sol. El cielo azul, sin dulce. El sonido de un recuerdo caído. El amor incondicional. Jamás violamos nuestras palabras. Era una especie de confianza, el aliento que nos otorgábamos. Las palabras convirtiéndose en cuerpos. Al llegar la mañana, quisiera estar enamorado. Janey llama: sentada en

una azotea, en algún lugar en Oregon. Unas sogas anudadas. Las palmas de nuestras manos se frotan mutuamente. Hermanas de sangre. Yo confiaba en ella. Ella mantuvo su cuerpo alejado del mío, sin misericordia. En el por allá, en el lugar donde no hay señales de sangrado. Parecía como si millas de concreto separaran nuestro deseo de respirar el uno frente al otro. Abre tu boca, para poder entregar tu piel a mí. Mis ojos apenas podían verla.

Doug.

En años pasados, hemos clavado espinas muy filosas en nuestras carnes, liberando en dolor de nuestros cuerpos. No a través de las conversación casual, de las inscripciones, sino a través del deseo de despertar nuevas maneras de suspirar. De nuestros ancestros aprendimos a quemar nuestra piel. En sitios fascinantes, nos convertimos a nuestros cuerpos, carne cruda bajo la luna llena que conduce la marea. Janey se limpió la boca con el dorso de su mano. Sus ademanes me jalaron hacia ella. El modo como torcía sus brazaletes, unas arracadas, grandes, rojas, que podrían verse toscas en cualquier otra muñeca. Unos botones oscuros, antiguos, comprados en el Southside de Pittsburgh. La fragancia de vidas pasadas. Ella dijo, "tú me diste esto para mi muñeca, un brazalete que no debo mencionar a nadie, de un lindo chico que vive muy lejos de mi piel. Este brazalete me corta la piel, Doug. Tú cortas mi piel. No sé qué hacer con esto. ¿Cómo escondes mis magulladuras?" Unos ademanes sencillos, unos tras otros, se van siguiendo. El modo como se cambia de lentes, cambiando de lentes oscuros a lentes normales. La delicada caricia de una muchacha. Ella movía sencillamente sus manos, efímeramente, recordándome a un colibrí acercándose a la comida. Una vez, ella se quitó un arete y sonrió frente al espejo. Snrió como si acabara de transformar al mundo entero.

Janey dijo, lo quiero. Ahora.

Ven. Ven aquí.

Yo llegué a ser una chica buena. Pero. . . eso puede cambiar.

Nos dirigimos a un lugar donde la piel llega antes que los huesos, donde nada puede ser grabado. Yo ya no tenía certidumbre de nuestras voces.

Danzamos la sangre y las plumas.

Me rehusé a venirme.

Janey dice, "no hay seguimiento conversión." Volteamos para abajo, hacia unos dedos dulces y silvestres que estiraban nuestra piel, que sonaban a llantos.

Ella me condujo a una pradera.

Tú sabes que a ella le gustó.

Es posible que pueda volver a ser puro.

Hay otras maneras de tentar los orígenes.

En esta nueva inocencia, de alguna manera, ella había comenzado a temer de su vagina.

Tenía miedo de tocarse. Su cuerpo añoraba por la lejana mitología de los dedos.

Algunas noches, ella tenía demasiado miedo, incluso para tragar su propia saliva.

Y sin embargo. Sus dedos permanecían. Manchados.

Quiero que me entregues a tu mancha, Doug.

Para que la piel vuelva a ser dolorosamente nueva.

Sentí cómo mis músculos se tensaban.

Reaparecen recuerdos del pasado.

Una especie de disolución del presente.

Una conmoción del deseo, venida de aquellos días cuando controlaba los callejones. Ofreciendo un servicio para las masas. Bajo las sábanas, su cuerpo se volcaba contra ella. Janey hacía un esfuerzo descomunal por abstenerse de su propia sangre, por relatar su propia sangre. Ella dormía como todos los Cubistas que he conocido: con un codo en mi boca, otro codo en mi ojo -codos que reproducen unos ángulos imposibles, inimaginables para un hombre cualquiera. Un codo entraba por mi oído. El otro oído, el otro codo. Llegué a descubrir el dolor tan fuerte de cada ángulo trozando mi carne, y temí que no iba a sobrevivir esa noche. Algo nuevo tendría que ser descubierto. Pero quería esta noche, la quería a ella en esta noche. En mí. Con esos ojos delirantes, ella nunca podía ver justo enfrente de propia contemplación. Mi cuerpo, sus ojos viendo hacia arriba, arriba y a lo lejos, a la luna. Otro ojo, abajo, debajo de la tierra debajo del lodo y ella tenía un tercer ojo, un ojo de vista indeterminada. Una vista que constantemente buscaba a un objeto

pero sólo encontraba a su propio sujeto. Y en una ocasión, una vez, pude verla viéndome.

Empújame fuerte en la cama, Doug. No dejes que me mueva. Mi chica, sostenme aquí. Así. Rómpeme. Prorrumpe en mí, en estos huesos. Estoy cansada de estas costillas. Yo la corto.

Los ojos de Janey se excitaron. Sus ojos. Ella vio hacia mí, cruzando el espacio de las palabras. Heridas de sangre. En esos lugares donde las palabras pueden existir pero los cuerpos no están permitidos. Sentí como ella me abría, con su cuerpo invitándome a venir a ella pero al mismo tiempo alejándose, retrocediendo en su propio cuerpo, lejos de mi contacto. No quería ser nada más que pura tentación. Un alma enrollada, este amor. Los pecados del padre en su boca. Parásitos domésticos la destruían al interior de sus palabras.

Palabras que ya no podía. Tragar.

No podía más.

Venirse al interior. Para ser más bella a los ojos de Dios. Fiel a su vista, al modo como ella veía.

Janey me dijo, "debemos ser más cuidadosos con la práctica de sexo indisciplinado."

Ella temía que nosotros estábamos llegando a estar muertos, excepto por el pecado. Esto es sangre, no polvo, en la palma de su mano. Ella miró, su mano temblaba con su necesidad por encontrar un espejo, una manera de ver sus propias añoranzas.

¿Están todavía mis ojos rotos? ¿Parecen acaso como si no estuvieran allí, como si viajaran lejos de aquí?

Dos días después, regresé a nuestro búnker, una casa destruida y abandonada. Janey estaba sentada y desnuda en el piso, su espalda recargada en lo que quedaba de pared, las manos abiertas sobre la alfombra gastada. Ella había recogido cada uno de los objetos peligrosos que podían encontrarse en el búnker, apilándolos de manera que parecieran una pira funeral de la edad media, justo en el centro del cuarto. Agujas usadas y sin usar. Cuchillos, tenedores. Unos trozos pequeños de vidrio, los pequeños bailarines les llamábamos, astillas solitarias que habíamos despostillado de unas botellas de vino. Los recuerdos de aquellos años inyectándonos *Maddog 20/20* directo a nuestras venas, luego viendo arriba desde el

suelo, como si tuviéramos algo qué ver en realidad. Un libro de plegarias. Páginas de su diario. Todo lo que amenazara con cargar con el deseo. Eso posiblemente logre crear una añoranza. Una pirámide de harina. Ella decía que le recordaba demasiado a nuestros años de isla con los ángeles. El polvo en la pura punta de nuestros dedos meñiques. Nos chupábamos los dedos. El ácido ardiente. Los caballos salvajes. Enfurecidos. Nos destruyen.

Encontramos un modo de entrar a la dinámica de un cuerpo atrapado en un movimiento paranoico. *¿Cómo podrías saberlo? o sea, ¿cómo podrías saber con certeza que eres paranoico? Estoy pensando.*

Hace unos años, ella llegó a tener una teoría. Una necesidad por tener objetos más grandiosos. Podíamos ir a los velorios de cuerpo presente de nuestros amigos cuando morían. Nos arrodillábamos frente al ataúd y rezábamos. Nuestros amigos, los que tenían las mismas adicciones que nosotros. Los mismos goces. Solíamos rasparles el polvo que les quedaba entre los dedos, en la piel. De este modo, podíamos vivir felices para siempre. Todo lo que brilla es oro. Comenzamos a creernos los cuentos de hadas. Los chicos están bien. A nadie se le ocurrió recordarnos de las coronarias, de los agentes de pompas fúnebres, del ritual de limpia que nos hacía llorar.

Janey me decía, mientras hablaba cada vez más de ella en tercera persona, alejándose de sí misma, "ella quería sacarse los dientes de su boca", sacarse los dientes para ya no buscar el placer de su boca. Luego, Janey me dijo que ella quería quemarse los dientes. Y viajar. "Quiero viajar, Doug, quiero volver al océano. Necesito nadar a ese lugar de nuevo." Todas las mañanas, Janey nadaba contra la marea, rumbo a la oscuridad del océano. "Quisiera estar por última vez en el sitio donde las aguas se encuentran con la arena. Quisiera estar contigo en ese lugar."

Fuera de este sueño: yo soñaba que ellos me esperaban, en una cabaña. Testigos de mis vagos deseos, perdido entre cenizas para Janey. Mi piel olía a sus dedos. Ella sabe como su saliva. Humedezco mi boca en mi garganta, imaginaba que podía sentirla hablándome, como unas palabras garabateadas en nuestras lenguas, luego liberadas, unas palabras extraídas de sus huesos. Nuestro primer

beso. Un pasillo angosto, en el medio oeste. Era como arribar a un estado de curación. *Esto se siente como morir, Doug.* Unas fotografías falsas cubrían el piso de nuestra recámara abandonada, unas fotos casi invisibles. Demasiada luz. Nos volvimos adictos a ver estas fotografías, los rastros visibles de nuestros recuerdos en las fotos. Nuestros cuerpos chocaron uno con el otro: nuestra resurrección. La vez que nos besamos en el closet de la casa de un amigo, en Borrego. Era una fiesta. Prendimos otro inmediatamente. La tentación en espera.

Las perversiones se volvieron aparentes cuando nos tocamos.

Janey adora los huesos fríos, los ojos frenéticos, portadores de la plaga. Arranco la vagina harapienta de Doug. Su pito (Esto está mal. Necesita clarificarse. ¿Estoy hablando en primera persona? ¿Quiere esto decir que Doug está manipulando su propia carne, o que Janey capturó el punto de vista narrativo? Su tercera persona convirtiéndose en Yo. Como yo perdí el uso racional de mis ojos, deslizo mis dedos flexibles en la pequeña vagina de Doug. "Lo juro por Dios", gritó ella, "él es un intrigante. ¿Has visto lo que se pone de ropa? No es un tomador de café normal." Bajo la lengua de Doug, yo me convertí en una motocicleta caliente, experimentando el dolor incestuoso. (Esto no fue escrito por la mano de Doug Rice. Fue encontrado en algún lugar. Una calle de Sacramento, mientras caminaba y recolectaba las carnes. Es por eso que el "Yo" en realidad no puede ser Doug. En verdad que no. Sólo podemos suponer que Janey es responsable. Ella le ha hecho esto a él. A ella. ¿Quién podría saberlo?

Una vez escupimos los espejos. Para ver. Cómo meternos a ellos.

Cuerpos justificados y seducidos en la pasión. En la repetición. Emblemas de tortura que emergen de la oscuridad. Su camisón perdía varios hilos que se atoraban en las astillas del suelo. En este cuarto, ella me obsequió las reliquias de los días que había pasado en las lluvias de Seattle. Janey me dijo que aprendiera a usar mi boca como una amenaza para su dolor. Ella no tenía palabras dulces ni bonitas, solamente epístolas vulgares. Ambos, buscamos entre las raíces de los árboles por la fuente del dolor que nos llevaría a la salvación. Un dolor sin sangre.

Esas lecciones que hemos vivido nos pueden regresar a casa.

Hablamos acerca del desperdicio, en medio de un completo silencio. De nuevo hablamos de la temporada de sequía. Todo amarillo. Demasiado amarillo alrededor. Hablamos de la necesidad del verde. Soñamos con los mundos verdes de Shakespeare. Pero Janey se había ido, hacía ya mucho tiempo.

Ella había esperado para intentar comprender.

Había querido que yo la corrompiera, que la extrajera de su propia vida.

Y sin embargo. . .no hay comprensión.

¿Qué tanto puedes recordar?

La sangre llegó el día de hoy. La sangre es lluvia. Me senté en un rincón, mi boca abierta.

Janey pone su mano en la aguja. El espejo arde.

Ya no hay más ríos. Una muchachita se aleja de su propio alejamiento. *Quiero cogerme tus músculos, me dice Janey.* El movimiento real no puede ser detenido. No puede ser planeado.

Mis labios están convirtiéndose en tus labios.

Kathy me dijo una vez, " 'el amor se dirigirá al amante y lo roerá.' ¿Quién de nosotros es el amante, Doug?"

Yo a ti.

Necesito sacarte de mi cuerpo.

No te importa a quién te coges.

Salir de este cuerpo.

Janey vigila que la muchacha se voltee. Pero no puede voltearse. El deseo impulsa las ganas de voltearse.

Janey dijo una vez que tenía una memoria que podía salvarla de no tener familia. Pero fue demasiado el daño causado por la aguja. Ella juega conmigo. Su padre se acercó al océano, sus pies se mojaron. Nadó más allá del agua, más allá del llamado de Janey. Nadó como si nadar fuera lo único que existiera. Como si nadar fuera igual que vivir. Sus músculos se acalambraron. Su cuerpo desaparece.

Al final. Janey. La observo. Hasta que. Ella cae.

Kiss the Sky: el éxtasis de Hendrix y Santa Teresa.

Se dijo a sí mismo: no deberás matarte, tu suicidio te precede.
--Maurice Blanchot

Encerrada dentro de los músculos frescos de la voz de Jimi, Santa Teresa se alejó de los deseos de Dios, convirtiéndose de nuevo en el cuerpo y la sangre inocente de una niña perdida. En un estado de cansancio casi total, viajaba por las venas de Jimi, cogiéndose las ampollas. Sólo a un golpe y porrazo de arder al interior de sus huesos, como un espejo para sus querencias. Las líneas de la carretera, amarillas, blancas. La más justa entre las justas. Ella era la diosa de cuentos de hadas, de Jimi, una diosa de amor incomprendida que destruía la fe. Vestida de blanco, a la espera, roja por dentro. Un beso. Jimi tocó la comisura de los labios de Teresa con el callo de su pulgar. Empujó el pulgar al interior de la boca, tocándola despacio, tan deliberadamente que ella temió que esa su caricia la llevaría a la muerte, o que la espera de esa caricia sería la muerte que Dios tanto le ha negado. Con cada suspiro, Jimi convertía a Santa Teresa en una virgen desarticulada. Ella luchaba en contra de su propia vacuidad, ese dolor por las palabras. Su cuerpo se llenaba con sílabas congeladas que lastimaban mucho más por ser enunciadas. La garganta de Teresa se mantiene suspendida, sus carnes cansadas añorando la piel, por amor. Una ampolla nocturna, las palabras petrificadas en la punta de sus labios. La sangre púrpura de los deseos como alambres de púas, liberada por la tensión. Su cuerpo críptico, temblando.

Los ásperos nudillos de Jimi la devolvieron a la vida, alejada del precipicio. *Home sweet home.* Por debajo de los suspiros, ella se acerca, como pajarillo, a la locura concentrada en su frente. Sus manos, pequeñas y pálidas, acercándose por siempre acercándose a la piel de Jimi. Los dedos atrapados en el aire, bailando cerca de la luz

de unas venas gruesas. El hambre. Unas heridas empapadas por el casi llanto. El cierra sus tiernos ojos, manteniéndolos cerrados cada segundo que ellos estuvieron juntos. En un cuarto de hotel, en otro cuarto de hotel, él se obligaba a permanecer ciego ante el cuerpo de ella, viendo más allá de la luz imposible que emanaba de su cuerpo. Una luz radiante, demasiado blanca para ser de este mundo.

El alma de Teresa sufría los titubeos de Jimi.

Con toda su bondad, Jimi hacía primero una promesa, luego otra, luego otra. Prometió a Teresa, no con palabras, sino con el espíritu de su cuerpo en el de ella, que la llevaría al desierto. Fuera del mundo del aquí y el ahora, el mundo del rechazo de Dios. De Su repetida negación. Jimi prometió abrirse paso por el desastre de sus huesos, destruyendo su deseo por Dios, liberándola de su voto de silencio. Las palabras, los pecados originales de su boca. Su piel eclesiástica, viva. Visiones ardientes de dolor y éxtasis. Sellando sus ojos, Jimi coloca su mano en su frente, como si le otorgara a Teresa su bendición. Levantó el peso de Dios de la carne de Teresa, la lengua pesada de Jimi entrando en la boca de Teresa, lleno de deseo. Ella saboreó las vagas palabras de Jimi, tragó lo que pudo de sus deseos, mezclando su ferviente añoranza por la muerte con la saliva ajena. Los dientes de Jimi arrancaban sus labios, comiendo la carne al interior de su boca.

El puño de Jimi se interna en sus heridas, los misterios de su ruina, rompiéndola y abriendo su cuerpo a la luz de Dios. Palabras de piel, la sangre de Cristo en los labios de ambos, clamando por un dolor tan profundo que olvidaban sus cuerpos y sólo reconocían el violento deseo de la sofocación, viviendo al interior de una gran confusión de lenguas torcidas, mordidas más allá del placer. Jimi y Santa Teresa, sus cuerpos ahogándose con los tristes huesos de relatos atrapados en el silencio de un éxtasis esquizoide. Los recuerdos distorsionados de agujas pestilentes grabando con sus puntas al interior de las noches paralíticas en el camino.

Nadie se fue.

Sólo dos fríos cuerpos. La miseria del sol.

Teresa rasguñaba su propio cuerpo anoréxico, un cuerpo hecho de harapos y piel delgadísima. Unas partículas de piel enfermiza caían

al suelo. Los cuerpos decayendo, estaban en la hora entre el perro y el lobo, esa hora cuando el mundo de los colores se convierte en siluetas. Teresa era una chica tan bonita. En los brazos de Jimi, ella palidecía, riéndose por la incertidumbre de cada movimiento que Jimi hacía con sus manos cubiertas de ampollas. Sus ojos se impresionaban al ver la fuerza de los nudillos de Jimi, la fortaleza de su cintura, el modo como implacablemente Jimi penetraba su cuerpo. Todos los ángeles en el cielo, aterrorizados por los músculos, viendo abajo como si pidieran que Dios termine con esto, con unos salmos cantados desde la sangre. No de la sangre de Dios. Ella rezaba para que Jimi le otorgara sus cicatrices, convirtiendo al cuerpo de Teresa en el cuerpo de Jimi, el cuerpo de una especie de animal. Dios. Las manos epilépticas de Teresa perdían el control, ansiaban tocar de nuevo la piel de Jimi.

Santa Teresa sólo aparecía brevemente ante Jimi, en aquellos momentos cuando él requería de una severa disciplina. Su voz entraba fuertemente en los huesos de Jimi, riéndose de crímenes imaginarios, madres llenas de pánico, que carecían de imaginación. Teresa extraía su voz de su propia garganta, rasguñando los ojos de Jimi. La fiebre de su canto ardía, siempre ardía en la sangre de Jimi mientras ella se movía al interior de su cuerpo, en una especie de ritual perverso. El húmedo ardor, casi insoportable. El aire acondicionado el cuarto de hotel estaba descompuesto, escupiendo más calor al aire espeso y estático. Las ventanas atoradas. Teresa abre una cortada en la clavícula de Jimi, con sus dientes rotos. La sangre de ambos caía al suelo. Juntos, aplastaron sus dientes, sus huesos, y hablaron. Hablaron sudor. Un mundo sin sombras. Unas piedras rojas quemadas por el sol del desierto.

Mientras tanto, La lengua, los labios de Teresa, se embadurnaban en la frente de Jimi. Era como si se hubiese vuelto caníbal, comiendo, tragando, escupiendo, sin cantar. Para nada. Infectó a Jimi con su delirio. Él olía como un árbol enloquecido por los rayos de una tormenta. Respiraba. Volteó a Teresa y le pidió que cantara. Entonces, Teresa cantó desde su garganta maliciosa. Cantaba palabras desconocidas para los oídos desnudos de cualquier hombre, cantaba himnos delirantes con un abandono despreocupado. Himnos

a la sed. Las gargantas de ambos se internaron en el lodo. Ambos rezaron profundamente, al interior de sus propios huesos. Clamaron en voz alta, partiendo los cielos.

Encontraron un hogar aquí, en el silencio de los cuerpos. El pulgar de Teresa en la boca de Jimi, unas llamas delgadas ardían por debajo de la piel de Teresa. Atisbada, conduce a Jimi hacia el desierto. Y sangraron. Sangraron sin temor a la muerte.

Mi única noche con Dios

Al interior de mi cuerpo, Dios me excitaba con los tormentos de Su silencio antes que El tuviera oportunidad de tocarme. Mis costillas se levantaban y caían con la pose reflejada de una virgen inocente, debajo de la parte donde la piel se abre. Sostenido por mis flacos codos, ofrecí mi garganta, mis huesos aplastados en la tierra. Es como la mugre de Dios llevando sus deseos hacia el pronunciamiento. *Palabra del*. El titubea, tiembla, casi llevando Su cuerpo a que hable. Las últimas palabras de María, "haz lo que dice." Mi boca. Yo simplemente Le rogaba que me perdonase y que castigue mi añoranza por una luz eterna, bajo Sus ojos: para disminuir Su furia, entregué mi cuerpo a Su cuerpo glorificado. Observando, vigilando que las nubes se abrieran paso en el cielo. Rebana la luna enloquecida. El corta mi ojo, una rebanada en mi carne para Sus dedos casi agotados. Esta, mi piel, convirtiéndose en la imagen de Dios desde algún sueño perdido. Unos espejos se quebraron. Quería que El me mostrara mi propia maldad, que me llevara a la orilla de un precipicio. Estábamos parados alrededor de unas rocas peligrosas. Un golpe repentino. Hinchado. Unas lágrimas torturadas y los histéricos labios de Dios en mis labios. Labios. Unas alas blancas mancilladas por la sangre.

Yo deseaba cortarme en pedacitos, mostrar mi goce al interior de este deseo de ser tentado por Dios, de que Dios me lleve a este presente, que Sus deseos trocen mis enunciados. La violencia engendrada por hablar. Dios creció, inmenso, en mi interior; tan grande, demasiado grande. Un dolor derramado en un río, muchas millas lejos de aquí, junto con mi sangre. El recuerdo y el deseo mezclándose, y Dios moviéndose por todo mi cuerpo como si el mañana no existiera. Como si supiera algo que yo no supiera. Sus revelaciones se movían dentro de mí. Cada dedo. Cada impulso. Cada troce de mi piel, atravesando mi carne. Amenazó con salirse de

mí, mientras mis ojos se dilataban. Su placer manifestándose dentro de mí, alimentándose del cuerpo, despertándolo en medio de una tormenta, boca de algodón: un chamaquito que piensa en convertirse en una chamaquita solitaria. Unas lenguas secas amagaban las raíces. Sin embargo: con miedo hasta de sonreír. Mi añoranza por el desierto. Dios profundo, por siempre profundo, penetraba en mí, como si fuera el dueño de mis heridas. Entró en mí, una y otra vez, prolongando mi placer con los movimientos pausados, deliberados, de sus pronunciamientos, esos tipos de palabras que sólo Dios ejecuta con maestría. Hechos de la carne, hechos en la carne. Uno tras del otro, contaba cada uno de los movimientos que el cuerpo de Dios hacía en mi cuerpo. Los contaba. Dios mordisqueaba mi boca con su boca. El hambre: mordaz. Con un leve abrir de Sus labios, Dios hizo la lluvia. Lodo. Dios me empujó para caer de espaldas en el lodo. Mis costillas quietas, rotas. Separados al nacer. Las manos en mis hombros. El sudor de Dios quemaba mis ojos. Palabras que se escupen, las palabras de Dios, debajo de mi piel, en algún lugar de mis huesos. El viento maldecía mi deseo, soplando a través del cabello de Dios. Mi cuerpo está vivo, después de todo esto. Fijé mi ojos en la conversión de Su deseo. Tienes que darle lo que El quiere. Mi boca se abrió, los labios rojos arrancados por el deseo de que El me empuje de nuevo a Su tierra. El respirar violentó mis costillas, ahogándome con unos cuantos gemidos, no en voz alta, sino por dentro, por tanto dolor. Dios me extrajo de mi piel y me llevó a la luz, me llevó a Su brillante luz.

EL ANTIEDIPO

When I grow up, I will be stable.
When I grow up, I'll turn the tables.
--Shirley Manson

Un esquizofrénico que sale de paseo es mejor modelo que un neurótico recostado en el sillón del psicoanalista.
--Gilles Deleuze y Félix Guattari

Because the Night[1]

Cuando era niño, solía despertar por las noches, asustado por el sonido de la sangre prorrumpiendo en mi cuerpo. Me hallaba perdido dentro de unos sueños ardientes, caminando por las arenas del desierto. Unas huellas muertas en el viento, unos dedos ajenos presionaban fuertemente mi sien. Me negaba a creer en esto. Esto, mi cuerpo: las historias que se cuentan tras las puertas cerradas, los ancestros del viejo país murmurando. Con el hambre de ser tuyo. Mis piernas desnudas, aporreadas por el frío viento invernal de Pittsburgh. Sin palabras, esta lengua confundida comenzó a buscar el trastorno de otro cuerpo, palabras infieles que salen de mi boca en voz alta. Dichas palabras, negadas por dioses y demonios, arrojadas a la oscuridad hacia los cuerpos ajenos que se reflejan en las paredes de la recámara. En una esquina, vi cómo Dios se paraba, encima del fuego. En silencio. Rodeado de llamas que quemaban todos los recuerdos de libros, del mundo en sus orígenes convertido en carne viva. El polvo en el aliento de Dios. Manzanas que han caído de una rama dorada. Un regreso al Jardín. Ahí fue donde vi a Dios. Sin respirar, sus codos torpes, su quijada, la abierta invitación a mi propia mortandad. Mis piernas se abrieron. Mis labios.

En los comienzos, antes de la inundación del lenguaje, mis gruesos dedos exploraron este cuerpo, el mío, al que me habían ordenado que ignorara; intrigado por la piel arrancada, justo en el momento que descubrí que Dios lo ve todo, me sigue. Rumbo al ático. Comienzo a subir los escalones de madera. Dios me deja ahí, abandonado. Creo que siento que mi padre coloca su mano en mi hombro, pero solamente veo un querido y muerto recuerdo, reflejado en el espejo. Las historias que el espejo cuenta en silencio. Siento su

[1] ref. a la canción de Patti Smith.

frío cuerpo cerca, detrás de mí. Su mano grisácea tiembla ante la belleza del espejo. Mi vientre, cálido y suave. Cuando intento moverme, las cuerdas se aprietan. A mí. Mi padre llora. Derrama sangre y piel en el piso de madera. Yo caigo de espaldas, el peso de Dios me sostiene en la tierra. Paralizado en el tiempo. En algunos países, este es la señal del despertar del amor. Mis muslos, como la amenaza de unas tijeras abiertas. Mis labios tiemblan. Habla. ¿Por qué no habla? Es tanto el polvo.

Me enseñaron a temerle a los monstruos debajo de mi cama, a los roba chicos en las paredes y a los ángeles que cuelgan de cabeza en el techo. Mi papi me dijo, "te arrancarán los dedos de tus pies, y los aventarán al Río Monongahela." Relatos para niños adormilados. Mi madre prendía y apagaba el switch de la luz. Tres veces. Yo le rogaba que apagara la luz, de una vez por todas. Ya basta de mitologías, de esas historias medio olvidadas de tierras muertas, de las que huyeron nuestros ancestros, esas tierras sin árboles. Los relatos que nunca terminan, sólo comienzan. Ella se paraba en las sombras de la puerta, se comía las uñas. Las escupía al suelo. En la mañana, mis pies sangraban. Mi madre me advertía, "los monstruos se llevarán tu cuerpo al infierno. En el infierno, jamás podrás ser una chica."

Confundo los espejos, creyendo que son puertas que se dejaron abiertas.

Yo mantengo mis ojos abiertos, me quedo bien despierto, cuando están ya muy entradas estas noches sin dios, que se convierten en mañanas llenas de locura. Completamente quieto, sin un respiro, no le digas ni una sola palabra de esto, a nadie. Dios hizo estas sombras a la imagen y semejanza de un alma perdida. Yo espero nunca hablar, para cuando llegue mi padre del trabajo. Cada minuto, cada noche, espero a mi padre. El, con su cuerpo, usa su cuerpo, el que Dios le dio al nacer. En el nombre de este cuerpo, él interrumpe mi aislamiento, se lleva mi fatiga. Yo nunca lloro. Ni una sola vez he derramado una lágrima. Eso le gusta de mí. He escuchado que otros han muerto por sus lágrimas, las palabras mojadas, al interior de las promesas rotas en carne propia.

A los once años. A finales del invierno, en 1968. La garganta desnuda de un infante. Los huesos frágiles que ansían la esperanza. Los labios partidos y despellejándose. Se ha dicho que yo nací ahogándome. Una costilla rota y desprendida. Un principio indeterminado. Sin ser de este mundo, sin ser en este mundo. me vengo cuando la escucho comenzar a hablar. Las palabras son su única manera de respirar. Ella se para en las esquinas, y habla: palabras que siguen a otras palabras, persiguiéndose una a la otra, una encima de la otra. Implacable, fortuita, se le ha olvidado respirar. Palabras, solamente palabras. Una chica de garganta, hipnótica, cantando de su cuerpo atrapado en los remolinos del agua. Comienzo a vagar en su voz, atravesando su piel. Ella me lleva consigo, en cuerpo y alma. Me roba de Dios. Alicia me invita al país de los pájaros grises. Se ha convertido en mi hermana de piedra. Veo sus ojos, como ningunos otros. El tormento humano de sus ojos. Una especie de añoranza.

Quisiera tentarla como a ninguna otra.

Estos labios culpables, los míos, abriéndose, atorados en medio de plegarias por convertirme en una chica. Para mi padre. Para que ya no use sus puños tan seguido. Para que su furia sea más callada, más gentil. Tócame y déjame tocarte. Yo le ofrecí cada deseo de mi cuerpo mucho antes que fuera conocido como un chico, de ser llamado, ser pronunciado como un chico, dentro de una enunciación que no puede ser vaga. Ella me llama su infante. Pero eso es un sueño, o quizás son años después, y estamos en un estacionamiento, en California. Los dientes de ella están en mi clavícula, pero este es mi padre. *Now. I lay me down to sleep*. Cada una de las noches levanto mi voz, susurrándole a la carne plastificada de Jesús clavado en una cruz de madera. El cuerpo abandonado de la infancia. Gracia del Salvador, mi padre. Sin que antes me hubieran dicho acerca de él, pude comprender. Dios quería que fuera más cuidadoso. Cuando lo sentía en mi interior. Yo titubeaba, buscaba alguna ventana, una manera de llegar al bosque. El entra en mí. Dios ciego. Vago, abstracto, incierto de su próxima movida.

Postrado en sus brazos, quiero que me lastime, que lleve a mi cuerpo desobediente rumbo a deseos repentinos, arrojando mi alma

hacia un lenguaje desconocido. En la imagen de. Las manos manchadas, las rodillas frías. Espero ser abandonado en alguna ribera. Desechado, abandonado bajo un puente en el sur de Pittsburgh, entregado a los vagabundos alcoholizados que se sientan alrededor de los botes de basura encendidos, sus cálidas manos encendiendo mis carnes.

La plegaria ardiente, la que no puedo decir.

Dios me pidió que pusiera mi mano en mi corazón.

Sus labios en mis labios los de ella que recuerdo. Mi espalda pegada a la corteza de un árbol. Una plegaria: Esta carne, mi carne, cuidar de mi alma, acechado los días y las noches por fenómenos tullidos y plagas bíblicas. Unos langostinos se acercan a mis ojos, y rasgándolos se abren paso a mis sueños. El Señor. La abuela me lo advirtió, una y otra vez, que nunca, nunca vea directamente al interior de la boca abierta de Dios. Si yo muero a los ojos de Dios antes de despertar. Discúlpate. Anda, dilo. La necesidad de redimirte. Debes hacerlo. Debes decirlo, decir la cortadura de tu cuerpo, en forma de palabras. Mi boca dolorida y pegada a los pies de Jesús. Una gota de sangre herida, perfectamente redonda. Perdóname, Hijo de mi Padre. Reza sin cortar tu piel a través de tu carne que es la del Señor. No: No le temo a los chicos del vecindario, aquellos que escupen en las esquinas. Yo sólo le temo a no complacerte. Mi alma, como un dolor engendrado en este lugar. Aquí, llevándome a este sueño, donde puedo mover mi cuerpo a través de las aguas.

Todas las noches unos hombrecitos con la piel polvorienta se meten por la ventana de mi recámara; me despiertan de las pesadillas, del aliento de Dios, con sus relatos de locura, con sus dedos puntiagudos. Siete caballos que recitan historias de madres que hacen preguntas incesantemente. Sus voces, como el dolor que escapa de las sombras. Voces como respiraciones que se internan en mis huesos. No puedo verme ataviado con esta ropa que robé del interior de un espejo. Era como una mujer prestada, viviendo noches de embriaguez en un bote. Nunca llegué a saber sus nombres, ni a entender cómo fue que se trasladaron del viejo país, atravesando el bosque. Solo, tan sólo una noche más. Amarrado y meneándome pegado a la pared de un hotel de segunda. Estos hombres, con sus

traiciones incontrolables, mezclando el recuerdo y el deseo, hablaban en lenguas de un mundo más allá del Boulevard Babcock. Me llevaban rumores de una tierra que de algún modo no era Pittsburgh. Y yo, en silencio, quieto, la tierra yerma de mi cama, solo y lleno de querencias. Las líneas fluorescentes de la sangre filial gastadas por el paso de cada minuto. El reloj de alarma de mi madre en la mesa de noche, prorrumpiendo en mis huesos. Uno por uno. Primero esta costilla, luego la otra. Mi cuerpo haciendo tic tac, rumbo a la ruina nocturna. Mis ojos, los completamente solos, los casi muertos, cerrados con fuerza. Los deseos infectados de mi cuerpo incapaces de olvidar esos dedos ajenos presionando mi cuello. Esos hombrecitos que me arrancaban las pestañas.

Porque yo quería que nadie me viera.

Cada mañana, mis ojos se internaban en el dolor de no querer ver. Los músculos acalambrados, calientes, duros. Los tendones zafándose de las coyunturas. Durante toda la noche. Y yo que quería ser penetrado. Soñaba con ser penetrado del modo como cualquier mujer es penetrada por un hombre. Con la pasión de Jesús, vagando por el desierto, intenté empujar mis ojos hacia dentro, hacia mi alma. Empujarlos tan dentro de mí que me forzaría para convertirme en un ciego. Sin palabras: como una chica invisible, en esta cama decadente. La cama de la que mi abuela escapó una vez, a finales de los setenta. Había huido rumbo al bosque, gritando nombres inciertos. Palabras que se liberaban de entre unos labios apretados. Los nudillos blancos. Me quedé contemplando el blanco desvanecido del techo, observé cómo Dios se puso en contra de Satanás, los dientes de Eva mordiendo la piel, y yo creyendo que si observaba esto profundamente, más allá del pecado original, podría levantar mi cuerpo de la cama y atravesar el techo, arrojándome al cielo. Mis manos se empuñaron. Los dedos frágiles, las plegarias. Gritos enviados a la calle, dirigidos a un Dios decepcionado.

Unas chicas parásito jaloneaban mis labios, encontradas en el más allá y en el hace mucho tiempo.

Las sábanas se pegaban en mi barbilla, y luego esta garganta, este recuerdo de mi hablando, crudo y vacío. Ni un solo grito. Lo que deseaba él, era mío. Los dedos de ella, cercanos al secreto de los ojos

solitarios. Unos cuerpos en movimiento que jamás levantaban el vuelo. Un movimiento perpetuo. En una ocasión ella me dijo que los cuerpos inmóviles están obligados a permanecer inmóviles hasta que una fuerza se opone a ellos. En ellos. Ella me abre, el otro lado de su boca, su voluntad esculpida. Su frente prorrumpía la iluminación. El deseo que se desea. Silencio.

Todas las noches los vecinos, hoy perdidos en la memoria, merodean por los arbustos de nuestro patio trasero, intentando robarse unos cuantos vistazos de mi cuerpo visto a través de la ventana. Mi madre quiere que diga con palabras porqué estos vecinos rodean nuestra casa, todas las noches, caminando a tientas, pateando al perro, esperando su turno. Ella quiere que le explique mi boca.

El significado de la vida: llévatelo a la boca.

Trágalo. Aquellos que no tienen nombre, hombres mudos vestidos en poliéster.

Unos hombres reían, abriendo mis ojos.

Casi a punto de morir. Una muerte más profunda que cualquier oscuridad visible.

Mi boca, la suma pordiosera de tus deseos miserables. Rompes mis dientes con tus mentiras. Cortas la comisura de mis labios con un cuchillo. Eres así de grande. Subo las persianas, miro hacia afuera, a los vecinos. Esos vecinos con sus ojos, atrapados, viéndome a mí. Parpadeo, intento vislumbrar algo a través de la luz cegadora, busco señales en sus cuerpos. La ventana está cerrada, mi madre sella mi ventana, por dentro y por fuera, todas las noches. Revisa los clavos que clavó en el marco de madera de la ventana, asegurándose que la ventana jamás pueda abrirse. Nada de aire. Tan siquiera para respirar. Un respiro siquiera. Afuera, las hojas se mueven. El concreto. Las ramas de los árboles como los huesos rasgados de mi alma. La ropa interior manchada. El lodo del río de mi padre.

Aprieto fuertemente mis rodillas y ruego a Dios que mi cuerpo se encuentre sin daño alguno. Perdóname, mis dedos. Mi vientre, tibio, por debajo. Me levanto hacia su caricia, la piel arrancada por el principio, en la hechura de los deseos. Él me pateaba y me pateaba. Hasta que cedí: mi cuerpo tieso y enrollado de pronto se abre.

Él quería ahogarse en este silencio, entregarse a las olas.

Te puedo oler en mi cuerpo, Padre. Digo mi palabra en contra de tu sufrimiento, intento hacer ruido. Digo tu nombre, y tú te niegas a escuchar mi voz. Debajo de tu boca. Di mi nombre. Luego, tú entras en mí, como un torpe extranjero que busca casa nueva en calles desconocidas. Tu deseo me penetra, aquí y allí y aquí, una y otra vez, hasta que mi propio nombre me parece incomprensible.

Su cuerpo se convierte en una llama. Quema los cielos.

Todas las noches mi padre sueña. A veces, estos sueños lo dejan mudo. Le cortan la lengua, roja con blancos deseos. Confundido por besos rosados. Una mujer es obligada a comer página tras página de una novela barata. Luego su boca es sellada con cinta adhesiva, y su garganta es rebanada. La dejan por muerta en un aeropuerto en Italia. Esta intersección: para viajar. Esta mujer desaparece, se desliza por una pared blanca. Se sale de cuadro, mientras mira. Otra mujer, más joven, corre por un pasillo sin paredes, sólo unas cortinas transparentes. El camisón que trae puesto hace que su cuerpo sea casi invisible. Sabemos que ella jamás podrá nacer, sólo morir. Las cortinas iluminadas con la luz de la luna.

Mi nariz está sangrando. Detrás de los rosales.

Me han obligado a permanecer en silencio, a comenzar mis plegarias otra vez desde el principio. Mi padre es un fantasma convirtiéndose en sus propios sueños. Los dedos, huesudos y reumáticos. Las mañanas silenciosas en las que se escucha el radio que reporta el clima, el tráfico, los deportes, las noticias. Mi madre se mantiene en la oscuridad, se mueve de un cuarto a otro, encendiendo todas las luces de la casa, incluso las linternas. La luz de noche del pasillo. Se detiene, y observa por la ventana. Espera al vendedor de helados. La risa de los niños del vecindario. Los ojos de mi padre flotaban en el vacío, dirigiendo su mirada al televisor, jalado hacia la luz brillante. La luz.

Mi padre se sienta en la mesa de la cocina. Suda. Estamos en pleno invierno, y mi padre suda. Casi se ha muerto dos veces por insolación. La marmota ve su propia sombra. Bajamos nuestras cabezas en señal de reverencia. Uno de nosotros tendrá que pagar. Yo derramo la leche, las manos temblorosas por el deseo, la necesidad de huir. Mi hermana comienza a contar, como si contando

pudiera viajar. Dedos, manos, dedos de los pies, pies, la vajilla. Las letras en su cereal. Ella cuenta y cuenta, pero nada desaparece.

Día tras día, ahora, mi hermana se queda sola en su recámara. Se ha encerrado. Ya no es de la familia, ha abandonado toda esperanza y se ha convertido en un recuerdo invisible. Dividido por dos. *Tin soldiers and Nixon's coming.* En el verano de 1979 ella quemó todos sus libros, diciendo que se convertiría en una matemática vegetariana y mamona. Refutaría todas y cada una de las ideas que Einstein llegó a concebir. E=mc2 mis ovarios, decía todas las noches durante la cena. Mi padre le pegaba una cachetada con sus manos huesudas, la hacía retirarse a su cuarto. Mientras cruzaba el pasillo, ella gritaba que, desde ese momento, sólo tendría relaciones sexuales con animales, se dejaría llevar por puras cogidas salvajes y sin sentido, repentinas y al azar. Su boca terminaría siendo como un canal, se convertiría en un arma en contra de su sentido del ser. De su alma. Destrozaría su cuerpo, destrozaría la mera raíz de su ser.

Por la noche, el cuerpo de mi padre se convertía en otro encuentro anónimo con mi carne. Una noche solitaria como las demás.

La piel de mis dedos, seca, escarapelada. Carne podrida. ¿Alguna vez me has tocado en invierno? El milagro de sus dedos, los de ella, en mi boca. Pero ella desviaba su vista, rasgaba el tronco de un árbol. Por mucho tiempo había tenido miedo de lo cochino que era mi padre. Yo soy impuro. Lo digo: soy impuro. Mi cuerpo, yo, anhelando tan sólo una noche cálida. Una noche en la que pueda dormir, una manera de volver al interior de donde ella olvida quién soy. El cuarto oscuro, donde no hay luz. Unas uñas, heredadas de unas mujeres ancestrales, enloquecidas por la luna y por los hijos de padres mudos, me rasgan las palmas de mis manos.

Vivo dentro de esta casa de silencio, donde nadie respira. *Ni una sola palabra de esto, a nadie.* Mi voz se reunió con aquellas de los ventrílocuos en el ático. Alguna vez hubo ecos ahí, ruidos de las calles de la historia, al otro lado de las ventanas y los espejos. Unos recuerdos persistentes encerrados en un llamado solitario a los ángeles, o carne abandonada contra la pared en algún callejón. Abandonado en ese callejón, sin ni siquiera un rastro de migajas para salir. Nada que pudiera seguir, ni manera de volver a casa. El policía,

armado y listo, viendo en ese callejón, hacia mí. Observándome. Esperando mi próxima movida. Las manos y las botas alertas, esperando. Unos hombres en mangas de camisa, recargados en las orillas de las ventanas, diciendo un montón de cosas sobre la Tierra Prometida. *Sauerkraut* y *kielbasa*. Cerveza rancia, unos puros. Visiones del paraíso, impulsadas por los deseos de unas barrigas redondas y unas camisas amarillentas. Mi padre me vuelve a emborrachar. Unos ancianos entre sombras se me quedan viendo. Que dejara yo mis hábitos sexuales significaría que tendría que descubrir otras maneras de torturarme. Me doblo para convertirme en la imagen que ellos quieren de mí. Hecho a su imagen sin pensarla dos veces.

"Veme a los ojos, pequeño."

"Ven."

Intento olvidar mi nombre. Ampollas, labios con fuegos. Una boca llena de dolor. Apenas y puedo bajarle el cierre a sus pantalones. La cicatriz en su muslo me causa espanto. El se mantiene de pie, inmóvil. Ni el más mínimo sobresalto. Se fuma un cigarrillo, sueña en todos menos en mí. Yo sigo pensando que él me caerá encima. Que morirá, o que yo moriré. Pero él sólo cierra sus ojos y sigue soñando en noches de cine. Ninguno de nosotros puede morir. Mis rodillas me duelen. *Stone cold heart of gold*. Seguimos viviendo como si nada hubiera pasado, sus pantalones en los tobillos. Unos chavitos se sacan los bolsillos de los pantalones y encogen los hombros. Unos colores brillantes en las palmas de sus manos, ardiendo en fuego. Ofrendas que llegan de unos moribundos dioses callejeros. *Yellow jackets, Purple dots, Black beauties.* Arbolitos de Navidad. Arañas verduscas. Unas pequeñísimas y pálidas píldoras azules. Ecstasy de oro.

Compro una escalera.

Veo a mi izquierda, a mi derecha. Siempre veo primero a la izquierda. Una lógica de la abuela, traída de las viejas tierras. Toco en la puerta lateral del Piano Bar. Estos, mis dedos de invierno, rasgan las heridas abiertas de mi piel infantil. Cocino unos cuantos sueños dañados. Unas burbujas juguetonas que hierven en la cuchara casi plana. La aguja llega a tener una elocuente vida propia. Doy

unos golpeteos a una línea casi invisible. Un disparo hacia los cielos. Monto un caballo blanco que se siente como el paraíso. Otro ángel perdido. Mis ojos arden, blancos. Unas cicatrices rojizas, los recuerdos infectados atraviesan bruscamente mi cuerpo. Ella toca mi piel por primera vez. Sus manos pequeñas desabrochan mi camisa, tiene deseos de experimentar aquel dolor que viene con el deseo. Quiere que yo la ignore. Su frente en mis costillas, el peso de sus pecados. Ella misma se desabotona sus jeans. La espera.

El ímpetu de mi espíritu.

Sangre y sangre. Piel de piel. Las manos torcidas.

Suelto un llanto por debajo de este deseo, es mi manera de caminar por esas calles que olvidamos, por este cuerpo que se tambalea.

No me moveré de aquí hasta que hayas restaurado el interior de mi garganta.

Mis dedos se sumergen en el agua bendita. Recibe la comunión dentro de mí amándote. Los labios pequeños se abren y esperan. Interrumpido por los besos. Cada noche más desesperante que la anterior. 'Sólo una vez más", lo oigo decir. Cubro mi boca con mis manos. Esta será la última vez. Trata de no respirar tanto, tengo miedo que vaya a despertar a Dios. Si tan sólo por un poco de agua, si tan sólo un poco de agua debajo de esta roca roja: tú serías pura nuevamente. Mi piel secada por el sol. Unas rocas. Tallan, se restriegan con dificultad. Me jala las manos, agarra mis muñecas con sus manos. Descendemos, me detiene en la cama. Yo no opongo resistencia, me entrego a su deseo por mí. Me muerde, sonríe. Escucho unos ángeles, escucho los salmos. Esta mañana despierto enamorado. Me fui a la cama contigo. La familia Partridge. No puedo dejar de escucharlo.

Mi padre tiene diez dedos.

El 3 de febrero de 1966, mi padre tenía fiebre.

Mi padre usa loción Brut(o).

El 22 de noviembre de 1963, mi padre sueña que soy una niña.

Déjame olvidar, déjame entregarme a la amnesia. Trato de llevarme a mí mismo a convertirme en un sordomudo. Abandonado en una calle, sus mejillas ruborizadas. Me hicieron ver, me hicieron

mantener mis ojos abiertos. Esta cama estaba muy caliente. El mundo se había encendido en llamas, tornándose amarillo en contra del azul de mi añoranza por marcharme. Por emprender el camino, encontrar un camino. Entre en un sueño, enrojecido de tanto llorar, un bosque donde los gritos eran sólo rumores que llegaban de otras tierras. Pero yo era incapaz de levantar mi cuerpo. Rezaba para que mis músculos se llevaran a mi cuerpo de aquí, de esto. Del aquí, de este lugar.

Una gran belleza ardía en mi garganta como una tortura.

En algún lugar, podía escuchar a mi única madre, respirando. Su hijo. Rara avis esta mujer, esta madre vivía la vida de una extraña en mi sangre. Una mujer desconocida para mí. Una mujer sorda, allá, en la distancia. Por siempre parada en la entrada, nunca entrando a mi recámara. Los ojos congelados, sin nada mejor qué hacer. Observaba, sus labios silenciosos maldiciendo mi nacimiento. La boca seca, restregaba sus pies en la alfombra. La estática se expandía sin tener un lugar a dónde ir. Su alma perdida en los colores de un desierto olvidado. Palabras maltrechas, un velo de secretos invisibles para el ojo. La boca retorcida que sólo conocía las mentiras del alcohol quemando su cama. Me dijo que en el había una vez yo nunca sería una chica, una chica de verdad, del tipo que los hombres se mueren por ella.

Atravieso el pasillo a tientas. Un pasillo tan oscuro que cada vez que lo atravieso, sufro del gozo de la amnesia. Olvido mi nombre, mi piel, la herrería de sus deseos. Conecto la nada con la nada. Mi hermana, no yo, tratando de decir Yo. Este es mi cuerpo que sigue la voluntad del Padre. Una vez mi padre me hizo dormir en el lodo. La lluvia, Dios hace la lluvia y la tierra se convierte en lodo y yo abro la cerradura de la puerta y entro a la casa. Mi cuerpo deja sus marcas en el piso de la cocina, unos rastros hechos con la tierra de Dios.

Estoy presente ante mí mismo.

Mojado. Las huellas de los pies. Los dedos en la alfombra. Mientras duermo, abro la puerta de la recámara de mis padres. Yo siempre quise ser una chica buena, robarme a mi padre con un susurro, apartarlo del cuerpo de mi madre rumbo a las sombras con promesas de besos. Lo hago atravesar los corredores oscuros hasta

llegar a mi cama. Le quito la ropa, y él comienza a castigarme por tener los ojos demasiado parecidos a los de mi madre. Mis manos en su espalda. La luz del día está ausente. Tan sólo para estar encerrado en este. Siento mi fuerza, sin pedir perdón. Pido a mis dedos que se entierren en su piel, que abran su piel del mismo modo como mi piel se abre en la lluvia. Para morir con esta sangre tan roja entre mis uñas. Los restos de su presencia. Mi evidencia de El. Y luego tragarlo, su jugo dentro de mí.

De modo que mi cuerpo se convierta en testigo.

De modo que este cuerpo, mis sordos deseos, puedan hablar.

El se confiesa ante mí, y yo me convierto en el momento de su necesidad. Hago mi cabeza hacia atrás, como lo haría cualquier chica, como lo he ensayado una y otra vez, batiendo la rubia melena. Ciegos los ancestros, detienen fuertemente su cuerpo. El deseo en mis manos.

Entrégame su cuerpo y mi odio.

Enjugo mis labios, enjugo estos mis labios. Mis labios. Enjugo mis labios. Salvajes, libres. Me quedo callado como antes y como antes que eso. No existen historias de mi silencio. Suspiro. Me quedo quieto. Espero. La piel, mis ojos arden. Palabras de sal, así las llamaba mi abuela. Los deseos del cuerpo son lágrimas. Derramo estas lágrimas en el piso, deseándote. En otra vida ella llegó a decirme que había rumores de mapas. Me dijo que lo concreto era imposible. Mis ojos comienzan a divagar, se salen de mí, siguen las líneas blancas. A través del espejo respiro los sufridos y enloquecidos misterios de los ángeles. Cargo con el enfurecido ardor en mi sangre. Teresa y yo le llamamos un súbito encresparse de los huesos. Fuera de mí, me aparto de todo lo que me está pasando. Busco los caminos, los senderos que se dirigen al bosque. Deseos morfinos gastados. Deseando. Querer algo.

Contemplo mis manos, su sangre, e intento recordar el deseo. Ella había sangrado en mis dedos. La frente ruborizada por el calor asfixiante. Un escupitajo de mi boca, de alguien, en su piel. Cenizas de mi boca, mezcladas con el rojo de su cortada. Coloco mis labios en el centro de la palma de su mano y beso su sangre. Mi cuerpo se

siente seco. O siento que mi cuerpo está seco. Las muñecas rotas, la nuca contra la pared.

Las rodillas, las separo.

Me entrego a ti.

La mano desnuda en el muslo.

Ya no puedo recordar mi propio cuerpo.

El otro sostiene el látigo. El día de hoy escucharás mi voz.

Mi padre no podía hablar en mi cama, de esto es lo que me acuerdo. Noche tras noche, mi padre sordo y mudo me abría la frente, ardiendo en mis huesos. Sus codos en mi carne. Puños por todos lados. Una piel de mañana púrpura. Mis muñecas, atadas a mis espaldas, empequeñecidas por las manos de mi padre. Un indio ardiente, lastimaduras producto del amor apresurado de un padre. Promesas que se hacen y se dicen a escupitajos. Todo él encima de mi piel, de mis huesos. El. Mi padre pesaba 183 libras. Esto, mi cuerpo no lo podrá olvidar nunca. A veces pesaba más, a veces menos. Sus rodillas un poco más abajo de las mías. Su barbilla aplastándose encima de mi frente. Por años y años practicaba cómo respirar pegado a su cuello, su sudor cayéndome. Un día, mi padre murió. Pero eso, su muerte, llega años después. O quizás fue ayer. Dejo unas marcas en la pared. Estoy contando algo. Días. Noches. Ambos. Quizás deseos.

Padre del desierto

Cuento cada línea de la memoria, cortada en mis muñecas; las rojas, circulares heridas debajo de mi lengua, luego esos hoyuelos pinchados atrás de mis rodillas, los que no pude ver, no los puedo ver con mis ojos, sí puedo tocarlos con mis dedos. La piel de mis tobillos, llena de cicatrices color púrpura. Una especie de salpullido sin origen. Me rasco y me rasco. Hasta que llego. Al hueso. Por años tomándolo, abriéndolo. Cuento como si fuera a algún lado. Del modo como mi padre una vez llegó a ir a algún lado. Viajó rumbo a la oscuridad. Dejó a mi madre por el desierto, por un rumor. Mi padre se fue rumbo a ese desierto, nunca volvió. Ni siquiera para un último beso. Manejó el Chevy Impala lo más lejos que pudiera, lejos de los recuerdos de hijos e hijas, hasta que encontró un motel abandonado en el camino. Un motel sin nombre. Un caballo hueco. Vacante. Dioses de neón en el cielo. Lucy se sienta debajo de un árbol de manzanas, y espera. Una especie de recuerdo ahogado por la práctica de la soledad. Ni una señal, un lugar donde la música dejaba de escucharse. Tan sólo una escoba desangelada y una máquina de Coca Colas. Un penny, completamente solo, en el estacionamiento, cara arriba. Una vez nos llegó a mandar una postal. "Lo siento si tuve que irme aprisa. Necesitaba llevar una carga enorme de vírgenes al desierto. Tocamos harmónicas durante todo el camino, para protegernos de los gatos monteses y los coyotes." Y luego dice que dejó abandonado el Impala en la línea divisoria.

Como cuatro o cinco años después de ir rumbo al desierto, él muere. Leucemia. Cirrosis hepática. Un corazón irregular que explotó en el sol. Tan simple y tan sencillo, sólo dejó una caja de cartón abandonada. Llena de ropa usada, trajes tipo Johnny Carson comprados en Sears. Demasiado poliéster. Unas polillas asombradas. Las historias de los hijos de mi padre escritas en las manos de extraños. Sueños que perdieron el encanto, fábulas de la agresión,

relatos de amores y pérdidas infantiles. El día que dejé pasar esa pelota que venía de globito hacia el jardín derecho, allá cuando la liguilla menor. El mundo de mi padre casi termina por completo ese preciso día. No me habló por varias semanas. Sólo me veía, meneaba la cabeza. La imagen de esa pelota en sus ojos. Una verdadera decepción. Un hijo inútil, traído al mundo por un Dios despiadado para atormentarlo hasta el final de su vida.

Nadie escribió una esquela para mi padre. Un tipo llamó desde el hotel, un tipo que dijo algo sobre un cuerpo muerto, un tipo que dijo que este cuerpo muerto reclamaba ser mi padre. La herencia. Un hermoso fracasado de piel suave. Por las noches tu padre acariciaba los mosquitos. El único hombre que hiciera eso, que you supiera. Existen rumores de que desfloró a una pulga. Así de delicado era su tacto. Cuando las noches se tornaban frías, tu padre podía leer los acentos de las personas tan sólo con ver sus alientos. Fue un trabajador muy duro, tu padre, hacía sonreír a todos los huéspedes en el hotel, los hacía sentir como si estuvieran en casa. En el hogar. ¿Qué más se le puede decir a los sobrevivientes? Mi madre no quería tener nada que ver con todo el asunto, con la muerte, con la caja que protege los recuerdos.

Hubo una vez, mientras me perdía en un closet cerrado, escribí esto en un trozo de papel, que hasta la fecha tengo pegado en la pared de mi recámara: *31 de Diciembre de 1988, Tucso, Arizona, un hombre explota en una pinche cafetería*. Como un rrecordatorio, un recuerdo muerto. El calor. Muchos años después, Lydia me escribe desde San Diego: "Doug, recuerda que unas personas se van al desierto a vivir. Yo quiero que vivas. Maneja rumbo al océano, prueba las aguas saladas que cubren el cuerpo de una mujer. Haz esto, Doug, hazlo en carne propia. Y recuerda."

El doctor había dicho a mi padre que no tomara mucho café, que la cafeína hacía a su cuerpo impredecible. Y le advirtió que la azúcar refinada podría llevarlo hasta el límite, podría otorgarle unas serias visiones de grandeza. Delirios de un Dios llegado a menos. Ten cuidado. Si mezclas todo esto con cerveza, bueno, sólo Dios sabrá que podría suceder. El doctor le dijo que tenía un hoyo en su corazón. Yo podía conducir un camión a través de ese murmullo.

Dame un poco de asfalto y lo relleno. El doctor tenía sentido del humor. Según me han dicho, el doctor aún vive. Fuma cigarros y se la pasa tosiendo. Necesita un poco de cálido y tierno amor.

La última amante de mi padre coloca su mano en la muñeca de mi padre y le dice: "Yo no puedo decirte cómo te debes sentir."

La gente que conoció a mi padre dice que él hubiera hecho cualquier cosa por amor, que era un caso perdido con el suficiente grado de burlas contra sí mismo. Cavaba agujeros en la arena, soñaba con China. Dormía con los coyotes, derramó un torrente de lágrimas que poca gente comprendió. Se arrodillaba del lado equivocado, alababa a Buddha con el fervor de un Cristiano. Regalaba rosas a la gente en los aeropuertos sin razón aparente. Un hombre confundido lleno de torpes relatos. Comía espinacas los días lluviosos. Se le quedaba viendo fijamente al jabón con mecate colgado de una de las llaves de la regadera, como si tuviera unos poderes místios de invención. Tocó a una mujer, a una mujer tras otra, ahí abajo. Más allá del lugar donde Dios ya no te permite hablar. Debajo del lugar donde yo ya no puedo hablar. Mi boca, algo atorado en mis dientes. Una mujer se arrancaba la piel de sus dedos. Una mujer en crudo. Su piel, deseos callosos. Un pulgar. Me alimento de esa piel que ella me da. Una mujer drogada con la muñeca rota. Comencé una plegaria, alimentado con los pequeños trozos de su deseo por devorar mi tacto, alimentado con los trozos de papel que ella me envió, unas bolsas *Ziplock* que llenó con palabras que se había arrancado de su piel, palabras que la llenaban de desesperación ya muy entrada la noche, palabras que no parecían reales, que siempre se hallaban separadas por malentendidos concretos. *No puedo respirar, me escribió en una ocasión*. O quizá una de las reencarnaciones de las palabras en la bolsa sugería esta posibilidad. *Necesito agua para respirar. Tu piel y un poco de agua. En el agua, conmigo*.

Sé cómo sufrir, cómo rogar. Su voz perdida en mi máquina contestadora. Nunca estaba en casa. *¿Por qué nunca estás en casa?*

¿Puedes permanecer callado? Estábamos en cama, una fría mañana de primavera, a las afueras de Pittsburgh. Ella tenía que irse, manejar millas y millas.

Yo tallaba su piel con mis manos.

¿Puede mantenerte quieto? Quiero que escuches esta canción. Puso un CD en el estéreo del auto. Tenía años queriendo olvidar esta canción. Esta estación de gasolina. Cada vez que paso por la estación de la Texaco, comienzo a contar esta historia, pero me quedo a mitad del relato. Siento la presencia, esa presencia sin cuerpo.

Si tan sólo mi cuerpo respondiera a aquellos lugares que ella abría. Y ella lo decía, con más fuerza. Recuerdo su voz, anterior a que ella tuviera palabra alguna. Entra en mi músculo y me rompe desde ahí. Mis músculos se atrofian de tanto esfuerzo porque su piel regrese a la tierra.

No obstante Dios, hasta la fecha, no sabe nada de la añoranza de su hijo. Treinta y tres días. Noches. Por treinta y tres años, Ell se fue rumbo al desierto, y ahí, una mujer lo aguarda. Nunca ha sido besada. Sus dedos se convieren en pétalos de rosas. Recuerdo el tacto de su piel mi sangre, una niña de rubí en la oscuridad, desea hablar con palabras que puedan abrir su garganta, que la lleven a sangrar. Ella aguarda. Su boca, sus labios se abren. Se parados de nacimiento, por el nacimiento. Ella deseaba conocer el tipo de lenguaje que pudiera espantar a los pájaros. Deja su piel en las espinas y comienza a llorar, asustada por las ramas que duermen en su interior. En la distancia, algo -una casa, el deseo de su caricia- cae del cielo.

Nunca he visto el cuerpo muerto de mi padre. Nunca he sido testigo de su cadáver, con estos mis ojos. *Ashes to ashes*. Siempre he imaginado a mi padre como un rumor, una acusación surgida muy de noche, musitada entre suspiros vaporosos y puños imposibles. *Tu padre no quería tener nada que ver conmigo. Solamente para usar mi cuerpo. Llegó a casa con un montón de ideas. Me desaba. Deseaba.* El cuerpo de este, mi padre, se dispersaba, arrojado a la ventisca. De vez en cuando, entre la oscuridad que se convierte en día, lo imagino. Este padre moviéndose dentro de mí, un viejo incómodo que se detenía de la pared, los huesos golpeándose en la pared. A mitad del pasillo tenía que detenerse para poder encontrar su siguiente suspiro. Su hombro pegando en la pared, contra los gritos de esas almas muertas. Una noche y luego otra noche y otras noches y noche tras noche y él sólo buscaba maneras de silenciarme,

de evitar que mi cuerpo llegara hasta el pronunciamiento, de gastar mi cuerpo, de llevar mi boca hasta el silencio.

Yo necesitaba, deseaba, este retorno de mi cuerpo al lugar donde el deseo ya no tiene voz.



Faltan unas palabras aquí. Cosidas por debajo del dobladillo de los vestidos. *Ella deseaba escapar de la verdad y evitar la culpabilidad.* En el origen, tartamudeamos. Ella dice algo pero no se escucha.

Un cáncer de deseo

Hoy en día, cuando camino por las calles angostas de Sacramento, comienzo a hablar en contra de este, mi cuerpo. Carne y sangre. Hambriento. Intenta, con estas ropas, hablar de los deseos que otros han amenazado con clavarme en la cruz por poseerlos, crucificarme para justificar su amor. Las rodillas sucias son la señal de una niña inocente. Persigo mi cuerpo por callejones vacíos, senderos en medio del bosque, atravieso por vena tras vena de sangre y el dulce tráfico de la heroína. Pecados contra natura. Golpeteo y pellizco las venas, busco respirar con Dios. Cruzo por donde los muchachillos se encuentran parados en las esquinas. Los autos pasan, los chicos miran y desean. Chicos asustados de sus propios cuerpos, soñando imágenes espeluznantes que yo subrepticiamente coloco en el asiento de enfrente, para ellos. Deseo que no me vean. Mis propios labios se esconden detrás de las sombras. Un vigilante, en medio de aquello que se encuentra en la noche. Quieto, callado. Muevo mi lengua sobre los pecados que ella posee, para respirar la sal de sus deseos en mí. Los tobillos hinchados y atados a la esquina de la cama.

Ruego.

Rezo.

Trago.

La piel anónima de hombres desconocidos mugrientos debajo de las sábanas sangrientas. Mi carne lleva consigo las marcas de Dios. Las lesiones. Noches incansables en las calles, en los callejones, en baños públicos. En esos parques desiertos junto al río. Nos encontramos en las mesas de picnic. Sin decir una sola palabra, asentimos con la cabeza y subimos la colina rumbo al camino para los caballos.

Te voy a matar, ese hombre me dice. Como si nunca hubiera escuchado eso antes, como si yo tuviera que tenerle miedo. El ya está

dentro de mí. Mi cara está pegada a una pared de concreto, o a la corteza de un árbol. Da lo mismo. Un ridículo clisé del romance, del deseo. El cree que me está tocando, que está mallugando mi cuerpo de maneras novedosas, pero no llega a ser más que una tarjeta Hallmark del País de Oz. Estoy sangrando. Pero la sangre nunca es la muerte. En realidad no hay nada de dolor en todo esto, al menos no en este cinto pegando contra mi espalda, al menos no en su pito. Ni en sus manos. Solamente una conciencia mucho mayor de dónde comienza a dejar de existir mi piel, aquel lugar donde mi piel se convierte en aire.

Vivo en este mundo sin fin. Me siento y espero en una sucia butaca, la llegada de otro cuerpo sin nombre. Hombres que atraviesan sus propias vidas con ojos fríos y pieles gastadas. Pensamientos vacíos. Yo pasé por lo mismo, no lo olvidaré así de fácil. Todas las noches sueño con la inmortalidad. Bolas de Kleenex en el piso. El rayo constante de una luz azul parpadeante, imágenes que apenas y puedo reconocer. Unos golpeteos en la pared. Me muestra lo que quiere, pero no dice nada. Unas cuantas señales de emoción, de deseos que prorrumpen, esa vasta articulación que te justifica.

Vivo en esta ciudad donde coger es más peligroso que fumar un cigarrillo. Derek morirá. Robert morirá. Jamie morirá. Está muerto. David muere. Yo abro mi cuerpo. Nuevamente. La idea de un cuerpo, mi cuerpo, fue sofocada en mí. La fatiga de mis huesos, de mi boca. Escupo. Caballeros con armadura. En este lugar, encuentro la felicidad de un mundo sin Dios. Dios tiene que sopezar lo imposible, confunde sus manos con las de los nativos. Se desorienta, pero no se deja asustar por ninguna sombra. No hay sol. Aquí es donde Dios se rehusa a atravesar estos pasillos. Se queda parado en la entrada. Está demasiado oscuro, incluso para Dios. Sus pies se distraen de su rumbo. Un hombre tras otro, sin nombres, mientras piensas si de pura casualidad están muertos. O si están muriendo. Me limpio la barbilla. Esta noche me encuentro un poco cansado del carnaval, cansado del poliéster, de los cierres, de las mentiras, de querer contar una historia que no le tenga miedo a la verdad, de

mantenerme tan callado que hasta pueda olvidarme de que yo llegué a tener un nombre.

Tú ya no estás aquí, pero nada te abandona.

Retratos virulentos de deseo sin memoria

Borrachos mistificados, calzando zapatos que apenas existen, cruzan por la banqueta, justo fuera del Garden Exotic Theater. Ocasionalmente, retiran su vista del pavimento, suben la cabeza y observan la marquesina averiada, no por alguna añoranza de querer ver a Dios, sino más bien porque sus ojos fueron como jalados en esa dirección. Sus almas no tienen nada que ver con el que sus ojos hayan dejado de mirar el pavimento. Otras veces, cuando están demasiado cansados como para levantar la mirada, hacia las luces intermitentes de la marquesina, observan a los ojos del hombre hecho de lodo y grasa. El hombre atrapado en taquilla. Atrapado y contando sus dedos, una y otra vez. Día tras día, cuenta cada dedo de sus manos pequeñas, cuidadosamente pasando de un dedo a otro. Cuando deja de contar, inmediatamente vuelve a contar sus dedos, temeroso de que algo haya estado mal en el proceso. Un dedo a la vez. Solamente dos o tres dedos le quedan en cada mano. Uno lo perdió en alguna guerra. Otro lo perdió en el estacionamiento de un centro comercial. Tiene la creencia que otro, u otros dos, fueron robados por su ex esposa. Hay otro dedo del cual no se sabe nada, simplemente desapareció, como si nunca hubiera estado ahí. La mera idea de perder otro dedo le causa pavor. Por nada del mundo quisiera perder otro dedo. Los vagabundos tirados en el pavimento se detienen y contemplan la lenta perfección, el maravilloso conteo que este hombre ejecuta. Enterrados por capa tras capa de mugre urbana y ceniza gris, estos hombres mascan las colillas de los cigarros con sus bocas casi ausentes de dentadura, mientras intentan recordar con todas sus fuerzas, aquellos tiempos en los que llegaron a tener un cuerpo propio. Casi ciegos por caminar tantos años bajo la luz del sol, se la pasan hurgando en los reflejos de las vitrinas polvorientas, a ver si encuentran una vaga idea de sus carnes perdidas. Nada. Ahí no hay nada tampoco. Aunque algunas veces encuentran una mano

flotando en el aire, cerca de sus rostros; como creen que se trata de sus propias manos, una parte pequeña de sus cuerpos, abren sus bocas con la idea de probar, de morder la piel, de tomar la sangre.

Estos hombres, atrapados en sus estados místicos, me han detenido mientras voy rumbo al Teatro, para ver si yo también puedo ver sus manos. Si yo también le tengo fe a sus manos. Nunca hablo con estos místicos. Aunque he besado a muchos de estos hombres, he colocado mis labios en sus labios de lija, he introducido mi lengua en sus bocas de desierto, y he probado su saliva majestuosa, no creo que sea muy buena idea el conducirlos por la falsa promesa de palabras indiscretas regadas por toda la calle.

Al bajar la cuadra, en la esquina de la calle del Este y la calle dieciséis, unas mujeres regordetas están paradas en medio de la noche, sus gastados *tube tops*, mortíferos, de colores amarillos o naranjas fluorescentes, pidiendo deseos a las estrellas fugaces e intentanto hacer contacto de ojos con cada uno de los coches que por ahí cruza. Los pliegues de sus carnes pálidas caen de sus cuerpos y se derraman en la calle. Se rascan la piel, pellizcándose los manchones rojizos. Un cuerpo dentro hacia fuera. Unas cuantas señales de encuentros olvidados con hombres tan feos que sus madres se niegan a recordar los nombres que les dieron hace tantos años. Estas mujeres de piel hervida no recuerdan nada. No conectan nada con nada. Piensa que hubo alguna vez en que ellas tuvieron un nombre distinto, y que quizás alguien en el más allá del hace mucho tiempo las llegó a empujar en un columpio. Unas mujeres delgadas, que parecen haber sido hechas de ramas sueltas, también se encuentran acechando la esquina. Todas de puro hueso y nada de piel: almas destrozadas, son mujeres tan invisibles, que cuando me maman el pito en los portones roídos y desvencijados, apenas y se siente como un viento pasajero y una canción.

Afuera del *Apache Lounge*, unos hombres en camisetas se encuentran desparramados, con todo el peso de sus carnes, en los pórticos de concreto o en unas sillas de jardín. Jamás se mueven, ni un sólo músculo. Hace muchos años, cuando se sentaron aquí por primera vez, se encontraban a la espera, soñaban con la fábrica de acero, cómo regresaban con sus llamas anaranjadas, el humo

demasiado blanco para poder pronunciarlo; o probablemente soñaban con el Home Run de *Maz,* a la caída de la novena entrada; o quizás soñaban con tirarles piedras a los meros meros de la compañía, o soñaban con la cerveza Duke, en botellas gruesas (nada de esas botellitas mariconas con sus corcholatas quita-fácil). Hoy en día, permanecen sentados. Eso es lo que hacen. Cuando les da la gana, se ponen a ver las muchachas y se limpian las narices moquientas con el antebrazo. Todos ellos han olvidado que alguna vez pudieron hablar. Sí, a veces se aclaran la garganta, algunos incluso llegan a abrir sus bocas. Pero ni una sola palabra. Ni una. Todos ellos han escuchado rumores acerca de sus esposas, cómo se encuentran sentadas en casa, hablando por teléfono, paradas en los balcones o gritándoles a los chamacos a través del pasillo. Pero ninguno de estos hombres ha podido encontrar el camino regreso a casa. De cualquier manera, no importa. Las calles han cambiado. Algunas ya ni existen. Las casas, derrumbadas. Muchas de sus esposas ya los abandonaron, algunas de ellas se mudaron hasta *Youngstown*. Una de ellas manejó hasta Alaska. Hay una que dicen que no dejará de manejar hasta que llegue a los últimos confines de la tierra. Otras de estas esposas ya no pueden recordar cómo vestirse por las mañanas, ni mucho menos creer que un esposo llegó a vivir con ellas en sus casas de madera.

Al interior del *Apache*, podemos encontrar a los mismos hombres, pero está demasiado oscuro como para verlos. Unas cuantas mujeres, al menos lo que parecen ser mujeres, se sientan al lado de estos hombres-penumbra. Las encuentras balanceando sus cuerpos, sus huesos frágiles en los bancos de la barra. Gimnastas retiradas que aún pueden aventarse un *twist and shout.* Cuerpos distorsionados. Algunas de estas mujeres ya se encuentran en plena labor. Las mismas bocas y rodillas cansadas, comenzando por donde terminaron la noche anterior. A veces olvidan si están mamando un pito o fumándose un cigarro. En esos momentos, se ríen consigo mismas, mueven la cabeza, y recuerdan que perdieron los recuerdos en la High School. En las noches con poco movimiento, estas mujeres se sientan en los bancos al fondo de la barra, y comienzan a contar historias de sus pasados. Nada muy extravagante. Hay noches en las que se la pasan hablando y hablando, hasta que comienzan a creerse

sus historias, de cuando vieron *To Kill a Mockingbird* cuando estaban en la High School, cuentan historias de cómo Hamlet, en la película, trató de darle un poco más de autoestima a la chica rubia, de modo que pudiera tener el valor de casarse con su amante y regresar a Ohio. Y cuando estas mujeres comienzan a hablar de Ohio, sus voces cobran vida. Una de estas mujeres ha estado, de hecho, en *Geneva-On-The-Lake, Ohio*: manejó toda la distancia por rutas alternas, sin tomar para nada la interestatal y, en efecto, el lugar era más hermoso que Lake Erie. Ella lo sabría más que nadie, ya que se hospedó en una casa de campo durante dos noches, ahí en ese lugar.

Hasta la fecha, el *Apache* aún se conoce como el lugar más oscuro de todo Pittsburgh. La luz de Dios abandonó al *Apache Lounge* desde hace más de veinte años, y el dueño no ha podido encontrar el interruptor de la luz. Cuenta la leyenda local que el baño de los hombres sí tiene luz, un foco que cuelga de una cadenilla, como de 40 watts. Suficiente luz como para que te mantengas honesto, la suficiente como para asustar a los hombres y sus deseos confundidos para que se salgan a la calle o hacia el *Garden*.

Afuera, en la luz cegadora del Cielo, estas almas, vagas, se reúnen con los hombres de hueso, aquellos que se encuentran demasiado mallugados como para existir. Hombres que han luchado contra Dios, y que pensaron, en algún momento de sus vidas, que Dios los mantuvo atrapados en el cuerpo equivocado. Estos hombres de hueso balancean lo que resta de sus deseos en las banquetas angostas, caminando de puntitas por la calle del Este. Cuerpos violetas que atraviesan las calles como un zumbido. Hacia adelante y para atrás: las cinturas quebrándose, las zuelas rotas. Con unas muy elegantes bufandas amarradas en sus gargantas, hombres que han sido obligados a esconder sus gruesas muñecas a sus espaldas, hombres con implantes de pecho que ya no tienen el más mínimo sentido. Yo he cogido con estos hombres, en edificios vacíos. Me he alimentado de sus olores, los he tanteado con mi pito. Les he preguntado si tienen hermanas. Si algo de ellos, cualquier cosa, es de verdad, o al menos un poco real. Ha habido noches en que dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... como si supiera contar... de estos hombres han venido conmigo, atravesando el callejón lodoso y rumbo al

edificio vacante. Durante esas noches, vi a Dios. Sin dar marcha atrás, visité a Dios. Cada hombre, niño, niña, rehaciendo a Dios con imágenes que nunca había visto antes. Unos hombres salen de los espejos que cuelgan del techo, rompen los vidrios y cortan mi diminuto cuerpo de Alicia. Sus carnes mezclándose con la sangre de mi cuerpo. Cuerpos tan fluidos que ni yo puedo saber de qué modo estoy hablando. Mi lengua cogía hasta el fin del mundo. Botellas de cerveza que se quiebran, latas que se aplastan. Y huesos puntiagudos.

Dentro de *The Garden*, el calor del verano alimenta a los cuerpos de sangre. Labios deshidratados y lenguas húmedas. Ojos que se queman con el sudor. Unas miradas que se sienten al pasar. Unos codos que golpean otros codos, unos murmullos, unos silencios. Nada de ojos. Cuerpos que se van acercando lentamente, unos con otros. Hombres que se trasladan a uno y otro lado del corredor, en busca de bocas. Pantalones que se bajan la bragueta, unos pitos que aguardan, probando las aguas del deseo. Comuniones jamás vistas, los rostros enterrados en la entrepierna de hombres casados que contemplan las imágenes en la pantalla. Hombres que revisan nerviosamente sus relojes, haciendo todo lo posible por ignorar mi boca en su pito. No son como nosotros. Se sientan o se quedan parados, cuidando no tocarnos, cuidando de no acercarse, de no llegar a rozarnos las chaquetas. De vez en cuando, sin embargo, uno de ellos envuelve sus manos en mi nuca y me empuja con fuerza a su entrepierna. Para recordarme quién tiene el control. Luego me empujan cuando ya terminaron. Como para apresurar el olvido, regresar a una mentira tras otra. En este edificio nunca han habido nombres, solamente los jadeos y el vacío mental de unos cuerpos sometiéndose a otros cuerpos. En mi vida he encontrado un mundo con tan pocas palabras.

En la habitación *Hellen Keller* de *The Garden*, todo es oscuro. Ni una sombra, ni un sólo fantasma. Manos desconocidas, pitos, bocas, anos. En muy raras ocasiones, los pechos de una mujer. Su vagina. Pero era muy raro y, por lo regular, esa mujer terminaba siendo torturada por los hombres que se negaban a acercársele. Así que se convertía en un espectador ciego, una pared más. Un turista en busca de emociones. Mujeres que siempre, en sus sueños más dulces, han

querido ver a hombres que desean a otros hombres. Que desean. Normalmente, dichas mujeres entran a la habitación con sus esposos. Hombres patéticos que intentan mantener la compostura a toda costa. Hombres que sólo quieren ver a sus mujeres viendo. Hombres que nunca saben qué hacer con sus manos. Hombres a los que les da miedo ver. Que no ven nada más que su propia ausencia. Una vez llegué a tocar a uno de estos hombres; lo agarré fuertemente de los huevos y del pito, a través de sus jeans. Casi casi terminaba saliéndosele el alma del susto, del gozo, mientras mis manos lo mallugaban fuertemente. Puse mi boca cerca de su cara, para que pudiera oler este deseo. Para que conociera los deseos de mi boca.

Me la paso horas y horas en esa habitación. Vivo en esa habitación como un huérfano. Encorvado, las manos en mis rodillas, las piernas extendidas, la boca abierta. Húmedo. Un hombre frente a mí, a veces dos o tres; otro por detrás. Hay otros que esperan. Es difícil contar en la oscuridad. Pruebo a todos y cada uno de estos hombres -sus pieles metálicas, sus jugos de aserrín, sus bocas de café. La saliva de unos vagabundos que deambulan en la oscuridad. Unos pasillos, unos corredores oscuros de lenguas y dedos. Un caos de llamas. Cuerpos que se parten, el lento ardor de un pito que se repega, que lucha por entrar en mí. Las plegarias de un niño a Dios han sido embarradas en estas paredes de locura. Golpes constantes, mi rostro pegado a los ladrillos, pegado a la alfombrilla pegada en la pared. Mi rostro adolorido, tras un largo día en que se pierde la cuenta de los hombres. Venimos aquí, uno por uno, uno tras otro, a buscar un lugar donde poder estar muertos. Es aquí donde caminamos rumbo a nuestra propia muerte. Cada cogida se vuelve más sorprendente, más mortal que la anterior. Cada uno de nosotros fuma cigarros, las bocas tibias, sin miedo al cáncer. Yo chupo con mi boca tierna a todos esos cuerpos sin amor, los chupo hasta que cunde el tiempo. Cada vez que trago, cada vez que otro hombre me corta el cuerpo, logro probar un poco más de la belleza y la fatiga de Jesús cuando caminaba solo en el desierto. Me quedo semanas enteras en el centro de este círculo ardiente, completamente adicto. Es aquí, en medio del terror de no tener nada en qué pensar, donde comienzo a vivir.

Mutilación de sacrificio

Las voces están en todos lados. Las escucho. Todos los días. Tras de mí, en la fila de la cafetería, dentro del pizarrón, dentro del olor de la Madre Gloria. Parado afuera, en el aire frío de primavera, mientras espero a que una de las monjas toque la campana matutina, mientras espero que Jesús muera por nuestros pecados. Estoy sentado en la clase de ortografía, meciéndome en el asiento. Para adelante, para atráse, enroscado como una pequeña bola de carne. *Estate quieto, Douglas.* Pero mi cuerpo se sigue moviendo. Adelante y hacia atrás. Hasta que la Madre Rose me golpea en la mano. Mis nudillos, frágiles. Me cuentan historias en las que soy una niña, en las que estoy cayendo de unas colinas, historias en las que desaparezco dentro del agua. Me dicen, cuando entro al agua, que el jaleo hacia el fondo es un movimiento estático de perdón, un ahogo en el fuego que arde. Una caída libre al hoyo.

Recuerdo a Teresa en la habitación donde los ciegos se reúnen. La sorpresa de sus nudillos, una chica de puños grandes que está dentro de mí y un vagabundo solitario recargado en una pared invisible, en un rincón, muriéndose. Todos los siervos benditos de Dios murmuran. Latigazos de sus propios deseos fustigan mi piel. Puedo ver algunas de sus palabras en el aire. Esas palabras, aquellas de en realidad puedo ver, me causan espanto.

En el baño de los niños, mi cuerpo casi invisible en los espejos. Cegado por el ruido y el deseo. Trato de forzar mi cuerpo a convertirse en una falsificación, para este cuerpo que se convierte para que las voces se detengan, para que ella me abandone antes de poder verla. Nunca esperé tocarla. De adentro hacia afuera. La piel fuera de mi piel se convierte en mis labios, apartándose de este reflejo quebrado que se niega a volver. Para poder regresar al sitio donde puedo descansar. No obstante, años después, aún sin la gracia de la luz, puedo verla. Aquí. Esto. Escucho la voz. Ella ahoga las

otras voces. Viajo 3,000 millas, atravesando tierra y concreto. Aparto mi cuerpo de la arquitectura de la costa este y cargo esta sangre rumbo al azul profundo del oeste. El océano. El cielo. Un mundo de color que no puedo entender. Un lugar tan fluido que apenas y puedo respirar. Me aproximo a su cuerpo, pero desaparece en la noche. Una vez, en Saccramento, olimos cómo la hierba se humedecía. Nos mantuvimos quietos y sucumbimos. Una vez. Un cuento de hadas que me había contado a mí mismo. Una leve rasgadura en la tela. Esperábamos recordar que había que respirar. Tan sólo un suspiro más. Una voz que se pierde en alguna línea telefónica. De entre las palabras desechadas, algo llegó a nacer. En el espejo, este amor.

No puedo hacerlo. No puedo vivir con este dominio. Que llega hacia ti. Que desea. Mi cuerpo toma el lugar. Ofrece esto en el cuerpo que se convierte en una palabra.

Unas palabras liberadas llegan a mí desde su deseo. El habla y el recuerdo perdidos. La sangre distante, las heridas de lo que vimos cuando vimos nuestras bocas. Voces incorpóreas acechaban una ansiedad por cosas de niñas. Zapatitos clavados en una tabla que sostiene cartas y fotografías. Todo se cae al río. Se convierte en lodo y regresa a algún otro lado. Se ahoga.

Este cuerpo, paranoico, me confunde. Es manipulado por una caricia.

En los espejos, estas voces regresan. Escucho sus palabras. Me desean. Algo jamás visto. Las palabras que hizo Dios. Don Quijote saca a la Caperucita Roja del sucio camino. Toma un paseo rumbo a convertirse con niñas dulces. Me esperan en el bosque, escondiéndose tras los arbustos a la vuelta de la escuela. Estas palabras. Palabra tras palabra. Te voy a agarrar, muñequita, a ti y a tu perrito. Y luego esa risa chillante. Mi garganta expuesta a las lluvias de Abril. Quiero ser el lobo. Quiero ser la Caperucita Roja, y vestir en su sangre sin tener vergüenza. Quiero pararme en la esquina de la calle Smithfield y el Boulevard de los Aliados. Quiero sorprender a mi padre con lo que me he convertido. Quiero agarrarlo por sorpresa.

Rompo todos estos espejos, con mis puños, dando de golpes a las imágenes que no puedo ver. Que no pueden venir a mí. El vidrio que me quiebra. El modo en que llego hacia esta niña es a través de este

espejo. El vidrio en el suelo. Las manos cortadas. Hablo. Unos trozos de vidrio me cortan la piel. Estas palabras quebradas me abren. Pienso: sus palabras. Siento: sus palabras. Sus palabras llegaron a mí del interior de los lugares donde nadie había podido introducirse. Ella me entrega esto: su palabra. La creencia de poder decir. Esto. Un dicho falso. Una vez me contó que recuperó las palabras que había escrito para alguien más. Entró a su casa y se robó las palabras. Como si fuera tan fácil devolverlas. Como si se pudiera simplemente llevarlas de nuevo a casa. Como si las palabras no estuvieran por debajo de la piel. Aquí, tengo sus palabras aquí. El debris de unos labios rotos. Saliva derramada. Dios me carga rumbo a otro sueño.

Ya no puedo comer sin escupirlo todo, me dijo una vez.

Habríamos de encontrar nuevamente la piedra que colocamos en el centro de la palma de nuestras manos. Humedecimos nuestro compromiso con un escupitajo y unas gotitas de sangre. Las puntas de nuestros dedos se sangraron mutuamente.

Por ahora, su lenguaje permanece impreso en mis huesos. Había colocado la materia de mis deseos, este amor, en ella. Para ella, este obsequio. No eran palabras desprendidas, sino materia. Hablamos y hablamos y hablamos. Sus otras bocas fluyeron. Todo lo que podríamos decir con palabras. Nuestro cuerpo, sin metáfora. Esta materia, esta presencia en medio de éstas pérdidas. Su lenguaje nada. Ya no más un presente, ya no más de este lugar. Ya no más en el tiempo. Es por eso que la boca en movimiento no debe confiarse. No puede redimirse. No puede perdonarse, salvo en la decepción del olvido. Esta entrega, esto que se obtiene. Es por eso que no puedo creer a Dante y a esa muchachilla que se fueron rumbo a la luz. El lenguaje jamás puede convertirse en un momento de luz pura que alcanza el silencio. El lenguaje sólo puede ser el momento antes del inicio del tiempo. El lugar en el cuerpo que es agua. Es por eso que, en Los Angeles, solamente pueden haber costillas. Allá. Aquí. Entre nosotros, esta separación de la carne. Una lengua que atraviesa nuestra piel hasta nuestras costillas y el desastre de las lágrimas.

Luego ella bajó su mirada, retirándola de mi piel. Aquí, dentro de este aquí, así es como muere la belleza. Su mano inmisericorde. Inconsciente. Luego los monstruos cambian de forma. Mi lengua se

queda pegada entre sus labios. Ella convierte a su cuerpo en voz distante.

Mientras vuela por los aires, las palabras enloquecidas de espejos.

A la distancia, unos niños y unas niñas sueltan sus risitas. Arrojan sus palabras frente a mí, veo sus dedos apuntándome, veo mi hambre. En la esquina del pasillo, me limpio la nariz con la manga de la camisa. Mis muñecas ridículas. Me pregunto qué quieren sus palabras.

Puto.

Alguien en toda su gloria me dijo puto y yo me ruboricé, excitado.

Palabra por palabra.

Esta boca se abre. No quiero ser curado. Ellos no pueden verlo. Este cuerpo que se mueve rumbo a su cuerpo. Esa bestia que sopezo comienza a subir por mis pulmones. Tres de ellos me empujan hacia los escalones de concreto, donde se acumulan los escupitajos. Sus risas acercándose a Dios. Las palabras me caen encima. Mis rodillas en el concreto.

Mi padre no quería tener nada que ver con sus voces tampoco, las visiones, los viajes descalzos en la arena. Tampoco tenía mucha necesidad por ninguno de nuestros vecinos, especialmente aquellos que se arrodillaban fervientemente tras la puerta de malla de nuestra cocina, canturreando unas frases extrañas que sacaban de los periódicos. Frases, fragmentos que ellos sostenían que les hablaba directamente de su llegada. La llegada de papá.

"Yo le dije", dijo mi mamá, "yo le dije unas tres, cuatro veces. Una y otra vez. El ha destruido a esta familia. La gente viene de todos lados solamente para verlo. Para admirarlo boquiabiertos. El es una atracción, lo acepto, pero Dios dice, 'respira cuidadosamente, desea no mucho más de lo ordinario, y presta atención a tus palabras.' Yo le dije que no anduviera hablando de más. Pues ahí lo ves ahora. No es un hombre, sino un Jesús infante. Un dragón frío y atónito con la filosofía saliéndosele de la boca, viviendo con los coyotes, acostándose con cuanta mujer se encuentre a su paso."

Pero todo lo que realmente quería mi padre de esta vida era una mejor televisión, a la que le pudiera tener completa fe. Una televisión

para su alma. No aquella mutilada que creyó haber asesinado accidentalmente antes de irse rumbo al desierto. Hubieron rumores en el vecindario, acerca de un ladrillo, de algún tipo de alucinación. Mi padre tomó puntería y luego, una explosión. Unos susurros de hombres con batas blancas que venían a llevárselo lejos lejos. Pero él desapareció antes de que lo encontraran.

Y ahora mi padre está condenado a ver la misma televisión desvencijada, una y otra vez, resguardada al fondo de la sala de estar, al fondo de esas paredes de concreto del sótano. Una tele pequeña, de doce pulgadas. Gris, ni siquiera blanco y negro. Prácticamente invisible, la televisión que se tambaleaba en la repisa floja, dentro de una habitación que pedía a gritos ser decorada con paneles de triplay. Una televisión que tintineaba, que insistía en saltarse un cuadro más o menos cada medio minuto. Plástico caliente. Los ojos parpadeantes de mi padre. Mi padre intenta, lo mejor que puede, intenta ver la televisión, para poder ver la realidad de sus sueños. Ultimamente, mi padre ha querido estar más tiempo viendo televisión que respirando. Desea llegar a ser fusionado a la televisión, para después ascender hasta los cielos con una televisión que tenga incluso hasta las antenas tipo "orejas de conejo".

Mi papá necesitaba su televisión para mantenerse en contacto. "Poco sentido tiene no saber dónde estás", solía decir mi padre mientras se acomodaba en el sofá. "La tele conoce todos los secretos que Dios esconde, y los revela." Mi papá deseaba ser parte del programa. Deseaba ser programado. Acostumbraba rogarle a esa caja iluminada: "Susúrrame los secretos del universo." Necesitaba la tele para echarle un ojo a Johnny Carson y para recordar el Show de Dean Martin junto con esos mágicos *Gold Diggers*. Mi papá creía en esos *Gold Digggers,* prestaba devoción a cada uno de sus movimientos. Creía en sus pantorrillas, en los espacios entre sus dedos, aunque pocas veces televisaban éstos en vivo.

Mi padre abrió otra cerveza, se pasó el dorso de la mano por sus labios, en la candente humedad de un agosto en Pittsburgh. Yo siempre podía reconocer la hora del día por el modo como mi padre abría sus latas de cerveza. Era un estilista impecable. Hasta la fecha, puedo seguir oyendo a mi padre abriendo latas de cerveza. Cada lata

se abría de modo distinto, dependiendo del sol y la luna. Mi padre estaba en contaco directo con la Madre naturaleza cada vez que tomaba. Podía sentir el arrastre de la marea, sabía un poco acerca de sus oscuros deseos. Solamente tomaba *Iron City Beer*. La cerveza del Triángulo Dorado. Nada de esa porquería llamada *Pabst Blue Ribbon*. Nunca, ni siquiera una sola vez, de esa *Schmidts Beer*. La ccerveza del amor fraternal. El amor fraternal no interesa en lo más mínimo cuando tomas cerveza. La cerveza es lo que interesa. El día que salieron con eso de la cerveza Light, mi padre quería morir. Llegó a pensar que abandonaría la cerveza como su modo de vida, su rumbo hacia la obtención de sus justas metas. Se sintió traicionado por el mundo moderno de la publicidad, incluso le planteó este problema a Frank, el cantinero del *Fox Trot Inn*, pero fue inútil. Todas las personas equivocadas comenzaron a tomar cerveza en América.

"A la chingada con esos debiluchos maricones jugando volley ball en la punta de las Rocallosas, con sus bronceados artificiales de salón. Me refiero a *saloons*, no salones. Embriagados por la falta de verdaderos rayos. No saben nada. Lo que son ellos y el colesterol, con eso de que la mantequilla es mala para ti y no sé qué. *I can't believe it's not butter*, ni siquiera se acerca. Yo creo en un montón de ideas." Y con eso, mi padre comenzaba su perorata.

Un día, tras un buen número de cervezas, pensó en utilizar la magia del habla. Afuera, el mundo observaba. Esperaba, marcaba las horas. Los vecinos husmeaban. Sentado en la mesa del pic nic del patio trasero, mi Papá estuvo a punto de hablar ese día. Fue un martes, a mediados o finales de los Setenta. No había nada en la televisión. Pero mi papá persistía en sus visiones y en su absoluta creencia en las tierras prometidas. En su tristeza por la caída de los dioses. En su deseo por tener una mujer amada. El sabía mucho, incluso a veces llegó a tener ideas propias. Así que tomó lo que él llegó a creer era su sexta o séptima cerveza de la noche, con la benevolencia de un santo fatigado que tienta las heridas eléctricas de un niño ingenuo. Se tomó la cerveza lentamente, tal y como había visto que otros seres humanos tomaban cerveza, como si fuera la última cerveza de una gran perpetuidad; entonces, se dirigió a la

cochera y agarró otra cerveza. Después de todo, mi padre decidió no hablar, sólo para tomar otra cerveza. Siempre decía "tomar y pensar. Luego, quizás, si el tiempo apremia, comenzaré a hablar."

Mi papá admiraba la cerveza del modo como muchos padres admiran a sus hijos. Siempre se daba tiempo para tener cada lata en la palma de su mano y contemplar aquella sencilla perfección, antes de quitarle el tapón. Le gustaban esos momentos de quietud, cuando pensaba en el poder y la gracia de la cerveza. Mi papá agarraba las latas dañadas (las que tuvieran cualquier tipo de falla mínima) y las arrojaba a una pila que decidía reservar para los días de escasez. Pero este tipo de rechazo siempre tenía un efecto terrible en mi papá. Una vez, una de esas latas acechó a mi papá por siete u ocho días. No podía dormir. Balbuceaba, comenzaba a tener unas visiones horroríficas de un mundo prehistórico sin cerveza. Un sitio con dinosaurios y mujeres en las cavernas. Jane Fonda sí, pero nada de cerveza. Incluso hasta llegó a extrañar a Raquel Welch siendo entrevistada por Carson. El cuarto momento más importante en la historia de la televisión. Al siguiente día, todos se encontraban en la tienda departamental diciendo "Ella no traía un gato consigo." Mi papá quedó tan perturbado que llegó incluso a comenzar a comer de nuevo. Finalmente, se dio cuenta que todo había sido un gran error de juicio. Reconsideró los detalles más insignificantes de la lata, y al final de unos cuantos meses de profunda reflexión, se tomó esa cerveza. Y se tomó esa cerveza con amor. Creo que estaba lloviendo el día que se tomó la cerveza, pero no creo que haya sido su razón para tomarla. Mi papá odiaba cualquier tipo de error, pero el rechazo de esa perfecta e inocente lata de cerveza le removió su seguridad hasta lo más profundo de su ser.

Desde ese momento, mi papá se ha vuelto más diligente en su proceso de selección. Cada error humano o asistido por Dios guardaba en su persona el potencial para destrozar el universo entero, y mi padre, entre que tomaba cerveza, se acostaba con mujeres dispersas y hacía cuenta de sus aventuras, simplemente no se daba mucho tiempo para reparar ese universo disfuncional. En un pasado germánico mucho más sofisticado, este tipo de observaciones profundamente sensibles formaban parte de lo que llamaban la

fenomenología del espíritu; sin embargo, mi padre llamaba a ese tipo de experiencias visionarias e inarticuladas del siguiente modo: cerveza. Y si había algo que sabía con profunda certeza, más que cualquier otra cosa en el mundo reconocible, era que siempre habrá más cerveza donde nos encontremos con la que tenemos enfrente. Así de persistente era la cerveza.

Ahora que mi papá ha regresado de la muerte, apestando a romance y salchichas caducas, su tomadera de cerveza ha llegado a nuevas dimensiones. Es un amante empedernido, una voz poética. Un hombre infestado de dientes negros, pero que posee unos gustos impecables para la ropa y los muebles del hogar. Mi papá podría decorar tanto una casa móvil como una mansión sin pensarla dos veces. Podía vender igual de fácil desde un sofá hasta un colchón. Mi papá podría hacer que ese flamingo rosado de plástico que acabas de comprar, y que acabas de enterrar en el jardín, otorga justo el contraste necesario para balancear el "look" de tu patio. Podía hacerte creer que es una verdadera obra de arte figurar las inciales de tu nombre en los arbustos de la entrada a tu casa, que esas flores tiesas de plástico que los primos de Frank Knoltee trajeron del campo, y que colocaron en una llanta de camión que sirve como maceta, son lo más cercano a estar en plena moda. Esas flores que de hecho no son flores. El tipo de flores que les importa un bledo si llueve o no. Ese tipo Knoltee siempre decía lo mismo, "un bledo, no dos." Se lo decía a todo mundo, dondequiera que estuviese. Lo decía como si tramara algo, como si en realidad este tipejo pudiera llegar a tramar algo, mascando un puro como si fuera una metáfora, chupando esa bestia gruesa y sonriendo pretenciosamente. Chupaba esa metáfora de puro con un gesto casi teatral. Nunca había visto a un hombre chupar con tanta delicadeza. En el trabajo, donde aparecía especialmente amenazado por mujeres u hombres que fueran pensantes, un lugar donde pensaba que su sweater rojo le otorgaba más que el simple poder de un hombre pequeño y demasiado gordo para su tamaño, insistía en que le llamaran *Deano*. Un pseudónimo, vacío y sin haberlo merecido. Un título, una especie de significante vacío que probaba, por encima de todo, que Jean Baudrillard quizá tenga razón. Mi papá pensaba que Deano Knoltee estaba burracho de

poder, pero luego pensaba, ¿cómo un hombre tan debilucho podía tomar cerveza, mucho menos emborracharse?

Una vez mi papá pegó el brinco en el cielo cuando vio el nuevo flamingo de nuestros vecinos. Se apretó el corazón fuertemente con la mano, y dijo mientras intentaba recuperar el aliento, "Dios mío, Deano Knoltee, Frank, estaba seguro que era real", lo cual llevó a Frank, aunque le gustaba que le llamaran con nombres más apropiados, en vez de simplemente Frank, a encenderse por dentro, brillando con todo el orgullo ingenuo de un artista que acaba de convencernos que su pintura es tan realista que, no importa desde qué tan cerca la veamos, no dejará de parecer una fotografía. Le dijo a mi papá que su patio frontal (insistía en llamarlo patio y no jardín), era como una ópera italiana opaca, sin nada de esos plebeyos molestos que se ponen en la fosa del teatro para arruinarnos la experiencia al resto de nosostros. El nosotros. El pobre de *Deano* no tiene la menor idea.

***

Mi padre quiere saber si tengo amigos en la escuela. Quiere saber qué me están enseñando. Honor. Obedece. Arrodíllate. Cuenta hasta diez. Usa una coma si necesitas hacer una pausa y respirar. Mi padre quiere saber si me están metiendo ideas en la cabeza. Aama al prójimo. Yo vivo con el deseo de la niña flaquita, a la que le rechinan las rodillas cada vez que se levanta para ir al baño. La niña de las piernas de zambo, la de los bíceps perfectos y la risa ridícula que levanta tremendos escalofríos muy pero muy dentro de mí. La niña para quien escribiré libros cuando creciera, me volviera viejo y viviera en Sacramento. Mi papá me da un jalón en el pelo. Dime cuando te duela. Y mi boca que no sabe nada del modo como se dice el dolor. Si aún puedes hablar, entonces el dolor no es real. El dolor en esos sitios es sólo un "performance", un deseo inscrito que no te lleva a ningún lado. Sus dedos se enredaban, se perdían. Creo que esto duele. Papá. Pero mi boca, vacía.

Mi querida, dulce madre, allá en la estufa, esperando a que hierva la tetera. El agua. Ella espera. Sus manos en la orilla de la estufa.

Golpetea con los dedos, mi madre canturreando al ritmo del sonido que hacen los golpeteos. *Shine on me sun shine up with me world.* En cualquier segundo el agua hervirá y mi madre la salvará de las llamas ardientes. Su bata de franela. *It's a zip-pi-ty-do-dah-day*. Tiene un poco de calvicie en la parte de atrás de su cabeza y yo puedo verle el cráneo. Mi propio cabello, tan rubio y delgado, es casi invisible. *Y yo soy la chica más feliz en todos los Estados Unidos de Amárica.*

Mi padre me besa con sus labios. Una boca abierta y una sonrisa, mientras camina rumbo a la puerta. Y mi madre aún en la estufa.

***

El quiere. Quiere que me calle para que pueda dormir.

***

Bajo el sonido a la televisión. Tirado en el suelo, tomo las rodillas en mis brazos, pegándolas a mi pecho. Aprieto mis rodillas tan fuerte que tengo que concentrarme para respirar. Comienzo a mecerme. Contemplo los labios mudos en la pantalla de la televisión. Puedo escuchar por encima de mi cabeza los pies de mi padre, cruzando el piso de madera, de un lado a otro. Dino se le echa encima a Pedro Picapiedra. La boca llena de baba.

No puedo encontrar a mi madre en ninguna parte. Volvió a perderse. Hace años, tras haberse perdido como por dos o tres semanas, la hallé contándose los dedos. Cada dedo, lentamente, como si su vida dependiera de ello. Se había encerrado en el auto, la vieja *Henrietta*, un Ford del 57. Estaba en el asiento de enfrente, sin importarle nada. Parecía haber olvidado cómo funcionaban las puertas del auto. Mi madre, desconcertada, a la espera de un árbol en llamas encendido por Dios. Una manzana caída. Una raya de pintura labial roja manchaba como herida una de sus mejillas. La sombra para los ojos, color azul, demasiado cerca de su frente. Parecía no entenderlo, no podía encontrar en ella el modo de salir de ese auto. Su frente sangraba y sus labios se movían por toda su cara. Estaba sentada en el auto del mismo modo como Dios se sienta en el cielo.

Quieta y callada. Sin un sólo pensamiento, así como Dios ignoró a Jesucristo en la cruz, el hijo de Dios que gritaba y que fue castigado con clavos y con sed. María se sentó, callada, a los pies de su hijo muerto. En la sangre de su hijo, María prometió ascender rumbo al cielo, deteniendo un penny entre las piernas. Ascendió de la tierra. Toqué la ventana de la puerta, saludé a mi dulce y pequeínita madre. Mi madre levantó la cara, un poco, asintió con la cabeza, pero siguió viendo a través del parabrisas, como si hubiera un camino frente a ella.

Cuando era mucho más joven, mi madre se detuvo en la esquina de la calle Smithfield y la quinta avenida, sosteniendo una lata auténtica de sopa de tomate Campbell's, mientras vendía un poco de historia por veinticinco centavos. Las canciones de sirenas del valiente Ulises. Su aliento harapiento escupía relatos de aterrizajes en la luna, levantamientos irlandeses, algún golpe en Argentina, así como de aquellas noches musgosas bajo el puente de la calle Brady. "Lo que es personal", decía ella, "también era historia." Ella estuvo ahí cuando una nave espacial explotó en los cielos de Florida y cantó el *Happy Birthday* a un presidente que la quería de maneras medievales. Sus labios hinchados e infectados por un parásito del Río Monongahela. Sus labios, y te lo diría si estuvieras enseguida de ella bastante tiempo, no le pertenecen. Se los robó a una puta, una mujer enroscada debajo de un piano en la Casa de Tilden. La avenida Liberty en sus mejores tiempos, antes de convertirse en el centro cultural de Pittsburgh. Ahora hay una puta sin labios que merodea por el vecindario, que no puede ganar ni un cinco por más que quisiera.

Hoy en día, mi madre entra y sale de cuarto en cuarto en la casa, encendiendo televisores y luces. No le tiene fe a los controles remoto. Nunca ha sido de las que confía en los espacios entre una cosa y otra. En algunos cuartos da palmadas con sus manos hasta que las luces de otros cuartos se encienden. Habla quedito frente a los televisores, pidiéndoles que se enciendan. Ha estado así desde el 6 de abril de 1957, fecha en la que mi papá regresó de la muerte. Mi madre sólo llegó a tener una cámara en su vida. Me preocupan el tipo de fotografías que tomaba. Un cajón lleno de rollos sin revelar.

***

Mi padre me encierra afuera. Para que yo pueda jugar.

***

"No andes ahí hablando con cualquiera."

No puedo hablar con nadie. No sé cómo hablar con alguien. Comienzo a hablar, a usar mis manos, mi boca y todo. Imito los sonidos que he escuchado. Rumores de voces en los espacios vacíos de su vientre. Ahí. Ella coloca mi mano. En algún momento futuro, cerca de un río en California. "Necesito sentir el peso de tu cuerpo en mi cuerpo", me dice. Un brillo anaranjado en el cielo. Una especie de señal. Nuestros cuerpos torpemente en la grava, puedo sentir cada piedrecilla. Mi mano. Me da unas piedrecillas para que las cargue. Dice mi nombre como si yo no lo supiera. "Quiero que escuches a mi cuerpo diciendo tu nombre. Tu nombre saliendo de mi cuerpo, como si lo escucharas por primera vez." No puedo más que amarla. Este cuerpo en el mío. Este momento. Aquí. Siempre aquí. Presente. Es entonces cuando ella se desprende. Maneja un auto rojo. En lugares extraños, he escuchado a otras personas hablar. Pájaros. Niñas. Máquinas. Radios con toda su estática esquizofrénica. Puedo hablar en su interior, junto con la estática. Me siento como en casa, ahí, en la dicha de tan esperanzadora estática.

Busco algo de tierra en el patio trasero. No estoy seguro de cómo llegó ahí. Un sitio para las palabras. Mis dedos juegan en la tierra. Las observo. Esta tierra se siente como la piel de mi madre, los pecados de mi padre. Reconozco el olor de sus dedos en la tierra. Muerdo fuertemente sus nudillos. Sin embargo, no sé nada acerca de la sangre de los padres. No puedo creer que los padres sangran. Manchas del pasado.

Aquí también se encuentran las voces. Voces que no me atrevería a encontrar en los sueños. Son distintas a las que se escuchan en la escuela. Peristentes. Arriba, en los árboles. Detrás de los arbustos. A veces me quedo parado, completamente quieto, de espaldas a la

pared de ladrillos de mi casa. Mi primo me arroja pedazos de estiércol. Me llama niña, mariquita. Un monstruo que ve todos los programas de televisión incorrectos. "¡Santos Cielos, Batman! ¿Cómo puede decir tales #@*?"

***

Mi padre nunca aprendió a leer y escribir. Mi madre acostumbraba leerle los señalamientos del tráfico, o las direcciones de los mapas. Dábamos vueltas y vueltas, gozando la acción de ver a mi madre envuelta en un halo de medicamentos. Ella leía todos los periódicos locales a él. Le decía mentiras sobre las carreras de caballos, lo mantenía feliz contánbdole sobre el nuevo triunfo de los Piratas. Diez triunfos corridos. El periódico dice que, con esa racha, es muy difícil que los detengan. Los piratas estaban en una cruzada para recuperar la bandera y traerla de nuevo a Pittsburgh. Eso era más importante que cualquier otra cosa. Ella inventaba historias, fingía leer del *Pittsburgh Post Gazette*. A mi padre le encantaba escuchar esos relatos. Un hombre analfabeta jugando en la tierra con el alma de una virgen sensual. Un sitio donde puede colocar su corazón. Un pronunciamiento nocturno. Sonámbulo. Habla dormido acerca de los ángeles.

Como la mayoría de los místicos, mi padre dirigía su cuerpo rumbo a los distractores. Le pagaba la renta a unas prostitutas inarticuladas. Toda la casa la pintaba de blanco porque quería que sólo nosotros fuéramos visibles. Y decía: 'Todo lo demás no se encuentra ahí en realidad."

(Esto se encuentra inacabado, definitivamente. Una paradoja Duchampeana. Un objeto que aguarda su título. Lejos de ser completado. Una epifanía Joyceana sin claridad Derrideana. Esto continuará y continuará. Estamos hablando de cero conclusión. Le hace falta ese corte que el siglo XIX desea en pequeños trozos. De aquí en adelante, como el Viejo y Sabio Bill nos haría creer. ¿Quién sabe cuándo termina esto e inicia esto otro? Un día, Tolstoi dejó de escribir. El fin. Así que estoy a punto de detenerme, conforme esto pasa a convertirse en El Crepúsculo de Dios.

Esto es sólo para decir algo distinto de lo que William Carlos Williams le dijo a su esposa en aquella nota acerca de las ciruelas. ¡No es un poema, pendejos¡ Era una nota para su esposa. Maten a los Nuevos Críticos. Hay que poner fin a esta tiranía. Críticos que no tienen nada mejor que hacer más que dar gusto y apaciguar, para luego conseguirse una plaza académica y comenzar a mentir sobre el significado. Como si el significado pudiera existir sin importancia. Los poetas de por aquí no dicen absolutamente nada. Sólo dan unos pasos hacia atrás y dejan que las cosas ocurran. Los Nuevos Críticos con sus camisas almidonadas, sus cuellos bien tiesos, comiendo higos y casándose con hombres muertos que se repiten interminablemente. Los Nuevos Críticos que fingen la objetividad mientras vomitan sus propias plagas demoníacas de subjetividad que dejan en silencio a cualquier diferencia. Estudiantes holgazanes que garabatean sus verdades y esperan resultados, holgazanes sin pensamientos propios, sin el más mínimo interés. Estudiantes sin piel, sin sangre. Esperan a que los llamen profesionistas. Se visten de todos los mejores modales, asesinando la mera esperanza de alguna vez leer un poco de deseo en las palabras de. . .y puedo seguirle. Sólo quería decir algo. Continuará.)

UNA SERIE DE SEGUIMIENTOS

Intenté describir un ejercicio del pensamiento; pero la mera descripción ni siquiera llegá a ser un ejercicio de pensamiento por su propia cuenta.

- Gilles Deleuze o Claire Parnet, no estoy seguro. Fue traducido por Hugh Tomlinson y Bárbara Habberjam. En fin. Esto se llegó a decir alguna vez.

"¿Me estás siguiendo?"

Lo que sigue no es una fotografía

La fotografía es el fin. El registro muerto de un momento perdido para siempre. Un momento que jamás podrá recordarse, al que nunca se vuelve. Un momento sin posibilidad de llegar a su pronunciamiento. El conocimiento desolado final, que intenta lo imposible.

Sólo la fotografía es recordada. No hay restos. Un espacio oscuro que sólo puede proyectar una imagen de deseo. Un glifo críptico.

Las palabras que siguen (una especie de historia o quizá más precisamente una historia de disciplina) fueron encontradas perdidas en un pedazo de papel que flotaba en la brisa. Un papel arrancado y aventado por un hombre impaciente. *El Viejo Bill dice, hay que fotografiar el momento presente, el que contiene al pasado y al futuro.* Esta fotografía jamás podrá ser el presente. Una fotografía tiende a desobedecer la gramática y a refutar la transición. Sin embargo, nada de esta habladuría sobre la disciplina o del deseo de ser castigado podría darse a conocer sin un poco de duda.

Las palabras mismas, como las imágenes plasmadas en las fotografías, llegaron a ser originales, hace mucho tiempo, en el más allá. Fueron dichas por primera vez. El origen siempre es algo fenomenal. Un comienzo que comienza por todos lados sin reconocerse como algo que está comenzando. Jamás podrá haber un comienzo *a priori*. Jamás podrá haber un *en el comienzo*. La presión de su boca contra mi boca. Octubre de 1998. Fotografía del aroma. Fotografía del sabor.

Varias fuentes me dijeron que esta serie de tres fotografías desechadas son imposibles de reproducir. Y que ahora, nadie puede recordar los lugares donde fueron tomadas, ni a las personas que dirigen sus miradas al lente de la cámara. Existen rumores de un Taller en un sótano. En última instancia, estas fotografías sólo pueden ser cuestionadas. La tortura de la verdad cae sobre la

fantasmagoría de las imágenes borrosas. Imágenes fantasmas aparecen aquí y allá, en cada fotografía que deshace la realidad de la imagen capturada. Cornejos que aparecen de la nada. El brazo de una niña cerca de la rama de un árbol se mira doble. Sus labios no pueden hablar. Los deseos reproducidos se tornan invisibles, indeseables. Una mujer pasa su mano pálida por dentro de la tela borrosa de su vestido. Cerca de su piel, bajo la mirada vigilante de su hija, una madre parece haberse olvidado de sí misma. Lo que emerge de esto, entonces, son los restos de aquellas lejanas fotografías. Unas palabras sencillas descubiertas por un confiable y cagudo místico acechado por visiones atroces y enfermedades extrañas. Se ha perdido la fecha original de estas fotografías. Un recuerdo olvidado seguido de otro. Hasta la fecha, el fotógrafo ha sido identificado como un plagiario anónimo. Se rumora que las fotografías fueron descubiertas pegadas al lodo en las orillas de la calle Locust, en Etna, tiempo después que la abuela había fallecido. Su muerte llegó a la mitad de la noticia de la noche que reportaba el conflicto en Vietnam.



Creo que tengo bastante dificultad para experimentar el placer... Disfrutarse a uno mismo es menos sencillo de lo que parece... Porque creo que el placer que consideraría como *verdadero* placer sería tan profundo, tan asombroso que no lo sobreviría... Un placer debe ser increíblemente intenso. Pero creo que no soy el único así. No puedo darme a mí mismo y a otros esos placeres medianos que conforman la vida diaria. Dichos placeres no son nada para mí.

Lo que sigue es un falso recuerdo[i]

Mi[ii] vida, mi cuerpo es la historia de primera plana, la historia que disfraza al lenguaje. Dos labios que se mueven uno contra el otro, dos veces, al mismo tiempo. Labios en la interzona. Que cuentan una historia que deforman los labios de este hablador. Una boca descarriada.

Mientras tomábamos café en el sótano de la Catedral del Aprendizaje en la Universidad de Pittsburgh, Colin MacCabe[iii] me acusó de ser el último Alto Modernista que queda en este perdido planeta Postmoderno. Un niño con su pie deforme metido en su boca y esperando narrativas hasta el fin de los días. "Una reliquia" me llamó. El último grito del Modernismo, cruzando a través de la galaxia herida. "Eres un crimen" simuló MacCabe. "Tú y tus deseos por escribir al interior de los espejos[iv] en contra de la imagen."[v] Tú, mi amigo, eres sólo un simio migrante atrapado en la ruptura gasolinera de la historia[vi].

La infección de lo que se escucha[vii] Gallaxia Memorex[viii] Doug Rice no es ningún tipo de ruina del Alto Modernismo, una última cinta encontrada en la tierra baldía abandonada por Krapp[ix]. ¿Quién llama a su puerta cuando él no se encuentra en casa?[x] Ya no se puede no estar en casa. Siempre se queda una máquina deseando[xi]. Aún mientras Rice se la ha pasado casi toda su vida encerrado en su torre de marfil, con deseos de sangrar, a diferencia de sus agentes foráneos precursores[xii], no es tanto que él no alude al pasado sino más bien que plagia, extrae como un pirata la historia del pasado para llevarla al borde de lo histérico. Rice es como ese momento Joyceano de transcripción. Rice es una Lucía alfabética, perturbada, sentada en el piso mientras escucha cómo el Modernismo es representado[xiii] ante sus ojos, entre su padre y Sam Beckett[xiv].

Rice está dentro del momento hermafrodítico[xv]; está dentro del espacio erótico que desea el cuerpo del otro[xvi]. Rice es un parásito[xvii]

que está siendo interpenetrado por ambos lados al mismo tiempo[xviii]. El momento en que el Modernismo es contaminado por el llamado[xix] a la puerta de Joyce mientras él dicta el *Finnegan's Wake* a Beckett, es el que da nacimiento a Rice como una posibilidad[xx]. Rice es esa pérdida[xxi] de pureza, una profanación. Dudamos poco de que Rice no sea más que uno de esos ladrones poco éticos que encuentras en los caminos[xxii] y su escritura una especie de *ycho* distorsionado[xxiii]. Rice utiliza un lenguaje que sistemáticamente corrompe a la escritura. Es la dicha textual, no Rice, la que disfraza el acto fundamental del robo. En el mundo de la Dichosa Babel de Rice[xxiv], el plagio se vuelve original porque muchas de las referencias[xxv] se han distorsionado hasta lo irreconocible, mientras otras son tan reconocibles que siempre han estado ahí de antemano, *a priori*. Visibilidad y vigilancia. Dicha estrategia textual, en su esencia, hace llorar a los estudiantes universitarios[xxvi], porque los deja sin nada qué hacer, nada qué escribir, nada qué poner en el pie de página. Solamente los deja señalando algo y quizás diciendo: "¿Lo ves?" Pero la mayoría termina sentado revoloteando sus dedos pulgares, confundidos, con la incertidumbre del deseo. Solamente capaces de esperar hasta el fin de los días o hasta mañana para que llegue la fuente[xxvii], se coloque frente a ellos y haga que todo por fin termine. Claritas[xviii]. Aquellos estudiantes "cutting edge"[xxix], en sus[xxx] ropas apropiadas[xxxi], siguen siendo inocentes[xxxii]. Hablan con resbalones nómadas de discursos logocéntricos, escriben feminismo con enunciados patriarcas. Dios no está muerto. Se encuentra en la gramática[xxxiii].

Quizá ha llegado el momento de pasar por las puertas que dejaron abiertas[xxxiv]. Callejones que lidian con la carne y los deseos manufacturados[xxxv].

Finalmente, la textualidad[xxxvi] de Rice es una cita falsa piadosamente forjada. Un ventriloquismo falso para sus orígenes deseantes[xxxvii]. Los problemas textuales comienzan porque Rice ha dejado su firma[xxxviii] (adaptada, apropiada por él, de Marcel Duchamp así como por otros tipos franceses que permanecerán sin nombrarse) en las suturas polisémicas[xxxix] de las palabras. Suturas

que perturban visiblemente a Mary Shelley[xl]. Rice se disculpa enormemente por haber hecho esto.

Sin embargo, recuerda que el incesto[xli] puede que no sea más que una codificación anasémica de la palabra insecto.

Lo que sigue es una lectura

En la universidad, fui arrestado por la policía del pensamiento, en el Departamento de Inglés de la Universidad Estatal de Slippery Rock. Ellos, con su deslucido humor tipo Lacaniano, descubrieron mi falta de originalidad. Mi único aura, un conjunto color negro, y con un ingenio cínico complicado por la preciosa iluminación de una fotocopiadora. Frecuentemente era interrumpido y distraído por las tradiciones y el deseo por tener talento propio. Una vez escuché que asentir con la cabeza es igual que un guiño para un profeta ciego.

Soy conducido por recuerdos que muchas veces olvido citar.

Como un fugitivo enfermo, me ausento de palabras. Una biblioteca aun sin desempacar, con las páginas del *copyright* borradas. Un pirata que viaja por caminos tormentosos. Desviado. 57 canales, y mi control remoto está descompuesto. Siempre y constantemente prendida. Y prendida. *A priori*. Nacido con la televisión prendida. Nada. Silencio. Contemplo a la nada. La pantalla en blanco de la televisión me ve a mí. Me desea. ¿Alguna vez has encendido a una televisión? Yo lo he hecho. Mientras sigo tus rastros de lápiz labial con mis ojos inocentes.

Ella nunca decía de dónde venía.

"Soy virgen."

"No", dijo ella. "No, no puedes decir eso."

He leído la nada de maneras que la mayoría de la gente no podría ni soñar que leen a Dante. Entre líneas, polvo blanco y un kaleidoscopio de visiones. Recojo palabras en el camino. Empaco mi armiño, resbalo en las canaletas y me robo el debris que en algún momento parecía inservible. Allá por el año de 1922, cuando los turistas invadieron Trieste, París, Londres, robé imágenes tras imágenes de aquellos hombres con agujeros en los bolsillos. Pero en la década de los setenta, mientras escuchaba música con tal

intensidad que casi moría, me lavé las manos de todo ese desmadre. No soy ningún plagiario.

El se paró frente a mí con evidencias. *Full Metal Jacket. Hard core.* Una pluma roja y una risa bobalicona que no nos llevará por buen camino. Al menos no en ese tipo de buen camino medieval de convertir a la mierda en esplendor. Este hombre, sin imaginación, con tan sólo una grabadora de cintas y un marcador fluorescente, me acusó de conductas indebidas. Sus manos estaban manchadas de tinta de periódico. Las fracciones de palabras estaban marcadas en su piel. Palabras borrosas, sin ideas. El no sabía nada. Simplemente no entendía. Para nada. Cómo me encantaba ensuciarme las manos durante toda mi infancia. El olor de los esténciles recién gastados. Yo con mi *silly putty*, haciendo infinidad de desastres de copyright. Pegaba y aplanaba el *silly putty* en las historietas, levantándolo cuidadosamente, como si estuviera haciendo un ready made original. Como si fuera Duchamp o Warhol.

Traté de explicarle al profesor que yo no era un criminal.

Me escuché a mí mismo decir, "el estilo es el único entrecomillado legítimo, y el estilo es mucho más difícil que simplemente escribir a máquina unas comas invertidas, como si eso le otorgara crédito o autoridad a un eco del pasado olvidado." "Además", proseguí, "el pasado está muerto en tales tipos de ataúdes. Para mí, el pasado permanece. Vivo, fue el lamento, está vivo e infectándome de maldiciones."

No quería tener nada qué ver conmigo. Era un hombre sin esperanzas.

Le dije, "Sólo un lector puede cometer plagio: Tú. Eres el verdadero criminal. Tú fuiste el que llevaste todas mis malditas referencias ilegítimas a su origen, como si dicho origen fuera el mismo de siempre. Las llevaste a su origen como si fuera su único destino. Yo las robé de esos santuarios. Las hice nómadas. ¿Cómo te atreves a destruir mi dulce inocencia?"

Muchos años después, según cuenta la historia, Kathy me llamó después de publicarse *Blood of Mugwump* "Doug", me djo, "haz robado tres de mis palabras justo en la primer página de tu novela. Son mías, palabra por palabra."

Le dije a Kathy que no temiera que los lectores, por puro instinto, las devuelvan a su texto. Sanas y salvas. No logré convencerla.

'Sin embargo, no será lo mismo, Doug, ¿o es que lo seré?"

'No", respondí. 'No, mi boca tus palabras. Esta saliva perdida se convierte en humedad."

"¿A esto le llamas autobiografía? ¿Cómo pueden mis palabras formar tu propia vida?"

Nostalgia. Una fotografía de Kathy y de mí, nuestras manos pegadas al vidrio de una fotocopiadora haciendo lo suyo. Un brillo. Bañados por la dulce aura Benjamina. Nada más que réplicas hasta el fin de la mirada. El espejo, el espejo invocado como el deseo originario del artista. En esa locura confusa, el fondo distante, un eco, casi perdido, unos estudiantes entran y vienen. Unos *replicants* disfrazados y armados con cámaras Kodac *Instamatic*. Unos turistas, enfermos de tanto click click. Mi mano espejo asesina me acusa, con menos palabras, de haber robado copias originales de cartas del Parasite Café que jamás se enviaron.

Lo que sigue ya no es postestructuralismo

Este es mi utensilio para escribir. Le muestro mi lápiz. Mi pluma roja.

Ya fue suficiente. Debería detenerme. Pero debo continuar. Síganme. No puedo nada más que continuar. Sin fin. Con ese afán por contar secretos, de romper al interior del mundo mundano.

Los Franceses no tienen ninguna autoridad para decir. Todas esas sílabas tan bellas, todas esas letras que terminan en el caño. Horrores innombrables. Los momentos más preciosos en lengua Francesa jamás son dichos. Son hechos a un lado. Quién ha muerto, me pregunta ella. Nada de esto entre comillas. No pongas eso en tu boca. Dios sabe dónde había estado. Eso se escuchaba mientras un niño recoge un chocolate pelado y mordido de una banqueta en Etna. Como el llamado Wakeano de Samuel Backett, dejo al mundo adentro. El mundo (la palabra) que llega con suspicacia.

Hubo una vez, en donde el relato verdadero de la verdad ficticia tiene su comienzo. He dormido con una mujer de verdad, la cual parace manifestarse como una post esctructuralista auténtica, imagínense nomás, en Binghampton, Nueva York. Me han dicho que la experiencia será mucho mejor que el hecho real. Mientras caminábamos por el campus, ella tropezó con una rama desvalagada. De un árbol, quiero creer. Chingado, dijo ella. Flotó. Su subjetividad me parecía incierta. El significante libre de significado. Yo quería su deseo. Yo intenté leerla con todas mis ganas, pero terminé fatigado bajo el peso fecundo de su multiplicidad. Una multiplicidad que muchas veces terminaba en simplicidad. Todas esas estructuras carentes de conexión alguna. Todo mundo tratando de aventarse solitos. Su casa estaba repleta de textos. La gran mayoría, indescriptibles. Intercambiamos unas notas en la cama. Nos congratulamos por encima de nuestros cuerpos.

Ella me dijo, “Yo soy postestructuralista.” Su voz llenaba la recámara con lo que parecía de entrada un significado indeterminado.

Me sentí obligado, forzado, de ponerla en su lugar, lejos del mundo y dentro de las palabras. ‘No puedes decir eso. Sólo yo puedo decir que eres postestructuralista. El decir ‘Yo soy’ es como decir yo no sé qué. Especialmente cuando tu ‘Yo soy’ es colocado dentro de los ataúdes de un entrecomillado.”

Ella sonrió.

“Yo Tarzán. Tú Jane.”

Comenzó a llorar. Tartamudeó y parecía no poder manifestar sus deseos. Nos desembarazamos del lenguaje rumbo a la cama. Ella quería que usara protección, que practicara el sexo seguro. Yo le recordé que, en efecto, era una postestructuralista; que por consiguiente, el usar protección y el practicar sexo seguro no era más que el comportamiento redundante de unos cínicos burlones, escéptcos radicales que temen dar nacimiento a la tragedia. Quemamos los mapas y dimos los giros incorrectos. Por la mañana ella se sentó a orillas de la cama, con la cara en sus manos y llorando.

Como puedes ver, después de todo, en realidad no puedes ser una postestructuralista. Sólo puedes decir.

Tuve que pedirle que se retractara de todo.

Lo que sigue es una digresión

Un personaje de mi nueva novela, *Twilight of God*, existe fuera del entrecomillado y ha emprendido la monástica tarea de reescribir *El Sonido y la Furia* de William Faulkner en un estilo casi medieval y macarrónico que acierta a Shem el Hombre Pluma. Este personaje utiliza exactamente las mismas palabras de la novela de Faulkner, el mismo número de veces que Faulkner ha usado cada palabra. Al reproducir ese nuevo y viejo estilo Alto Modernista de deseo por la dificultad, este personaje decide añadir una palabra que no es originaria de Faulkner. Es por esto que, al hacerlo, problematiza la tarea de leer. Un año después, descubre no sólo que sus narrativas sufren de una infección –una especie de corporización Eliótica del efecto que tiene la "tradición" en un "individuo"- sino que también su copia original de la novela de Faulkner fue corrompida. Le falta una página. El mágico *tour de force* que sigue tiene ecos de Calvino. Este es un personaje rabioso, con espuma saliéndole de la boca. Sólo es capaz de experimentar la vida al interior de las estructuras narrativas de otros, manteniendo su propio Yo completamente por fuera, mientras mantiene un vistazo para buscar al patán. Este personaje, atrapado por la imposibilidad metamórfica del habla, nos recuerda la ejecución proteica del lenguaje *indelebilis* en el episodio de Shem en *Finnegan's Wake.* Las letras, en sí mismas, están vivas. Vacilan en la orilla seductora de la promiscuidad. El modo sólo puede ser el tema en el *Wake* de Joyce. Las letras están alertas a cualquier cambio. A diferencia de los desórdenes sintácticos del una rosa es una rosa es una rosa de Stein (o el juego de Acker con la repetición Wittgensteiniana [recuerden las dos garantías (que no dobles garantías) que dispuso Wittgenstein para comprender un enunciado: "el sentido que puede reemplazarse por otro que dice lo mismo" y "el sentido que no puede ser reemplazado por otro" (ninguna de estas garantías tienen la función

de reemplazarse la una a la otra).]). Las letras de Shem son desobedientes, incivilizadas, prácticamente unas infantes analfabetas de la noche, casi vampíricas en su habilidad por cambiar de forma. Observa cómo indelebili se convierte en indeleble en un abrir y cerrar de ojos.

Lo que sigue es una lista

A continuación, tenemos una lista escrita por manos ajenas que ya no pueden identificarse. Una colección de epístolas epilépticas escritas en la tradición literaria de la epíbola[i] Algunas de estas epístolas son un poco abruptas. (cercana a un golpe directo a la palabra atesorar, hecha por, digamos, una aguja infestada y repleta de deseos indisciplinados) y en una primera instancia, pueden parecer aforismos. Sin embargo, por debajo de las circunsiciones[ii], los aforismos serían inapropiados, efectivamente. Wittgenstein y Hendrix colaborando en una banda sonora para la experiencia de ir a un centro comercial. Estas epístolas no han sido forjadas, ni por la herrería de mi alma ni por la fuente sagrada de mi romántica desesperación, sino más bien de la nada, el palacio de los vagabundos nómadas, un recinto del placer de rice (*sic*).[iii]

1. Una mancha que marca una ausencia.
2. Estoy equivocado.
3. Es difícil escuchar los sonidos de un tren cuando tienes que estar quieto. Sin moverte.
4. El místico cuaderno de notas.
5. En un sueño, veo el lugar donde la prenda de vestir se desgarra.
6. Estoy escribiendo.
7. Permanentemente confuso.
8. Ella carece de un antecedente. Tanto críticos como biógrafos han comenzado a rastrear este significado. Ella parece ser una referencia indirecta a. . .bueno, no estoy en libertad para decirlo.
9. Enunciado mutilado.
10. A la chingada con los tatuajes. Consumos comerciales del radical. A menos y que vengan. De adentro. Que empujen hacia fuera. Bebés alienígenas tan reconocibles como un respiro. *No puedo*

evitarlo. Todos los que tienen un tatuaje deberían decir: "Yo no quería un tatuaje."
11. "Por favor no me cites. Estas no son mis palabras."
12. Yo nací de la Tradición como un extranjero raro y mal nacido.
13. Promesas confusas que se parecen mucho a una buena cogida.
14. El "leer" significa ir recogiendo en el camino, tomar prestado. El modo como ella se convierte en yo mientras yo me convierto en ella.
15. El yo es inarticulado.
16. ¿Alguna vez le has aventado el puño a un postestructuralista? Eso los despierta y les arruina su teorización al menos por unos 19 días.
17. Para este momento serviría una relectura del *Agammemnon*.
18. Fuentes olvidadas que tientan a los necrofílicos a venirse.
19. Esto es verdad: En algún lugar del Medio Oeste hay un centro comercial llamado *Villa Baudrillard*. Se encuentra abierto a interpretaciones. Nunca puedes llegar. Hay señales en el camino que ofrecen indicaciones sugerentes, y tú de hecho tienes deseos de venir. De llegar. A ese lugar. Para experimentar la experiencia del *mall*. Sigues cada señalamiento, cada indicación, cada heraldo, como si en verdad quisieran llevarte ahí. En la *Villa Baudrillard* lo único que está en venta son los letreros de se vende.
20. Automático para la Gente. El Quién Se Vende. El *Victoria's Secret* ya no es un secreto. No vivimos en una sociedad de espectáculos e imágenes. Vivimos en una sociedad de clichés.
21. "Sign, sign, everywhere a sign, blocking out the scenery, breaking my mind."
22. Anoche soñé que tú y yo teníamos palabras.
23. Y ahora, sueño que quiero ser manchado.

Lo que sigue es de algún modo verdad

Me porto mal en el espacio donde la prenda de la desnudista se desgarra. Me porto mal como una confusión bien intencionada. Un chico desordenado, sin un sentido de la sintaxis. Las palabras regadas por todos lados. Restos sangrantes de una gramática indisciplinada. Castigo. Eso es lo que quiero.

En el quinto año le pasé una nota a Joanne Brungo. Su papá es dentista. Por alguna razón, esto tiene importancia. Una nota sencilla: ¿Por qué te tocó ser niña? (Hoy en día me podrían dar una plaza en la escuela por establecer ese enigma de género, que cuestiona la noción de elección, del binario, de todo que todo lo sólido se desvanece.) En aquel entonces, fui reportado por las monjas, por desobediencia civil. Llamaron a mis padres. Monseñor Henninger me pide guardar silencio. Me dice que fui hecho a semejanza de Dios. Lo quiera o no.

Pienso en Joanne. Cuando llegamos a casa, mi madre me lava la boca con jabón, enfrente del resto de mi familia. Yo trato de decirle que deje a mi boca fuera de esta cuestión. Mi boca no tiene nada qué ver en esto. Ella me grita que mucho cuidado con lo que dices. Me dice que, si no tengo cuidado, puede que todo se vuelva realidad.

Me enamoro del uso de las palabras. Pronuncio: Joanne Brungo. Pero no sucede nada. Como el *Wonderbra*, el *Miracle Bra*, y el *Maidenform*, el situar a Joanne Brungo en un pronunciamiento simplemente no funciona.

Me convierto en un postestructuralista sin darme cuenta.

Lo que sigue es una alucinación

La nave de Teseo está deshaciéndose, como madera muerta y podrida. Mientras la nave descansa en el muelle seco, pudriéndose, los hombres de Teseo reemplazan cada tablón echado a perder. La nave sigue siendo la misma nave, aún cuando los viejos tablones son reemplazados por los nuevos. Los hombres guardan la madera podrida en un viejo almacén. Después de muchos años, el último de los tablones originales es extraído de la nave y reemplazado por uno nuevo. Ahora hay suficiente madera vieja en el almacén como para reconstruir la nave. Los hombres se dedican a hacerlo.

Ahora, son dos las naves las que flotan en las aguas, una al lado de la otra. ¿Cuál de las dos es la nave original de Teseo?

En un mundo -tanto social como estético- de historias antiedipas de primera plana que hacen eco en lenguas menores, abundan plagiarios de la talla de Shem. En 1990, fui escoltado a la salida del Museo Carnegie de Arte Moderno en Pittsburgh, por haber tomado una fotografía del autorretrato de Morimura Yasamusa, titulado "After Faye Dunaway". Me dijeron que podía comprar una copia del catálogo de la exhibición, que el tomar fotos de obras artísticas hace que las obras se deterioren. Yo les dije, 'Sí, de eso se trata. Quiero ser partícipe. Quiero entrarle al jugeo." ¡Pentimento! Hay que levantar capa tras capa de textualidad invisible hasta que el hueso ceda. Se arrepienta. Hasta que sea aparente. El ojo desnudo y la historia convergen. Mi originalidad plagiaria es creada por capas, con cada trazo de imagen a la vez oscureciendo y a la vez iluminando las porciones de la imagen previa. El pasado emerge, dudoso, rastros visibles de una cobertura, con, en y en contra del presente. Presencia. La lengua de Kathy en mi boca.

Lo que sigue es un glosario

Referencialidad anónima
Autenticidad paradójica
Auto-cita
Amo/esclavo (o despellejador)
Letra desecho
Desecho de letra
cesto de basura
Pene asistemático
Espejo de mano asesino
Fotocopias contrabandeadas (y sórdidas eyaculaciones)
"¡Me pelizcó mi pipíiiii!"
un tergo
lenguas expropiadas
origen parasítico
David Cronenberg conoce (ser o no ser, ¿puede ser?) a Atom Egoyan
Espera justo un momento
Espera un justo momento
¿Qué está pasando aquí?
Nadie puede robar mis palabras
La elocuencia de lo vulgar
Ataúdes invadidos
El ventanear por las tiendas
Una pila de trapos sucios
La penetración sexual y el himen chocan

Tras la piel: palabras que se vienen
por lydia yuknavich

Querido doug,
me has destrozado. sospecho que lo sabes. debajo de la piel, de la saliva, mi boca jamás fue mía. Nunca. Cuando entré a tu texto, quedé desecha. Es obvio. Es estúpido decirlo, intentar decirlo. Eres todo a lo cual yo he renunciado, y sin embargo, estoy destrozada y convertida en algo primal. Tan sólo un cuerpo. Luego regreso a ese enunciado, 'tan sólo un cuerpo", y pienso, ¿No es eso todo? ¿Ese enunciado? Tus costillas contra mis costillas. Las cavidades de tu geografía, las colinas de mi carne. Tu cuello. Mi quijada. Estoy llorando de nuevo. Perdóname. es demasiado como para escribirlo tanto lo que siento que no puedo decirlo. Es esta la casa. Los labios rosados de un niño. No tengo el hábito de estar presente. Creía poder vivir en el arte. Me has destrozado, siempre lo has hecho, siempre lo harás. No me digas que puedes vivir de manera ordinaria, porque no te creería, nunca. Nunca pensé que las palabras pudieran hacer esto. Sabía que podían darme movilidad, una casa, pronunciamientos secretos, un cuerpo. No sabía que podían tocar.
nunca,

lidia

Después de todo, *Plegaria de la piel* está dedicado a:

Mi hermana Dee Rice Schlotter
y
mis amigos Don Harrold y Leslie Heywood
quienes me dan su tiempo, sus palabras, su amor.
Son los que me han jalado de nuevo a la orilla de la playa.
Los que me han detenido.
Cuando casi resbalaba al agua.
Por esto.
Aquellos que insisten en que vuelva a casa.

[i] Lo dudo
[ii] Debo cuestionar esto desde el principio
[iii] La verdad de esto que se dijo es cuestionable. Existen otros dichos.
[iv] El momento más importante en la historia de la Modernidad (no necesariamente modernismo, ustedes saben la diferencia y porqué la dicha diferencia importa, aunque también es importante reconocer que cualquier momento histórico ocurrido durante el modernismo inevitablemente lo afectó). . .ya perdí el hilo El momento más importante del modernismo fue el que transformó el espejo visto como la frase "looking glass" , en precisamente la palabra "espejo". ¿Ven la diferencia? Hasta Walter Benjamin se perdió de este momento. Estaba muy ocupado tratando de ser un *flaneur*, con todos esos paseos en los que cruzaba frente a vitrinas sin jamás comprar nada más que una muy vaga imagen del deseo. Hasta Andreas Huyssen se perdió este momento, mientras se convertía en *planeur*, La clave está en el "looking glass". Regresa a la Inglaterrra Victoriana y mira el miradero que ocurría en aquel entonces (e incluso, ¿por qué no contemplas esta contemplación y vigilas tu propia vigilancia?) y compárala con la manera moderna, perdón, postmoderna, de vernos en el espejo. Hazlo. ¿Por qué crees que Drácula no está ahí? ¿Alguna vez has visto un espejo que carece de contemplación?
[v] Siente la tentación. Ya te veo, mordisqueando ese trozo. O quizá es que debas temer la tentación, debas reprimirla. Pronto se irá. Lacan se encuentra tan solo esta noche. (Hay chismes que dicen que el "solo" es un gazapo. Si lo es, entonces se trata de un bello gazapo.)
[vi] No se sabe con claridad quién dijo estas palabras. (Hay rumores de que se dijeron, mas no se hablaron.) ¿Joyce? ¿Rice? ¿MacCabe? ¿Burroughs? El sentido de este pasaje (#) tampoco es muy preciso. Es como si las posibles maniobras polivocales exegésicas que merodean por debajo de la superficie te incitan a interpretar. Como si la indeterminación tuviera un valor mayor que lo concluyente. Justo en este momento, la grabadora se descompone.
(#) De hecho, esto ni siquiera es un pasaje. Son una serie de palabras, contenidas por la gramática, y no van a ningún lado más que a quedarse completamenre quietas.
[vii] Por ningún momento pienses que se trata de un gazapo (en inglés, la frase se lee así: *Hear infection begins*. N. del Trad.)
[viii] Como si no fuera suficiente que vivamos en una cultura del audífono. Llevamos a pasear a nuestro Walkman SONY mientras hablamos por nuestro teléfono celular. Vivimos en esta casa del incesto, esta cultura de lo interior, un interior que protege a todo mundo del mundo. Ya no tenemos a un tercero que camine junto a nosotros. En todo caso, nos convertimos en el tercero. Ahora tenemos que decidir qué es original y qué es copiado. Qué se dijo con intención y qué se dijo simplemente por decirlo. Aquí es muy importante la diferencia (noDerrideana) entre las historias de primera plana Burroughsianas y las historias de primera plana

Pinkfloydescas. Al interior de las Máquinas Nova Burroughsianas, los labios que cuentan la historia van en contra de la historia. Una furia en contra de la máquina, rehusándose a obedecer la catástrofe de buscar la verdad. Por otro lado, al interior de Pink Floyd, los labios se mueven pero los ojos no pueden escuchar la historia que cuentan los labios, ni tampoco pueden ver de dónde viene la historia. Si es que en realidad está viniendo. (Para una mejor ilustración de esto, cierra los ojos y escucha cualquiera de las primeras películas de Godard.)

[ix] Es sólo tu imaginación, huyendo contigo. Y luego pensaste que se trataba de una alusión. ¿Habrá sido una alusión? ¿Una moda pasajera? ¿Cultura popular?

[x] Esra es un poco más complicada. ¿Algo difícil, no crees? Hasta intricado, incluso. Adelante. Deja el texto. Pruébate a ti mismo. Autoriza tu propia voz. Ve. Comienza a irte, rumbo a una biblioteca. A un convento. A cualquier lado, menos aquí. No te quedes aquí. ¿Todavía estás leyendo estas líneas, verdad? Chingados. Eres prácticamente la disciplina definida.

[xi] Dado que la llamada por teléfono es incesante. Cuando cuelgas no desaparece, sino que entra en un estado de remisión. (esto fue leído, palabra por palabra, en mi máquina contestadora por una mujer anónima de Berkeley, antes de mudarse a Nueva York. Una especie de recordatorio. Quién está citando a quién. De eso no cabe duda. Hay que tener menos certidumbre con respecto a la gramática y al tono.)

[xii] Esto llega antes que Caliban sea enseñado a maldecir. Aunque sigue siendo inexplicable cómo tal llegada puede llegar antes que un *pre*.

[xiii] Recuerda: el Modernismo es representado. El Postmodernismo es la simple recreación de una/otra fuente, no tan privilegiada como alguna vez llegamos a pensar. Vaya ecos degenerativos en los riscos de la Playa Dover.. Lásers en la jungla. Trozos de Cheerios con miel y nueces. El colapso de la Gran Línea Divisoria.

[xiv] MacCabe padre, sugiere en este momento que Rice se arrepienta. Olvídense del miedo inscrito en un puñado de herrumbre. . Es mejor terminar arder en fuego, me dice MacCabe. Estoy divagando. Acumulándome en algún otro lado, capa tras capa. (Nótese las espectaculares mesetas de significado halladas en el hilo textual que nos precede.)

[xv] ¿Ya habías notado este hilo? Momentos en lugar de sitios. (Lee ese enunciado más lento. Confía en mí. Ya te lo perdiste.) Momentos en lugar de sitios. Me pregunto acerca de esto. ¿Son infinitas las posibilidades? Los fines de semana, cuento las gallinas (dos) y me río conmigo mismo.

[xvi] Este puede ser un horrible gazapo. No se sabe con claridad, del manuscrito original de Rice, si se trata de "otro" o de "autor" (es similar el sonido de ambas palabras en inglés. N. del Trad.) Cuando se le pidió comentar al respecto, Rice sugirió que no es, no al menos en efecto, un post-estructuralista; más bien, Rice se manifestó a favor de un verdadero deseo. Tocó los labios de una mujer. (Un

momento Irigariano, si es que tal cosa existe, pero por supuesto que no puede haberlo en Irigaray, siempre solamente habrán dos.)

[xvii] Pero Rice jamás será un paradigma. A ver, inténtenlo. Buscar: Focault disciplinado por Deleuze.

[xviii] Insisto que pienses en William Carlos Williams aquí

[xix] Este es uno de los llamados a la puerta más significativos en la historia de la literatura. Un llamado, como el *home run* de Maz, que se escuchó en todo el mundo. (Estoy completamente consciente de la historia. Más consciente de la historia del beisbol que de cualquier otra historia. Entonces, sí, ya sé que el *home run* de Maz no fue el "disparo que se escuchó en todo el mundo"., sino el de Thompson. El hecho de explicarte esto directamente revela la poca confianza que te tengo como lector. Esta fe perdida se dirige rumbo a estas digresiones, sino es que explicaciones. Tanto trabajo y yo que tengo que aparecer como jurado la semana entrante. Así que, si esto no es un desliz histórico, un ceceo histérico en la construcción narrativa de la verdad, entonces hay más aspectos de por medio. Debes encontrar el sitio, el lugar apropiado, para ver. Y no es tan simple como el hecho autobiográfico de que soy de Pittsburgh. Una sugerencia: comienza con Hayden White, luego ve hacia Edward Said. Continúa. Sigue con la réplica.) Este llamado no pudo haberse realizado en el *Ulises*. Este llamado es el auténtico momento Postmoderno. Lee esto: "La perigrafía, aquello que llega al texto desde afuera, desde un intertexto, una referencia, una biblioteca. . .la cita ya se encuentra en la página, antes que comience; es una mancha, un manchón. El intertexto, cuando el texto lo cubre, es una hoja de papel entintada, desvanecida por los restos de la escritura completa, cuyas manchas ha borrado." (Antoine Compagnon) No es esto lo que quiero decir.

[xx] Aún no encuentro lo que estoy buscando

[xxi] ¿No puede una de estas notas al pie explicar algo siquiera?

[xxii] De entrada, esto parece una crítica contra Doug Rice. Como si hiciera mofa de sí mismo. Pero tú sólo asiente con la cabeza lentamente, conforme vas entendiendo la alusión.

[xxiii] Para estos momentos sabes que no tiene mucho caso andar merodeando por estas letras.

[xxiv] Voy a ayudarte un poco con esto. Esta no es una alusión a la Biblia, ni a Breughal (o quienquiera que haya hecho esa pintura. Ya sabes a cuál me refiero), sino más bien una alusión a MacDonald's. Reflexiona esto por unos momentos. Piénsalo más.

[xxv] Los textos Postmodernistas no tienen "ni idea" (aludiendo a Alicia Silverstone), no obstante la industria del Inglés continúa reproduciéndose. Esos pensadores diminutos que comprueban aquello predestinado no son una simple teoría. Dicha industria insiste en los peores tipos de procreaciones. Espejito, espejito en la pared, ¿Quiém es el mejor de todos?

[xxvi] Falocéntricos hijos de puta seguidos por la emoción de un punto de exclamación (¡). Aquellos que desean un misterio. Una clave. Los que leen a *Calvin and Hobbes* con la intensidad de un R.P. Blackmur viendo el faro de un mirador atravesando la playa. Algunos de ustedes se han incomodado, o peor, se han enojado, por el uso del hijo de puta en el enunciado introductorio de esta nota al pie. No era de ninguna manera mi intención. De todas formas, tales intenciones siempre son una falacia. Ustedes lo saben. Quisiera que pensaran muy pero muy bien todo lo que envuelve a alguien que es un falocéntrico hijo de puta, y cómo ustedes están implicados. Siento mucho el haber siquiera mencionado esto. (La categoría "falocéntrico hijo de puta" [acaso debo llegar al punto de decir: "falologocéntrico hijo de puta"] es una categoría incluyente, no excluyente. Hasta una mujer estudiante universitaria puede ser una hija de puta si se da la instrucción y disciplina adecuada. Es importante rastrear la historia de la frase hijo de puta para poder entender su uso. Comiencen con un estudio sobre las razas y el conflicto en Vietnam.)
[xxvii] Ten cuidado con lo que vayas a hacer con este. Ni te sientes en la fila de enfrente este día.
[xviii] Joyce no entiende a Aquino, ni a Aristóteles, ni a Agustín. ¿O era acaso Dedalus el que no entendía? Pobre Stephen. En cierta forma, es verdad. Sigo siendo un Modernista que practica esa "ironía de alto nivel." Lo que quiero decir es, piénsenlo un poco, un pie de página que ustedes esperaban que clarificara la *claritas*. ¡Qué holgazán eres! Todas esas antologías de la Norton que evitan que leas por completo. (Para aquellos que andan trabajando en los patrones de imágenes y formaciones de discursos, deberán notar que todas las influencias de Joyce tienden a comenzar con la letra "A", mientras que todas mis influencias comienzan con la letra "B". Anda, investiguen sobre la historia del Beisbol Pirata en los noventa para que encuentren una correspondencia muy interesante.)
[xxix] A los que se les olvida que son definidos por el centro. Y olvidan (o necesitan olvidar) que el centro es un centro distinto en cada costa. Muy similares a las hileras de música alternativa en las tiendas de discos de los centros comerciales.
[xxx] Como si pudieran adueñarse de tal estilo formalista de vestirse. El otro día, un estudiante entró a mi oficina Sus ojos brillaban de conocimiento y deseo. En búsqueda de iluminación metafísica. Esta chica levanta su mirada, hacia mí, y me dice, toda inocente, que estaba usando sus propias palabras. "¡Ah!" dije yo, "¿eres dueña de un lenguaje?" "Vamos a ver", le pedí, "di algo con tus propias palabras." *Ojalá* (Algunos de ustedes tendrán tentación por pensar que se trata de una referencia a la cultura popular, al *slang*. Estructuras idiomáticas. ¿Qué tan iluso puedes ser?
[xxxi] ¿Ves? Te lo dije
[xxxii] Faulkner, p. 28
[xxxiii] Castración simbólica, un cuestionamiento.

[xxxiv] Vamos pues, ustedes y yo, dejemos atrás el modo antiguo de hablar sobre un texto y trabajemos en el umbral. Entremos a los sitios de la esterilidad aparente, azarosa, en el vacío, en el descuido, y volvamos con una abundancia. Hacerse de esta obra significa alejarse del *mainstream* y del *cutting edge*, como si fueran fotocopias de sí mismas, de una y de otra, significa abandonar el mundo ordinario de la casa y el trabajo. Asimismo, intentando ser profesional, entrar a la profesión de los ataúdes. La vida en el umbral es (debo detenerme aquí). . .no estoy durmiendo.
[xxxv] Originalmente, Rice escribió manufracturados en vez de manufacturados. Vaya postmodernismo freudiano.
[xxxvi] Para estar completos (especialmente en el sentido del fragmento incompleto que siempre es más difícil de imaginar, ya que el silencio habla siempre y úicamente a pesar y en contra de sí mismo). . .Para estar completos, los libros deben contener sus contralibros. Tales contralibros deben mantenerse impronunciables, casi invisibles. Leopoldo Bloom en la playa. "Acepto los cargos de plagio, cuando son aplicados a mí, pero sólo lo hago, digamos, como una metáfora, entre comillas, jamás de otra manera." Después de todo, la literatura seria parece un estanque de citas en donde las corrientes no solamente hacen réplicas visibles de sí mismas, sino que también se hunden en las profundidades y salen de ellas nuevamente. Dicho conepto es muy importante para la teoría de resurrección de Rice, diferente de su teoría de la adaptación o la teoría de apropiación de Acker (la cual no es su teoría, para nada, sino una teoría que simplemente le endilgaron ciertos hombres y ciertas mujeres que no piensan y que buscan el Santo Grial o algún tipo de sábana protectora para justificar un trabajo bien hecho.)
[xxxvii] Rice levanta casualmente la varita y los mudos hablan. ['Esta cita entrecomillada llegó demasiado tarde.']
[xxxviii] Después de dar una plática en la Universidad de California, Irvine, Derrida me dijo que el cheque llegaría por correo. Le pregunté quién lo había firmado. Me dijo que él y R. Mutt. Juntos. Una empresa conjunta. La misma pluma. ¿Alguna vez has tratado de cobrar ese tipo de cheques? Mutt firma un cheque para su dentista. Derrida firma cualquier cheque. ¿Qué es lo que sigue siendo una firma?
[xxxix] Una marca en la frente. Una interrupción que termina siendo interpretación. Una enfermedad que solamente puede no ser adueñada. Una posibilidad que ya no es posible. Una revelación que reemplaza la ceguera Maniana de modo que salda las cuentas. Un modo distinto de masturbarse. Una disertación que agrada. (Hubo una vez, hace mucho tiempo, que un amigo me llamó de algún lado y me dijo: 'Escribo ($) mi disertación acerca del placer. Estoy usando a Barthes y su teoría sobre la dicha. ¿Puedes ayudarme? Lo pensé por tres (#) días antes de responderle: 'No, no creo que nadie pueda ayudarte."
($) Para aquellos que no 'ven" esto como un gazapo y que no entienden la necesidad filosófica de este signo entre paréntesis que usé para llamar su atención,

para seducirlos y distraerlos de mi narrativa al hacerlos seguir este otro hilo conductor hasta aquí abajo, rueguen que Dios los perdone. O lean la obra de Stephen Pfohl o vean la película de Jalal Toufic, *Photocopy Degeneration*, y piensen un poco más. Piensen más. Malditos sean. Igual que siempre.
(#) Esto es una alegoría.
[xl] Estimado James Whale:

Cuando tales suturas tienen que ser visibles, lo real se vuelve mucho más invisible. La visibilidad es una trampa. Una seducción aparente, misma que se lee muy fácilmente en la zona de comodidad. Que nos permite sentir que simplemente estamos siendo entretenidos. (Que Kathy Acker haya hecho visible el sadismo de Dario Argento, o su mosoginia, es otra historia, una historia que ustedes [saben muy bien quiénes son sin que yo lo mencione] no pueden saber. En la primavera del 2001, Doug Rice dio una plática que se convirtió en la visualización de dichas sombras, los subtextos de Acker generando la ruptura de Argento, sólo para ser recibidos por unos hombres fortachones que protegían a sus mujeres de sus vidas fueran asaltadas. Fianlmente una mujer sobrepasó la marea y habló en contra de ese cuento de hadas que su contraparte masculina había creado. Todos estos hombres salvaban a sus mujeres. Acusaban a Acker de tener una conducta inapropiada para una mujer y a Rice de perpetuar dichas ideas. "¿Qué podemos hacer?" ella preguntó. Expectativas masculinas del espectáculo femenino. Hombres que diseñan zapatillas de tacones altos. Hombres que diseñan sostenes con el alambre por debajo. En fin. [Acepto que no puedo saber nada de esto, ya que estoy muerta. Ya que, históricamente, todo esto ocurre después de mi muerte, y todos en los Estados Unidos de América sabemos que el pasado está muerto, incapaz de tener importancia o sentido o palabra en el asunto. Reconocemos, en un sentido pragmático, que Ronald Reagan ha sido electo como presidente una y otra vez. Y si yo sólo voté una vez. A la chingada con la historia, el juguete del hombre].)

Su película, Señor Whale, ¡no es más que un momento *Oprah*! Recuerda que el trauma, el trauma medieval, es visto sin decirse. Nadie puede pronunciar el trauma. El trauma simplemente es. Siempre será visible como una marca en el cuerpo. Es por eso que, cuando alguien dice que tuvo una experiencia traumática, lo primero que debes preguntarle es si te permite verla. Muéstrame el trauma en tu piel. Si no está ahí, entonces no es un trauma. (Mucho puede y quizá deba decirse aquí sobre la tragedia también, pero temo una divagación.) Todos esos momentos en público, esa exhibición de los pecados, no se trataba de un espectáculo. Se convirtieron en espectáculos, crearon una sociedad de espectáculos, en el momento en que Leopoldo von Sacher Masoch y el Marqués de Sade fueron condenados al aislamiento. Condenados a escribir. Encerrados en un cuarto. Hoy en día, todos siguen un guión para crear una escena que sólo puede ser imaginada, e incluyen palabras de seguridad que eliminan la mera noción de dolor. Incluso ese tipo de sociedad Debordiana de espectáculo ya no existe, ya no puede ser, dado que el fin del espectáculo sólo puede ser la creación del clisé. Del mismo modo como el fin

de la Democracia sólo puede ser el Fascismo. (Esto no es necesariamente una crítica acérrima del actual régimen presidencial.) Así que ahora sólo podemos vivir en una sociedad de clisés. *Springer*, *Oprah*, *Leeza* y demás, no son espectáculos, sino clisés. ¿No puedes pensar un poquito más, un poquito más profundamente? Un mundo de t.v real. (Perdón, *Real World T.V.*) (Mi madre compró un videocassette donde aparece una chimenea prendida. Pone esa cinta en la videocassettera todas las navidades. Nuestra televisión se convierte en una cálida y agradable chimenea llena de gracia. Nos sentamos a verla. Un día, todos estaremos muertos. Pero la cinta, no. [Hay que ver las películas de Atom Egoyan para un mejor sustento de esta discusión general.] Una navidad, traté de tostar unos bombones en el fuego de la televisión, con eso de la canción que dice *Chestnuts roasting* y demás. Vaya decepción. En otra navidad, dije a mi madre, "¿no sería más interesante si viéramos un video sobre la destrucción de nuestra familia, en vez de este fuego que ni siquiera es real?" Me pidieron retirarme del comedor y comer en la cocina con los otros niños y sus ideas locas. Mientras estaba sentado ahí, podía escuchar con mayor claridad el crujido de la leña en la televisión.)

Sin embargo, crucificarse por la invisibilidad de la sutura, significa movilizarse hacia el poder. Una sutura sin ser, que sorprende, que te llega sorpresivamente.

Deja a mi monstruosidad en paz. No marques al demonio con tus signos, con tu simplicidad. Recuerda lo que pasó la noche de bodas. Todos haciendo un círculo. Unas carretas que daban vueltas alrededor de la pobre Elizabeth. El demonio era tanto su creación como lo fue su invención por Victor. Existe una diferencia entre la creación y la invención. Fluidos. Una cogida después de dar a luz. Todos buscando el presente de cuerpo sin ver la presencia del deseo. Hasta que el grito se convierte en el cuerpo arribando al trauma. Y luego ella es penetrada por una canción que la lleva hacia la tundra, y no lo puede controlar.

Sinceramente,

Mary.

[xli] El hace al policía con voces diferentes.

[i] Este tipo de forma requiere de un pie de página

[ii] Por unos momentos, te detienes y piensas que se trata de un gazapo

[iii] Pónganse a trabajar, mis mareados en ingeniosos chicos y chicas maravilla. Las alusiones comprendidas en este enunciado son asombrosas, impresionantes.